ANTOLOGÍA LIBERTARIA

LA ANARQUÍA Y LA IGLESIA

Eliseo Reclús

CAPÍTULO I

La conducta que el anarquista ha de observar con respecto al hombre de iglesia, ésta de antemano trazada; mientras que curas, frailes y demás detentadores de un pretendido poder divino se hallen constituidos en liga de dominación, tiene que combatirlos sin tregua, con toda la fuerza de su voluntad, con todos los recursos de su inteligencias y su energía.

Esta lucha no ha de ser un obstáculo para que se guarde el respeto personal y la buena simpatía a cada individuo cristiano, budista, fetichista, etc., etc.

Principiemos por libertarnos, trabajemos en seguida por la libertad de nuestro antagonista.

Lo que se debe temer de la iglesia y de todas las iglesias, no lo dice claramente la historia, y no hay excusa acerca de este punto: todo error o mala interpretación, es inaceptable; más aún, es imposible. Somos aborrecidos, execrados, malditos, vémonos condenados a los tormentos del infierno, lo que para nosotros no tiene sentido, y, lo que es indudablemente peor somos señalados a la vindicta de las leyes temporales, a la venganza particular de los carceleros y de los verdugos y aun a la originalidad de los atormentadores que el Santa Oficio, viviente todavía, mantiene los calabozos. El lenguaje oficial de los papas, formulado en sus recientes bulas, dirige expresamente la campaña contra los «insensatos y diabólicos innovadores, los orgullosos discípulos de una pretendida ciencia, las personas delirantes que piden la libertad de conciencia los que desprecian todas las cosas sagradas, los aborrecibles, los que desprecian todas las cosas sagradas, los aborrecibles corruptores de la juventud, los obreros del crimen y de la inequidad» Anatemas y maldiciones dirigidos de preferencia a los hombres revolucionarios que se denominan libertarios o anarquistas.

Muy bien; lógico es que los se llaman y se tienen por consagrados al absoluto dominio del género humano, creyéndose poseedores de las llaves del cielo y del infierno, concentren toda la fuerza de su aborrecimiento contra los réprobos, que niegan sus derechos al poder y condenan las manifestaciones todas del poder ese. «¡Exterminio! ¡Exterminio!» Tal es, como en los tiempos de Santo Domingo y de Inocencia III, la divisa de la iglesia.

Oponemos, a la intransigencia de los católicos, idéntica intransigencia, más como hombres, y como hombres inspirados en la ciencia, no como tartamudos y verdugos.

Rechazamos terminantemente la doctrina católica, de igual modo que la de todas las religiones afines; luchamos contra sus instituciones y sus obras; nos proponemos desvanecer los efectos de todos sus actos.

---

[*] Digitalización KCL.

Pero sin odio de sus personas, porque sabemos que todos los hombres se determina por el medio en que sus madres y la sociedad los colocaran; no ignoramos que otra educación y otras circunstancias menos favorables habrían podido embrutecernos también, y lo que principalmente nos proponemos, es desarrollar para ellos, si es tiempo todavía, y para las futuras generaciones, otras condiciones nuevas que curen por fin a los hombres de la locura de la cruz y demás alucinaciones religiosas.

Muy lejos de nosotros está la idea de vengarnos, cuando haya llegado el día en que seamos los más fuertes; no habría cadalsos ni hogueras bastantes para vengar el infinito número de víctimas que las iglesias, la cristiana especialmente, sacrificaran en nombre de sus dioses respectivos, en el transcurso de la serie de siglos de su ominosa dominación.

Por otra parte, la venganza no se cuenta entre nuestros principios por que el odio llama al odio, y porque nosotros sentimos animados del más vivo deseo de entrar en una nueva era de paz social. El decidido propósito que nos impulsa, no consiste en hacer uso de «las tripas del último sacerdote para ahorcar al último rey», sino en buscar la manera de impedir que nazcan reyes y curas en la purificada atmósfera de nuestra ciudad nueva.

Nuestra obra revolucionaria contra la iglesia, empieza lógicamente por ser destructora antes de poder ser constructora, sin embargo de ser indispensable entre sí las dos fases de la acción, aunque bajo diversos aspectos, según distintos medios.

Sabemos, por otra parte, que la fuerza es inaplicable para destruir las creencias sinceras, las cándidas e ingenuas ilusiones, y por lo mismo no intentamos penetrar en las conciencias para arrancar de ellas las perturbaciones y los sueños fantásticos; más podemos trabajar con todas nuestras energías a fin de separar del funcionamiento social todo lo que no esté de acuerdo con las verdades científicas reconocidas: podemos combatir sin descanso el error de todos los que se figuran haber encontrado fuera de la humanidad y del universo un punto de apoyo divino, que permite a ciertas especies de parásitos erigirse en intermediarios místicos entre el creador ficticio y sus pretendidas criaturas.

Ya que el temor y el espanto fueron siempre los móviles que a los hombres subyugaron, como reyes, sacerdotes, magos y pedagogos lo han venido ha reconocer y a repetir en distintas formas, luchemos sin reposo contra ese vano terror de los dioses y de sus Interpretes, por medio del estudio y de la serena y clara exposición de las cosas.

Combatamos todos los embustes que los beneficiarios de la antigua necedad teológica han propagado en la enseñanza, en los libros y en las artes, y no descuidemos la aposición al infame pago de los impuestos directos e indirectos que el clero extrae de nosotros.

No permitamos que se construyan templos pequeños, ni grandes, cruces, estatuas, votivas y demás fealdades que deshonran y envilecen poblaciones y compañías; agotemos el manantial de esos millones que de todas partes afluyen al gran mendigo de Roma y hacia los infinitos submendigos de sus consagraciones, y por último, valiéndonos de la propaganda diaria, arrebatemos al cura los niños que se les da a bautizar, los adolescentes varones y hembras que confirman en la fe por la ingestión de una hostia, los adultos que se someten a la ceremonia matrimonial, los infelices a quienes inician en el vicio por la confesión, los agonizantes a quienes llenan de terror en los últimos momentos de la existencia.

Descristianicémonos y descristianicemos al pueblo.

CAPÍTULO II

Pero, se nos objetará, las escuelas, aun las que se denominan laicas, nos referimos a las de la nación francesa, cristianizan la infancia, es decir, toda la futura generación.

¿Y cómo cerraremos esas escuelas, si nos encontramos ante padres de familia que reivindican la «libertad» de la educación por ellos elegida?

¡He aquí que a nosotros, que siempre estamos habando de libertad, que no comprendemos al individuo digno del nombre de libre sino en la plenitud de su altiva independencia, se nos opone también la «libertad»!

Si la palabra respondiese a una idea justa, deberíamos inclinar la cabeza con respeto para ser consecuentes y fieles a nuestros principios; pero esa libertad del padre de familia es el rapto, la simple apropiación del hijo, que es dueño de sí mismo, y que se entrega a la iglesia o al estado para que a su antojo lo deformen.

Se asemeja esa libertad a la que el burgués industrial que dispone, gracias al jornal, de centenares de «brazos» y los emplea del modo que le conviene, en trabajos pesados o embrutecedores, en una libertad como la del general que hace que maniobren a su capricho las «unidades tácticas» de «bayonetas» o de «sables».

El padre, heredero convencido de *pater familias* romano, dispone por igual de hijos e hijas para matarlos moralmente, o, lo que es aún peor, para envilecerlos.

De estos dos individuos, padre e hijo, virtualmente iguales para nosotros, al más débil tiene el derecho preferente a nuestro apoyo y defensa, a nuestra decidida solidaridad contra todos los que le hagan daño, aun cuando entre ellos se encuentre el padre y hasta la madre que le diera a luz.

Si, cual ocurre en Francia, por una ley especial, por la opinión impuesta, el Estado niega al padre de familia el derecho de condenar a su hijo a perpetua ignorancia, los que de corazón estamos de parte de la generación nueva, sin leyes, por la liga de nuestras voluntades, haremos cuando dependa de nosotros para protegerla contra la mala educación.

Que el niño se reprendido, pegado y martirizado de mil modos por sus padres; que sea tratado con mimo y envenenado con golosinas y mentiras; que sea catequizado por hermanos de la doctrina cristiana, o que aprenda, con los jesuitas, una historia pérfida y una moral falsa, compuesta de bajeza y crueldad, el crimen es siempre el mismo.

Y nos proponemos combatirle con la misma energía y constancia, solidarios siempre del ser sistemáticamente perjudicado.

No hay duda que mientras subsista la familia bajo su forma monárquica, modelo de los estados que nos gobiernan, el ejercicio de nuestra firme voluntad de intervención hacía el niño contra los padres y los curas, será de cumplimiento difícil.

Más por esa misma razón debe dirigirse en tal sentido nuestros esfuerzos, porque no existe el término medio: se ha de ser defensor de los jesuitas o cómplice de la inequidad.

En este punto plantease también, como en todos los restantes aspectos de la cuestión social, el gran problema discutido entre Tolstoy y otros anarquistas respecto a la resistencia o no resistencia al mal.

Opinamos, por nuestra parte, que el ofendido que no resiste, entrega de antemano los humildes y los pobres a los opresores y los ricos.

Resistamos sin odio, sin rencor ni ánimo vengativo, con la dulce serenidad del filósofo que reproduce exactamente la profundidad de su pensamiento y su decidida voluntad en cada uno de sus actos.

Téngase bien en cuenta que la escuela de hoy, tanto si la dirige el sacerdote religioso como si la regenta el sacerdote laico, va franca y declaradamente contra los hombres libres, cual si fuese una espada, o mejor, como millones de espadas, pues se trata de preparar contra todos los innovadores todos los hijos de la nueva generación.

Comprendemos la escuela, lo mismo que la sociedad, «sin Dios ni amor».

Y, por consiguiente, parécenos funestos todos esos antros donde se enseña la obediencia a un Dios y sobre todo a sus pretendidos representantes los amos de todo género, curas, reyes, funcionarios, símbolos y leyes.

Reprobamos así las escuelas en que se enseñan los supuestos deberes cívicos, es decir, el cumplimiento de las órdenes de los erigidos en mandarines y el aborrecimiento a los habitantes del otro lado de las fronteras, como aquellas otras en que a los niños se repite que han de ser como «báculos en manos de los sacerdotes».

Sabemos que las dos clases de escuelas son funestas y malas en igual medida.

Y cuando fuerza tengamos para ello, cerraremos unas y otras.

«¡Vana amenaza! -dirán algunos con ironía-. No sois los más fuertes, y todavía dominamos los reyes, los militares, los magistrados y los verdugos».

Así parece.

Mas todo ese aparato de represión no nos da miedo, porque también la verdad es una fuerza poderosa que descubre los horrores que se ocultan en las tinieblas de la maldad; lo demuestra la historia, que se desarrolla en nuestro favor, pues si bien es cierto que «la ciencia ha quebrado», para nuestros contrincantes, no por eso ha dejado de ser un solo momento nuestra guía y nuestro apoyo.

La diferencia esencial que hay entre los mantenedores de la Iglesia y sus adversarios, entre los envilecidos y los hombres libres, consiste en que los primeros, privados de iniciativa propia, no existen sino por la masa, carecen de todo valor individual, se debilitan poco a poco y perecen, mientras que la renovación de la vida se hace en nosotros por la acción espontánea de las fuerzas anárquicas.

Nuestra naciente sociedad de hombres libres, que penosamente trata de desprenderse de la crisálida de la burguesía, no podría confiar en el triunfo, ni siquiera hubiese nacido, si hubiera de luchar con hombres de voluntad y energía propias.

Pero la masa de los devotos y devotas, ajados por la sumisión y la obediencia, queda condenada a la indecisión, al desorden volitivo, a una especia de ataxia intelectual.

Cualquiera que sea, desde el punto de vista de su oficio, de su arte o de su profesión, el valor del católico creyente y practicante; cualquiera que sean también sus cualidades de hombre, no es, respecto del pensamiento, sino una materia amorfa y falta de consistencia, ya que ha

abdicado completamente su juicio, y por la fe ciega se ha colocado de *mottu propio* fuera de la humanidad que razona.

CAPÍTULO III

Se ha de reconocer forzosamente que el ejército de los católicos tiene en su favor el poder de la rutina, el funcionamiento de todas las supervivencias y sigue obrando en virtud de la fuerza de inercia. Millones de seres doblan espontáneamente las rodillas ante el sacerdote cubierto de oro y seda; empujada por una serie de movimientos reflejos, se amontona la muchedumbre en las naves del templo los días de la fiesta patronal; celebra Navidad y Pascuas, porque las anteriores generaciones celebraron periódicamente esa fiesta; los ídolos llamados el niño y la virgen quedan grabados en las imaginaciones; el escéptico venera sin saber por qué el pedazo de cobre, de marfil o de otra materia tallado en forma de crucifijo; inclinase al hablar de la «moral evangélica», y cuando muestra las estrellas a su hijo, no se olvida de glorificar al divino artífice.

Sí, todas esas criaturas esclavas de la costumbre, portavoces de la rutina, son un ejército temible por su número: esa es la materia humana que constituye las mayorías, y cuyos gritos, sin pensamiento, resuenan y llenan el espacio cual si representasen una opinión.

Pero, ¡qué importa! Al fin, esa misma masa acaba por obedecer a los impulsos atávicos; se le observa volverse indiferente a la palabrería religiosa que ya no comprende; no ve en el cura un representante de Dios para perdonar los pecados, ni un agente del demonio para embrujar hombres y animales, sino un vividor que desempeña una farsa para vivir sin trabajar; lo mismo el lugareño que el obrero, no temen ya a su párroco, y ambos tienen alguna idea de la ciencia, sin conocerla todavía, y esperando, fórjanse una especie de paganismo, entregándose vagamente a las leyes de la naturaleza.

No cabe dudar que una revolución silenciosa que descristianiza lentamente las masas populares, es un acontecimiento capital; mas no ha de olvidarse que los enemigos más temibles, puesto que no tienen sinceridad, no son los infelices rutinarios del pueblo, ni tampoco los creyentes, pobres suicidas del entendimiento que se ven prosternados en los templos cubiertos por el tupido velo de la fe religiosa que les oculta al mundo real.

Los hipócritas ambiciosos que les sirven de guía y los indiferentes que sin ser católicos se han unido oficialmente a la Iglesia, los que hacen dinero de la fe; esos son mucho más peligrosos que los cristianos.

Por un fenómeno, al parecer contradictorio, el ejército clerical se hace cada vez más numeroso conforme la creencia de desvanece, debido a que las fuerzas enemigas se agrupan por ambas partes; la Iglesia reúne tras de sí todos sus cómplices naturales, de los cuales ha hecho esclavos adiestrados para el mando, reyes, militares, funcionarios de toda especie, volterianos arrepentidos y hasta padres de familia que quieren crear hijos modositos, gracioso, cultos, elegantes, si bien guardándose con extrema prudencia de cuanto pudiera parecer un pensamiento.

«¿Qué dice usted? -no dejará de exclamar alguno de esos políticos a quienes apasiona la lucha actual con las congregaciones y el «bloc» republicano, especie de fusión del Parlamento francés-. ¿No sabe usted que el Estado y la Iglesia han roto por completo sus relaciones, que los crucifijos y los corazones de Jesús y María se quitarán de las escuelas para ser sustituidos por bellos retratos del presidente de la República? ¿No sabe usted que los niños serán en

adelante preservados escrupulosamente de las antiguas supersticiones, y que los maestros laicos les darán una educación basada en la ciencia, libre de toda mentira, y se mostrarán siempre respetuosos de la humana libertad?».

¡Ah! Demasiado sabemos que en las alturas surgen diferencias entre los detentadores del poder; sabemos que no están de acuerdo acerca del reparto de las prebendas y el casual; sabemos que la antigua querella de las *investiduras* se continúa de siglo en siglo entre el Papa y los Estados laicos.

Pero todo eso no impide que las dos categorías de dominadores, los religiosos y los políticos, se hallen en el fondo de acuerdo, aun en sus reciprocas excomuniones, y que comprendan de igual modo su misión divina con respecto al pueblo gobernado; unos y otros quieren someter por los mismos medios, dando a la infancia idéntica enseñanza, la de la obediencia.

CAPÍTULO IV

Ayer todavía, bajo la alta protección de lo que se llama «la República» eran dueños los incontestables y absolutos. Todos los elementos de la reacción encontrábanse unidos bajo el mismo estandarte simbólico, el «signo de la cruz»; pero hubiera sido cándido dejarse engañar por la divisa de esa bandera; no se trata de fe religiosa, sino de dominación; la inmensa mayoría de los que quieren conservar el monopolio de los poderes y de las riquezas; para ellos el objeto único consistía, en impedir a toda costa la realización del ideal moderno, a saber: *pan*, *trabajo y descanso para todos*.

Nuestros enemigos, aunque odiándose y despreciándose recíprocamente, necesitaban, no obstante, agruparse en un solo partido. Encontrándose aislados, las causas respectivas de las castas directoras resultaban excesivamente pobres, de argumentos demasiado ilógicos para intentar defenderse con éxito por sí solas, y por lo mismo les era indispensable coligarse en nombre de una causa superior, y recurrieron a su Dios, al que llaman «principio de todas las cosas» y «gran ordenador del universo».

Y por esa razón, teniendo por demasiado expuesto los cuerpos de tropas en una batalla, abandonan las fortificaciones exteriores recién construidas, y se reúnen en el centro de la posición, en la ciudadela antigua, acomodada por los ingenieros a la guerra moderna.

Pero extremadamente ambiciosos, los curas y los frailes, han incurrido en una imprudencia notoria; los jefes de la conspiración, dueños de la consigna divina, han exigido una parte demasiado ventajosa del botín.

La Iglesia, siempre insaciable en la rapiña, exigió un derecho de entrada a todos sus nuevos aliados, republicanos y otros, consiste en subvenciones para todas sus misiones extranjeras, en la guerra de China y en el saqueo de los palacios imperiales.

De esta manera se han acrecentado prodigiosamente las riquezas del clero; sólo en Francia han aumentado mucho más del doble en los veinte últimos años del siglo pasado; cuéntase por miles de millones el valor de las tierras y de las casas que pertenecen declaradamente a los curas y los frailes; y esto, haciendo caso omiso de los miles de millones que poseen bajo los nombres de señores aristócratas y viejas rentistas.

Los jacobinos ven con buenos ojos que esas propiedades se acumulen en las mismas manos, confiando en que un día, de un solo golpe, se apodere de ellas el Estado. Mas ese remedio cambiaría la enfermedad sin curarla.

Esas propiedades, producto del dolo y del robo, tornarán a la comunidad de donde fueran extraídas; son una parte del gran haber terrestre perteneciente al conjunto de la humanidad.

En su excesiva ambición, las gentes de la Iglesia han cometido la torpeza, por otra parte inevitable, de no evolucionar con el siglo, y llevando además al hombro su fardo de antiguallas, se han retrasado en el camino. Chapurrean el latín, lo que les ha hecho olvidar su idioma; deletrean la teología de Santo Tomás; pero esa trasnochada fraseología no les sirve gran cosa para discutir con los discípulos de Berthelot.

Es indudable que algunos de ellos, principalmente los clérigos americanos, en la lucha contra una joven sociedad democrática, sustraída al prestigio de Roma, han tratado de rejuvenecer sus argumentos, renovando un poco su antiguo esplendor; mas esa nueva táctica de controversia ha sido reprobada por la autoridad suprema, y el misoneísmo, el odio a todo lo nuevo, no se ha llevado el triunfo; el clero queda rezagado, con toda la horrible banda de magistrados, inquisitores y verdugos, poniéndose detrás de los reyes, los príncipes y los ricos, no sabiendo respecto de los humildes sino pedir la caridad en vez de un amplio y hermoso sitio al buen sol que en la actualidad nos ilumina.

Ha habido hijos perdidos del catolicismo que han rogado al Papa que se declare socialista y se coloque atrevidamente al frente de los niveladores y de los hambrientos; pero en vano; los millones de su «dinero de San Pedro» y su Vaticano es lo que les seduce.

¡Hermoso día fue para nosotros, pensadores libres y revolucionarios, aquel en que el Papa se encerró decididamente en el dogma de infalibilidad!

¡He aquí al hombre cogido en una trampa de acero! Ahí está, sujeto a los viejos dogmas, sin poder decidirse, renovarse ni vivir, obligado a atenerse al *Syllabus*, a maldecir la moderna sociedad con todos sus descubrimientos y progresos. Ya no es otra cosa que un prisionero voluntario, encadenado a la orilla que dejamos atrás, y que nos persigue con sus vagas imprecisiones, mientras nosotros surcamos libremente las ondas, despreciando a uno de sus lacayos que, por mandato de su señor, proclama «la quiebra de la ciencia».

¡Qué alegría para nosotros! Que la Iglesia no quiera aprender ni saber, que permanezca para siempre ignorante, absurda y atada a ese lecho miserable en que yace, que ya San Pablo denominaba su locura: ¡en eso está nuestro triunfo definitivo!

CAPÍTULO V

Trasladémonos con la imaginación a los futuros tiempos de la irreligión consciente y razonada.

¿En qué consistirá, dadas esas nuevas condiciones, la obra por excelencia de los hombres de buena voluntad?

En sustituir las alucinaciones por observaciones precisas; en reemplazar las ilusiones celestes prometidas a los hambrientos por las realidades de una vida de justicia social, de bienestar, de trabajo libre; en el goce por los fieles de la religión humanitaria, de una felicidad más sustancial y más moral que aquel con los cristianos conténtanse hoy.

Lo que éstos quieren es no tener la penosa tarea de pensar por si mismos y haber de buscar en su propia conciencia el móvil de sus acciones; no teniendo ya un fetiche visible como el de nuestros abuelos salvajes, empéñanse en poseer un fetiche secreto que cure las heridas de su amor propio, que les consuele en sus penas, que les dulcifique la amargura de las horas de malestar y les asegure una vida inmortal exenta de cuidados.

Pero todo eso de un modo personal: a su religiosidad no le preocupan los desgraciados que continúan peligrosamente la dura lucha de la vida; son como aquellos espectadores de la tempestad de quienes habla Lucrecio, que gozan viendo desde la playa la desesperación de los náufragos combatiendo con las olas embravecidas; recuerdan de su Evangelio la vil parábola de Cristo que representa a Lázaro, el pobre «reposando en el seno de Abraham, y negándose a humedecer la punta de su dedo en agua para refrescar la lengua del mal rico».[1]

Nuestro ideal de felicidad no es el egoísmo cristiano del hombre que huye viendo morir a su semejante y niega una gota de agua a su enemigo; nosotros, los anarquistas, que trabajamos por nuestra entera emancipación, contribuimos por esto mismo a la libertad de todos, aún a la de aquel mal rico, a quien libraremos de sus riquezas para asegurarle el beneficio de la solidaridad de cada uno de nuestros esfuerzos.

No se concibe nuestra victoria personal sin obtener por medio de ella al propio tiempo una victoria colectiva; nuestra ansia de dicha no puede satisfacerse sino con la dicha de todos, porque la sociedad anarquista, muy lejos de ser una corporación de privilegiados, es una comunidad de iguales, y será para todos una dicha inmensa, de la cual no podemos actualmente formarnos una idea, el vivir en un mundo en que no se vean niños maltratados por sus padres ni obligados a recitar el catequismo, hambrientos que pidan céntimo de la caridad, mujeres que se prostituyan por un pedazo de pan, ni hombres válidos que se dediquen a ser soldados o polizontes, desprovistos de medio mejor de atender a su subsistencia.

Reconciliados todos, porque los intereses de dinero, de posición, de casta, no harán enemigos natos, los hombres podrán estudiar juntos, o tomar parte, si sus aptitudes personales se lo permiten, en la redacción del gran libro de los conocimientos humanos; para acabar, gozarán de una vida libre, más amplia cada vez, poderosamente consciente y fraternal, librándose de este modo de las alucinaciones, de la religiosidad y de la Iglesia, y, por encima de todo, podrán trabajar directamente para el porvenir, ocupándose de los hijos, gozando con ellos de la naturaleza y guiándolos en el estudio de las ciencias, de las artes y de la vida.

Los católicos pueden haberse apoderado oficialmente de la sociedad; más no son, no serán sus amos, pues sólo sabe ahogar, comprimir y empequeñecer: todo lo que es vida se les escapa. En la mayor parte la fe ha muerto: no les queda ya sino la gesticulación piadosa, las genuflexiones, los *oremus*, el repaso del rosario y el coronamiento del libro de oraciones. Los buenos curas se ven obligados a echarse fuera de la Iglesia para encontrar un asilo entre los profanos, es decir, entre los confesores de la fe nueva, entre nosotros, anarquistas y revolucionarios, que vamos hacia un ideal y que trabajamos gozosamente en su realización.

Fuera, pues, de la Iglesia, en absoluto fracasada para todas las esperanzas grandes, cúmplese todo lo grande y generoso. Y fuera de ella y aún a pesar suyo, los pobres, a quienes los curas prometían irónicamente las riquezas celestiales, conquistarán por fin el bienestar en la vida actual. A pesar de la Iglesia se fundará la verdadera Comuna, la sociedad de los hombres libres, hacia la cual nos encaminaron tantas revoluciones anteriores contra los reyes y contra los curas.

---

[1] *Lucas, XVI.*

EL PATRIOTISMO
Cartas a los internacionales del jura
Mijail Bakunin

CARTA PRIMERA

Amigos y hermanos:

Antes de abandonar vuestras montañas, siento la necesidad de significaros una vez más, por escrito mi gratitud profunda por la recepción fraternal que me hicierais. ¿No es cosa maravillosa que un hombre, un ruso, un ex-noble, que hasta el último instante os fuera desconocido, y que por primera vez ponía la planta en vuestro país, se encontrara, en cuanto llegó, rodeado de muchos centenares de hermanos?

Ese milagro no puede hoy realizarse sino por la *Asociación Internacional de Trabajadores*, y esto por una razón sencilla: porque sólo ella representa en la actualidad la vida histórica, el poder creador del porvenir político y social. Los que se hallan unidos por el pensamiento vivo, por una voluntad y por una gran pasión comunes, son realmente hermanos, aun cuando no se conozcan.

Hubo una época en que la burguesía, dotada del mismo poder de vida y constituyendo exclusivamente la clase histórica, ofrecía el mismo espectáculo de fraternidad y de unión, así en los actos como en el pensamiento.

Fue ésta la mejor época de dicha clase, respetable siempre, sin duda, pero en lo sucesivo, impotente, estúpida y estéril; la época de su más enérgico desarrollo. Lo fue también la que precediera a la gran revolución de 1793; lo fue también, aunque en menos grado, la de antes de las revoluciones de 1830 y 1848.

Entonces la burguesía tenía mundo que conquistar, un sitio de que apoderarse en la sociedad, y organizada para el combate, inteligente, sintiéndose armada del derecho de todo el mundo, estaba dotada de una omnipotencia irresistible; ella sola hizo contra la monarquía, la nobleza y el clero reunidos, las tres revoluciones.

En aquella época, la burguesía había también creado una asociación internacional, universal formidable: la *francmasonería*.

Se engañaría quien juzgara la masonería del siglo pasado, y aun la del presente, con arreglo a lo que es hoy. Institución por excelencia burguesa, en su desarrollo, por su poder creciente primero y más adelante por su decadencia, la francmasonería ha representado hasta cierto punto el desarrollo, el poder y la decadencia intelectual y moral de la burguesía. En la actualidad, caída en el triste papel de una vieja intrigante y chocha, es nula, inútil, a veces perjudicial y siempre ridícula, mientras que antes de 1830 y antes de 1793 sobre todo, habiendo reunido en su seno, con pocas excepciones, todos los cerebros escogidos, los corazones más ardientes, las voluntades más altivas, los caracteres más audaces, había constituido una organización activa, poderosa y realmente bienhechora.

Era la encarnación enérgica y la realización de la idea humanitaria del siglo XVIII.

Todos los grandes principios de libertad, de igualdad, de fraternidad, de la razón y de la justicia humanas, elaborados primero teóricamente por la filosofía de este siglo, se habían vuelto, en el seno de la francmasonería, dogmas prácticos y como las bases de una moral y de una política nuevas, el alma de una empresa gigantesca de demolición y de reconstrucción.

La francmasonería no fue en aquella época nada menos que la conspiración universal de la burguesía revolucionaria contra la tiranía feudal, monárquica y divina. Fue la internacional de la burguesía.

Sabido es que casi todos los actores principales de la primera revolución fueron francmasones, y que cuando esta revolución estallara encontró, gracias a la francmasonería, amigos y cooperadores fieles y poderosos en todos los demás países, lo que seguramente contribuyó mucho a su triunfo.

Pero es de igual modo evidente que el triunfo de la revolución acabó con la francmasonería, porque, habiendo la revolución colmado en gran parte los anhelos de la burguesía y habiéndola hecho ocupar el puesto de la aristocracia nobiliaria, la burguesía, después de haber sido tanto tiempo una clase explotada y oprimida, se ha vuelto a su vez, naturalmente, la clase privilegiada, explotadora, opresora, conservadora y reaccionaria, la amiga y el sostén más firme del poder. Después del golpe de Estado del primer Napoleón, la francmasonería se había tornado en gran parte del continente europeo, una institución imperial.

La restauración resucitóla un tanto. Viéndose amenazada con la vuelta del antiguo régimen, obligada a ceder a la iglesia y a la nobleza coligadas el lugar que había conquistado por la primera revolución, la burguesía se había forzosamente vuelto a hacer revolucionaria.

Pero ¡que diferencia entre este revolucionarismo recalentado y el revolucionario ardiente y poderoso que la inspirara a fines del siglo anterior!

Entonces la burguesía había obrado de buena fe, había creído seria y sencillamente en los derechos del hombre, había sido impulsada, inspirada por el genio de la demolición y de la reconstrucción, encontrábase en plena posesión de su inteligencia y en el pleno desarrollo de sus fuerzas; aun no sospechaba que un abismo separábala del pueblo; se creía, se sentía, realmente la representante del pueblo.

La reacción thermidorense y la conspiración de Baboeuf, priváronla para siempre de esta ilusión. El abismo que separa al pueblo trabajador de la burguesía explotadora, dominadora y feliz, se abrió; y nada menos que el cuerpo de la burguesía entera, toda la existencia privilegiada de los burgueses, se necesitan para colmarle.

Así, pues, no fue la burguesía entera, sino sólo una parte de la burguesía, la que tornó a conspirar después de la restauración, contra los regimenes clerical y nobiliario y contra los reyes legítimos.

En mi próxima carta os expondré, si me lo permitís, mis ideas acerca de esta última fase del liberalismo constitucional y del carbonarismo burgués.

CARTA SEGUNDA

Dije en mi anterior que las tentativas reaccionarias legitimista, feudales y clericales, habían hecho revivir el espíritu revolucionario de la burguesía, pero que entre ese espíritu nuevo y el que le animara antes de 1793, había una enorme diferencia. Los burgueses del siglo pasado

eran gigantes, comparados con los cuales, los más atrevidos de la burguesía de este siglo, no aparecen sino como pigmeos.

Basta comparar sus programas para asegurarse de que es así.

¿Cuál fue el de la filosofía y de la gran revolución del siglo XVIII?

Ni más ni menos que la emancipación integral de la humanidad entera, la realización del derecho y de la libertad rea y completa para cada cual, por la igualación política y social de todos, el triunfo de lo humano sobre los restos del mudo divino; el reino de la justicia y de la igualdad en la tierra.

En lo que hizo mal esta filosofía y esta revolución, fue en no comprender que realización de la fraternidad humana era imposible mientras hubiera Estados, y que la abolición real de clases, la igualación política y social de los individuos no será posible sino por la igualación de los medios económicos de educación, instrucción, del trabajo y de la vida par todos.

Sin embargo, no puede reprocharse al siglo XVIII el no haber comprendido esto. La ciencia social no se crea, no se estudia simplemente en los libros; necesita las grandes enseñanzas de la historia, y fue preciso hacer la revolución de 1789 y de 1793, fue menester pasar nuevamente por las pruebas de 1830 1848, para llegar a la conclusión en adelante irrefragable de que toda revolución política que no tiene por objeto *inmediato* y *directo* la igualdad económica, no es, desde el punto de vista de los intereses y de los derechos populares, más que una reacción hipócrita y disimulada.

Esta verdad, tan evidente y tan sencilla, era aún desconocida a fines del siglo XVIII, y cuando Baboeuf estableció la cuestión económica y social, el poder de la revolución estaba ya agotado.

Mas no por eso deja de quedarle a esta última el honor inmoral de haber planteado el más grande de los problemas que nunca haya sido en la historia planteado: el de la emancipación de la humanidad entera.

En comparación con este programa inmenso, ¿vemos qué objeto persigue el programa del liberalismo revolucionario, en la época de la Restauración y de la monarquía de Julio?

La mal llamada libertad, bien sabia, bien modesta, bien reglamentada, bien limitada, hecha para el temperamento empequeñecido de una burguesía medio harta, y que, cansada de de combates e impaciente por gozar, sentíase ya amenazada, no ya de arriba, sino de abajo, y con inquietud veía apuntar en el horizonte, como una masa negra, esos innumerables millones de proletarios explotados, cansados de sufrir y disponiéndose también a reclamar su derecho.

A principios del siglo actual, ese espectro naciente, más tarde bautizado con el nombre de espectro rojo; ese terrible fantasma del derecho de todo el mundo opuesto a los privilegios de una clase de afortunados; esa justicia y esa razón populares que, desarrollándose más, deben hacer polvo los sofismas de la economía, de la jurisprudencia, de la política y de la metafísica burguesas, se vuelven, entre los modernos triunfos de la burguesía, sus incesantes perturbadores, los disminuidores de su confianza, de sus espíritu.

Y sin embargo, bajo la Restauración, la cuestión social era todavía casi desconocida, o por mejor decir, estaba casi olvidada. Había, sí, algunos soñadores asilados, tales como Saint-Simon, Roberto Owen, Fourier, cuyo genio o gran corazón habían adivinado la necesidad de una transformación radical de la organización económica de la sociedad.

En derredor de cada uno de ellos agrupábase un reducido número de adeptos fieles y ardientes, que formaban otras tantas pequeñas iglesias; pero tan desconocidos como los maestros, y que no ejercían ninguna influencia exterior.

Había también el testamento comunista de Baboeuf, transmitido por su ilustre compañero y amigo, Buonarotti, a los proletarios más enérgicos, por medio de una organización popular y secreta.

Pero todo esto no era entonces más que un trabajo subterráneo, cuyas manifestaciones no se hicieron sentir hasta más adelante, bajo la monarquía de Julio, y que bajo la Restauración no fue vislumbrado por la clase burguesa. El pueblo, la masa de trabajadores, permanecía tranquila y aún no reivindicaba nada para sí misma.

Claro es que si el espectro de la justicia popular tenía una existencia cualquiera en esta época, no podía ser sino en la mala conciencia de los burgueses.

¿Y de dónde venía esta mala conciencia?

Los burgueses que vivían bajo la Restauración, ¿eran, como individuos, más malos que sus padres, que hicieran las revoluciones de 1789 y 1793?

De ningún modo. Eran casi los mismos hombres; pero colocados en otro medio, en otras condiciones políticas, enriquecidos con una nueva experiencia, y con otra conciencia, por tanto.

El burgués del siglo pasado había sinceramente creído que emancipándose por sí mismo del yugo monárquico, emanciparía a la vez a todo el pueblo.

Y esta sencilla y sincera creencia fue la fuente de su audacia heroica y de todo su poder maravilloso. Sentíanse unidos a todo el mundo y marchaban al asalto, llevando en sí, la fuerza, el derecho de todo el mundo.

Gracias a este derecho y a este poder popular que se habían, por así decirlo, encarnado en su clase, los burgueses del siglo pasado pudieron escalar y tomar la fortaleza del poder político, que sus padres habían apetecido tantos siglos. Pero en el momento de plantar su bandera, una nueva luz hízose en su espíritu.

En cuanto conquistaron el poder, empezaron a comprender que entre sus intereses burgueses y los intereses de las masas populares no había ya nada en común, que, por el contrario, había oposición radical, y que el poder y la prosperidad exclusivas de la clase de los poseedores no podía apoyarse sino en la miseria y la dependencia política y social del proletariado.

Desde entonces, las relaciones de la burguesía y del pueblo se transformaron de un modo radical, y antes que los trabajadores llegasen a comprender que los burgueses eran sus enemigos naturales, más aún por necesidad que por mala voluntad, los burgueses habían ya adquirido la conciencia de ese antagonismo fatal.

A esto es a lo que yo llamo la mala conciencia de los burgueses.

CARTA TERCERA

He dicho que la mala conciencia de los burgueses paralizó, desde los comienzos de este siglo, todo el movimiento intelectual y moral de la burguesía.

Me corrijo, y reemplazo la palabra *paralizó* por esta otra: *desnaturalizó*.

Porque sería injusto decir que hubo parálisis o ausencia de movimiento en un espíritu que, pasando de la teoría a la aplicación de las ciencias positivas, creó todos los milagros de la industria moderna, los barcos de vapor, los caminos de hierro y el telégrafo, por una parte, y que, por otra, sacando a luz una ciencia nueva, la estadística, y empujando la economía política y la crítica histórica del desarrollo de la riqueza y de la civilización de los pueblos hasta sus últimos resultados, dio las bases de una filosofía nueva, el socialismo, que, desde el punto de vista de los intereses de la burguesía, no es otra cosa que un sublime suicidio, la negación misma del mundo burgués.

La parálisis no sobrevino hasta más adelante, cuando espantada por las resultas de sus primeros trabajos, la burguesía retrocedió, y cuando, para conservar sus bienes, renunciando a todo pensamiento y a toda voluntad, se sometió a protectores militares y se entregó en cuerpo y alma a la más completa reacción.

A partir de esta época no ha inventado nada, ha perdido, con el valor, el poder mismo de la creación. Ni aun tiene ya el poder ni el espíritu de conservación, porque todo lo que ha hecho por su salvación la ha empujado fatalmente al abismo.

En 1848, todavía estaba llena de espíritu. Sin duda que este espíritu no tenía ya aquella savia vigorosa que del siglo XVI al XVII la hiciera crear un mundo nuevo. No era ya el espíritu heroico de una clase que había tenido todas las audacias por qué se había visto obligada a conquistarlo todo: era el espíritu prudente y reflexivo de un nuevo propietario que, después de adquirir una cosa largo tiempo ansiada, debía entonces hacerla prosperar y valer. Lo que caracteriza sobre todo el espíritu de la burguesía en la primera mitad de este siglo en una tendencia casi exclusivamente utilitaria.

Se le ha dirigido un reproche que no es fundado. Pienso, por el contrario, que ha prestado un último gran servicio a la humanidad predicando, aun más por su ejemplo que por sus teorías, el culto, o, por mejor decir, el respeto de los intereses materiales.

En el fondo, estos intereses han prevalecido siempre en el mundo: pero se habían producido hasta entonces bajo la forma de un idealismo hipócrita o malsano, que les había precisamente transformado en intereses perjudiciales e inicuos.

Todo el que se ocupe algo en historia no ha podido dejar de notar que en el fondo de las lecturas religiosas y teológicas más abstractas, más sutiles y más ideales, ha habido siempre algún grave interés material. Todas las guerras de razas, de naciones, de Estados y de clases, no tuvieron nunca otro objeto que el dominio, condición y garantía necesarias del goce y de la posesión.

Considerada desde este punto de vista, la historia humana no es otra cosa que la continuación de ese gran combate por la vida que, según Darwin, constituye la fe fundamental de la naturaleza orgánica.

En el mundo animal, este combate se hace sin ideas y sin frases, carece asimismo de solución; mientras la tierra exista, el mundo animal se entredevorará.

Tal es la condición natural de su vida.

Los hombres, animales carnívoros por excelencia, comenzaron su historia por la antropofagía. Tiende hoy a la asociación universal, a la producción y al goce colectivos.

Pero ¡qué tragedia horrible y sangrienta entre estos dos términos!

Y nosotros aún no hemos acabado con esta tragedia. Después de la antropofagía vino la esclavitud; después de la esclavitud la servidumbre; después de la servidumbre el salariado, al cual debe suceder primero el día terrible de la justicia, y después, mucho después, la era de la fraternidad.

He aquí las fases por las cuales el combate animal por la vida se transforma gradualmente, en la historia, en la organización humana de la existencia.

Y en medio de esta lucha fratricida de los hombres contra los hombres, en este entredevoramiento mutuo, en este esclavizamiento y en esta explotación de unos por otros que, cambiando de nombre y de forma, se han mantenido a través de todos los siglos hasta nuestros días, ¿qué papel ha desempeñado la religión?

Siempre ha santificado la violencia, la ha transformado en derecho. Ha transportado a un cielo ficticio la humanidad, la justicia y la fraternidad, para dejar sobre la tierra el reino de la iniquidad y de la brutalidad. Ha bendecido a los bandidos felices, y para hacerlos aún más dichos, ha predicado la resignación y la obediencia a sus innumerables víctimas, los pueblos. Y cuanto más sublime parecía el ideal que ella adoraba en el cielo, más horrible se hacía la realidad de la historia.

Porque es propio del carácter de todo idealismo, tanto religioso como metafísico, el despreciar el mundo real, y despreciándole, explotarle; de donde resulta que todo idealismo engendra necesariamente la hipocresía.

El hombre es materia, y no puede despreciar impunemente la materia. Es un animal, y no puede destruir su animalidad; pero puede y debe transformarla y humanizarla por la libertad, es decir, por la acción combinada de la justicia y de la razón, que a su vez no tienen influencia sobre ella sino por ser productos suyos y su más alta expresión.

Por el contrario, siempre que el hombre ha querido hacer abstracción de su animalidad, se ha convertido en el juguete y el esclavo de ella, y aún con más frecuencia el siervo hipócrita; testigos, los sacerdotes de la religión más ideal y más absurda del mundo, el cristianismo.

Compárese su obscenidad bien conocida con su voto de castidad; compárese su avaricia insaciable con su doctrina de renuncia a los bienes de este mundo, y se confesará que no hay seres tan materialistas como los predicadores del idealismo cristiano.

En estos mismos instantes, ¿cuál es la cuestión que más agita toda la Iglesia?

Es la conservación de sus bienes, que amenaza confiscar en todas partes esa otra Iglesia, expresión del idealismo político, llamada Estado.

El idealismo político no es ni menos absurdo, ni menos pernicioso, ni menos hipócrita que el idealismo de la religión, del cual no es por otra parte sino una forma distinta, la expresión o la aplicación mundana y terrestre. El Estado es el hermano menor de la Iglesia; y el patriotismo, esa virtud y ese culto del Estado, no es más que un reflejo del culto divino.

El hombre virtuoso, según los preceptos de la escuela ideal, religiosa y política a la vez, debe servir a Dios y sacrificarse por el Estado, y el *utilitarismo* burgués de esta doctrina es el que, desde principios de este siglo, ha comenzado ha hacer justicia.

CARTA CUARTA

He dicho que uno de los mayores servicios prestados por el utilitarismo burgués es el haber dado muerte a la religión del Estado, al patriotismo.

El patriotismo, ya lo sabemos, es una virtud antigua nacida en la mitad de las repúblicas griegas y romanas, en donde nunca hubo más religión real que la del Estado, ni otro objeto de culto que el Estado.

¿Qué es el Estado?

Es, nos responden los metafísicos y los doctores en derecho, es la cosa pública; los intereses, el bien colectivo y el derecho de todo el mundo, opuestos a la acción disolvente de los intereses y las pasiones egoístas de cada cual. Es la justicia y la realización de la moral y de la virtud en la tierra.

Por consiguiente, no hay acto más sublime ni deber más principal para el individuo que sacrificarse, y si necesario es morir por el triunfo, por el poder del Estado.

He ahí en pocas palabras toda la teología del Estado.

Veamos ahora si esa teología política, de igual modo que la teología religiosa, no oculta bajo muy bellas y muy poéticas apariencias, realidades muy comunes y muy sucias.

Analicemos en primer lugar la idea del Estado, tal como nos la presentan sus preconizadores.

Es el sacrificio de la libertad natural y de los intereses de cada uno, individuos así como unidades colectivas, comparativamente pequeñas: asociaciones, comunidades y provincias, a los intereses y la libertad de todo el mundo, a la prosperidad del gran conjunto.

Pero ese todo el mundo, ese gran conjunto, ¿qué es, en realidad?

Es la aglomeración de todos los individuos y de todas las colectividades humanas que la componen.

Pero desde el momento en que para componerle y para coordinarse con él todos los intereses individuales y locales deber ser sacrificados, el todo, que está obligado a representarlos, ¿qué es, en efecto? No es el conjunto vivo, dejando respirar a cada cual con toda holgura y haciéndose tanto más fecundo más poderoso y más libre cuanto más cumplidamente se desarrollen en su seno la plena libertad y la prosperidad de cada uno; no es la sociedad humana natural, que confirma y aumenta la vida de cada cual por la vida de todos; es, por el contrario, la inmolación de cada individuo como la de todas las asociaciones locales, la abstracción destructiva de la sociedad viva, la limitación, o, por mejor decir, la completa negación de la vida y del derecho de todas las partes que componen todo el mundo; es el Estado, es el altar de la religión política en el cual la sociedad natural es siempre inmolada; una universalidad devoradora, viviendo de sacrificios humanos, como la Iglesia. El Estado, repítolo una vez más, es el hermano menor de la Iglesia.

Para probar esta identidad de la Iglesia y el Estado, ruego al lector quiera tener en cuenta el hecho de que una y otro se basan esencialmente en la idea del sacrificio de la vida y del derecho natural, y que parten igualmente del mismo principio; el de la malevolencia natural de los hombres, que no puede ser vencida, según la Iglesia, sino por la gracia divina y por la muerte del hombre natural en Dios, y según el Estado sólo por la ley, y por la inmolación del individuo en aras del Estado.

Una y otro tienden a transformar al hombre, una en un santo, el otro en un ciudadano. Pero el hombre natural debe morir, porque su sentencia fue unánimemente pronunciada por la religión de la Iglesia y por la del Estado.

Tal es en su pureza ideal la teoría idéntica de la Iglesia y el Estado.

Es una pura abstracción histórica supuesta de los hechos históricos.

Estos hechos, como he dicho ya en mi carta anterior, son de naturaleza completamente real, completamente brutal; es la violencia, la expoliación, el esclavizamiento, la conquista. El hombre está de tal modo constituido, que no se contenta con hacer; necesita explicarse y legitimar, ante su propia conciencia y a los ojos de todo el mundo, lo que ha hecho.

La religión ha venido, pues, a punto para bendecir los hechos cumplidos y, gracias a esta bendición, el hecho inicuo y brutal se ha transformado en derecho. La ciencia jurídica y el derecho político, ya se sabe, son hijos de la teología, en primer término; y después la metafísica, que no es otra cosa que una teología enmascarada, una teología que tiene la pretensión ridícula de no ser absurda, se ha forzado en vano a fin de darles el carácter de ciencias.

Veamos ahora qué clase de papel ha desempeñado y continúa desempeñando en la vida real, en la sociedad humana, esa abstracción del Estado, paralela a la abstracción histórica llamada Iglesia.

He dicho que el Estado, por su principio mismo, es un inmenso cementerio al que van a sacrificarse, a morir, a enterrarse, todas las manifestaciones de la vida individual y local, todos los intereses de las partes cuyo conjunto constituye precisamente la sociedad.

Es el altar en que la libertad y el bienestar de los pueblos son inmolados en aras de la grandeza política; y cuanto más completa es esta inmolación, más perfecto es el Estado.

Digo, en resumen, y esta es mi convicción, que el imperio de Rusia es el Estado por excelencia, el Estado sin retórica y sin frases, el Estado más perfecto de Europa. Por el contrario, todos los estados en que los pueblos pueden aún respirar, son, desde el punto de vista del ideal, Estados incompletos, como todas las Iglesias, comparadas con la Iglesia católica romana, son Iglesias incompletas.

He dicho que el Estado es una abstracción devoradora de la vida popular. Mas, para que una abstracción pueda nacer, desarrollarse y seguir existiendo en el mundo real, es menester que haya un cuerpo colectivo, real, interesado en su existencia.

No puede serlo la masa popular, puesto que ésta es precisamente la víctima; debe serlo un cuerpo privilegiado, el cuerpo sacerdotal del Estado, la clase gobernante y posedente, que es en el Estado lo que la clase sacerdotal en la religión, los sacerdotes en la Iglesia.

Y efectivamente, ¿qué vemos en toda la historia?

El Estado ha sido siempre patrimonio de una clase privilegiada cualesquiera: clase sacerdotal, clase nobiliaria, clase burguesa; clase burocrática al fin, puesto que estando agotadas todas las demás clases, el Estado cae o se eleva; pero es menester absolutamente para la salvación del Estado que haya una clase privilegiada cualquiera a quien interese su existencia.

Y el interés solidario de esta clase privilegiada es precisamente lo que se llama *patriotismo*.

CARTA QUINTA

El patriotismo, en el sentido complejo que se atribuye ordinariamente a esta palabra, ¿ha sido nunca una pasión o una virtud popular?

Con la historia a la vista, no vacilo en responder a esta pregunta por un *no* decisivo.

Y para probar al lector que no hago mal en responder así, pídole permiso para analizar los principales elementos que, combinados de modos más o menos distintos, constituyen esa cosa que se llama patriotismo.

Cuatro son los dichos elementos:

1º. El elemento natural o fisiológico.

2º. El elemento económico.

3º. El elemento.

4º. El elemento religioso o fanático.

El elemento fisiológico es el fondo principal de todo patriotismo sencillo, instintivo y brutal. En una pasión natural y que, precisamente porque es demasiado natural, esto es, completamente animal, se halla en contradicción flagrante con toda política, y lo que es peor, embaraza mucho el desarrollo económico, científico y humano de la sociedad.

El patriotismo natural es un hecho puramente ideal bestial, que se encuentra en todos los grados de la vida animal, y aun se podría decir, hasta cierto punto, en la vida vegetal.

El patriotismo tomado en este sentido es una guerra de destrucción, es la primera expresión humana de ese grande y fatal combate por la vida que constituye todo el desarrollo, toda la vida en el mundo natural o real, combate incesante, entredevorante universal que alimenta cada individuo, cada especie, con la carne y con la sangre de los individuos de las especies extranjeras, y que renovándose fatalmente a cada momento, a cada instante, hace vivir, prosperar y desarrollarse las especies más completas, más inteligentes, más fuertes a expensas de otra.

Lo que se ocupan en la agricultura o jardinería saben lo que les cuesta preservar sus plantas contra la invasión de especies parásitas que vienen á disputarles la luz y los elementos químicos de la tierra, indispensables a su alimentación. La planta más poderosa, la que mejor se adapta a las condiciones particulares del clima y del suelo, desarrollándose siempre con un gran vigor relativo, tiende, naturalmente, a ahogar a las demás. Es la que tiene lugar una lucha silenciosa, pero sin tregua, y se hace necesario toda la enérgica intervención del hombre para proteger contra aquella invasión fatal las plantas que prefiere.

Esta lucha se produce, sólo que con más movimiento dramático y más ruido en el mundo animal. No es ya un estrangulamiento silencioso e insensible. La sangre corre, y el animal desgarrado, devorado, torturad, llena el aire de sus gemidos. Y por último, el hombre, el animal parlante introduce la fase primera en esta lucha. Y esta fase titúlase el patriotismo.

El combate por la vida en el mundo vegetal y animal, no es solamente una lucha individual; es una lucha de especies, de grupos y de familias, unos contra otros. Hay en cada ser vivo dos instintos, don grandes intereses principales; el de la alimentación y el de la reproducción.

Desde el punto de vista de la alimentación, cada individuo es el enemigo natural de todos los otros, sin consideración ninguna de lazos de familia, de grupos o de especie. El proverbio «los lobos no se comen unos a otros», no es exacto mientras los lobos encuentran para alimentarse animales pertenecientes a otras especies; pero todos sabemos de sobra que en cuanto les faltan esos últimos, se devoran tranquilamente entre sí.

Los gatos, los puercos y otros muchos irracionales, se comen muchas veces sus propias crías, y no hay animal que no haga esto impulsado por el hambre.

¿No comenzaron las sociedades humanas por la antropofagía? ¿Y quién no oyó las historias lamentables de marinos náufragos y perdidos en el océano, sobre cualquier frágil embarcación, privado de alimento, y decidiendo por la suerte cuál de ellos había de ser sacrificado y comido por los otros? Por último, durante aquel hambre terrible que diezmo la alegría, ¿no vimos a las madres devorar a sus hijos?

Es que el hambre es un rudo e invencible déspota, y la necesidad de alimentarse, necesidad completamente individual, es la primera ley, la condición suprema de la vida humana y social, como también la de la vida animal y vegetal. Rebelarse contra ella, es aniquilar todo lo demás, es condenarse a la nada.

Pero junto a esta ley fundamental de la naturaleza viva, hay otra, en la misma media esencial, la reproducción.

Tiende la primera a la conservación de los individuos, la segunda a la constitución de familias, de grupos o especies. Los individuos, impulsados para reproducirse por una necesidad natural, tratan de unirse a los individuos que por su organización están más cerca de ellos, que se les parecen. Hay diferencias de organizaciones que hacen la unión estéril y aun por completo imposible. Esta imposibilidad es evidente entre el mundo vegetal y el mundo animal; y aun éste último, la unión de los cuadrúpedos, por ejemplo con las aves, los peces, los reptiles o los insectos, es igualmente imposible. Si nos limitamos nada más a los cuadrúpedos encontramos la misma imposibilidad entre distintos grupos, y llegamos a la conclusión de que la capacidad de enlace y el poder de la reproducción no son reales para cada individuo que, hallándose dotados de una organización igual o semejante a la suya, constituyen con él el mismo grupo o la misma familia.

Establecido el instinto de reproducción, el único lazo de solidaridad que puede existir entre los individuos, del mundo animal allí donde la capacidad de enlace acaba, toda solidaridad cesa también. Todo lo que resta fuera de esa posibilidad de reproducción para los individuos, constituye una especie distinta, un mundo absolutamente extraño, hostil, y condenado a la destrucción; todo lo que hay dentro, constituye la gran patria de la especie, como, por ejemplo, la humanidad para los hombres.

Pero esta destrucción o este entredevoramiento mutuo de los individuos vivos, no sólo se encuentran en los límites de ese mundo reducido que llamamos la gran patria; los encontramos también feroces, y a veces más feroces, en mitad mismo de ese mundo, a causa precisamente

de la resistencia y de la competencia que encontraban, y porque las luchas tan crueles del amor se unen allí a las del hambre.

Por otra parte, cada especie de animales se subdivide en grupos y familias diferentes, bajo la influencia de las condiciones geográficas y climatológicas de los distintos países que habita.

La diferencia más o menos grande de las condiciones de vida, determina una diferencia, correspondiente en la organización misma de los individuos que pertenecen a la misma especie.

Sabido es, además, que todo individuo animal busca naturalmente el modo de unirse al individuo que más se asemeja a donde resulta naturalmente el desarrollo de una gran cantidad de variaciones en la misma especie; y como las diferencias que separan unas a otras todas estas variaciones se fundan en principalmente en la reproducción y esta es la única base de toda solidaridad humana, es evidente que la gran solidaridad de la especie debe subdividirse en otras tantas solidaridades más limitadas, o que la gran patria debe dividirse en una multitud de pequeñas patrias animales hostiles y destructoras unas de otras.

CARTA SEXTA

En mi anterior carta he hecho ver cómo el patriotismo, es cualidad o pasión natural, procede de una ley fisiológica, precisamente de la que determina la separación de los seres vivos en especie, en familias y en grupos.

La pasión patriótica es evidentemente una pasión solidaria. Para encontrarla más explícita y más claramente determinada en el mundo animal, es menester, pues, buscarla sobre todo entre las especies animales que, como el hombre, están dotadas de una naturaleza eminentemente sociable; entre las hormigas, por ejemplo, las abejas, los castores y muchos otros que tienen costumbres comunes estables; los animales en domicilio colectivo y fijo representan, desde el punto de vista natural, el patriotismo de los pueblos agrícolas, y los animales vagabundos en rebaños el de los pueblos nómadas.

Es evidente que el primero es más completo que el último, que por su parte no implica más que la solidaridad de los individuos en el rebaño, mientras que el primero agrega aún la de los individuos con el domicilio o el suelo que habitan. La costumbre, que para los animales como para el hombre constituye una segunda naturaleza, ciertos modos de vivir, están mucho mejor determinados, mejor establecidos, entre los animales colectivamente sedentarios, que entre los rebaños vagabundos, y las costumbres diferentes, esas maneras particulares de existir, constituyen un elemento esencial del patriotismo.

Podría definirse el patriotismo natural del siguiente modo:

Es un efecto instintivo, maquinal y completamente desprovisto de crítica, por costumbres de existencia colectivamente adquiridas y hereditarias o tradicionales, una hostilidad completamente instintiva y maquinal contra toda otra manera de vivir. Es el amor de los suyos y de lo suyo y el odio de todo lo que tienen un carácter extraño.

El patriotismo es, pues, un egoísmo colectivo por una parte y la guerra por el otro lado.

No es una solidaridad bastante poderosa para que los individuos miembros de una colectividad animal no se devoren mutuamente si es preciso; sin embargo, es bastante fuerte para que

todos esos individuos, olvidando sus discordias civiles, se unan contra cada intruso que a ellos llegara de una colectividad extranjera.

Fijaos, por ejemplo, en los perros de una aldea. Los perros no forman naturalmente república colectiva; abandonados a sus propios instintos, viven en rebaños errantes, como los lobos, y no es sino bajo la influencia del hombre como se vuelven animales sedentarios. Pero, una vez establecidos, constituyen en cada pueblo una especie de república no comunitaria, sino fundada en la libertad individual, según la fórmula tan querida de los economistas burgueses: cada una para si, y el que venga atrás, que arree.

Es una competencia, una guerra civil sin tregua y sin piedad, en la que el más fuerte muerde siempre al más débil, lo mismo completamente que en las repúblicas burguesas. Ahora, que un perro de un aldea vecina se atreva sólo a pasar por su calle, y veréís a todos esos ciudadanos en discordia reunirse en masa contra el extranjero.

Y pregunto yo:

¿No es esta la copia fiel, o mejor dicho, el original de las copias que a diario se repiten en la sociedad humana? ¿No es esta una manifestación perfecta de ese patriotismo natural del cual he dicho, y me atrevo aún a repetir, que no es otra cosa que una pasión bestial?

Bestial, lo es sin duda, puesto que los perros, incontestablemente, son bestias, y el hombre, animal como el perro y como todos los demás animales de la tierra, pero animal dotado de la facultad fisiológica de pensar y de hablar, comienza su historia por la bestialidad para llegar a través de todos los siglos a la conquista y la constitución más perfecta de su humanidad.

Una vez conocido este origen del hombre, no debe causar admiración su bestialidad, que es un hecho natural entre tantos otros hechos naturales, ni aun se debe uno indignar contra ella, porque no resulta de eso que no sea necesario combatirla con la mayor energía, puesto que toda la vida humana del hombre no es otra cosa que un combate incesante contra su bestialidad natural en provecho de su humanidad.

Tan sólo me he propuesto hacer constar que el patriotismo que los poetas, los políticos de todas las escuelas, lo gobiernos y todas las clases privilegiadas nos alaban como una virtud ideal y sublime, arraiga no en la humanidad del hombre, sino en su bestialidad.

Efectivamente, en el origen de la historia, y en la actualidad en las partes menos civilizadas de las sociedad humana, es donde vemos patriotismo natural reinando en absoluto. Constituye en las colectividades humanas un sentimiento sin duda mucho más complicado que en las otras colectividades animales, por la sola razón de que la vida del hombre, animal pensante y parlante, abarca incomparablemente más objetos que la de los animales de las otras especies; a las costumbres y a las tradiciones por completo físicas vienen todavía a unirse en él tradiciones más o menos abstractas, intelectuales y morales.

Todo lo cual son elementos del patriotismo del hombre, ya que todas estas cosas, combinándolas de un modo o de otro, forman, para una colectividad cualquiera, un sistema especial de vida, una manera tradicional de vivir, de pensar y de obrar de modo distinto que los otros.

Pero cualquiera que sea la diferencia existente entre el patriotismo natural de las colectividades humanas y el de las colectividades animales, desde el punto de vista de la cantidad y aun de la calidad de los objetos que abarcan, tienen de común el ser igualmente pasiones instintivas, tradicionales, habituales, colectivas, y el que la intensidad del uno como la del otro no dependen en modo alguno de la naturaleza de su contenido.

Se podría decir, por el contrario, que cuando menos complicado es este contenido, más sencillo, más intenso y más enérgicamente exclusivo en el sentimiento patriótico que le manifiestan y le expresa.

El animal es evidentemente mucho más adicto que el hombre a las costumbres tradicionales de la colectividad de que forma parte; en él, esta pasión patriótica es fatal e incapaz de deshacerse de ella por sí mismo, no se desprende de ella en ocasión sino bajo la influencia del hombre.

De igual modo, en las humanas colectividades, cuanto menos es la civilización, menos complicado y más sencillo es el fondo mismo de la vida social, y más intensos se muestran el patriotismo natural, es decir, el efecto instintivo de los individuos por todas las costumbres materiales, intelectuales y morales que constituyen la vida tradicional y rutinaria de una colectividad particular, así como un odio por todo lo que es distinto de ella, por todo lo que le es extraño.

De donde resulta que el patriotismo natural está en razón inversa de la civilización, es decir, del triunfo mismo de la humanidad en las humanas sociedades.

Nadie negará que el patriotismo instintivo o natural de las míseras poblaciones de las zonas heladas, que la civilización humana apenas ha rozado, y donde la vida material misma es tan pobre, es indefinidamente más fuerte o más exclusivo que el patriotismo de un francés, de un inglés o de un alemán, por ejemplo… El alemán, el inglés, el francés pueden vivir y aclimatarse en todas partes, mientras que el habitante de las regiones polares morirá pronto de nostalgia, si se le tenía alejado de su país.

Y sin embargo, ¡qué más miserable y menos humana existencia!

Lo que demuestra una vez más que la intensidad del patriotismo natural no es una prueba de humanidad, sino de honestidad.

Junto a este elemento positivo del patriotismo, que consiste en el afecto instintivo de los individuos por el sistema particular de vida de colectividad de que son los miembros, hay además el elemento negativo, tan esencial como el primero e inseparable de él; es el horror igualmente instintivo por todo lo que le es extraño, instintivo y por tanto bestial, si, realmente bestial, porque este horror es tanto más enérgico y más invencible, cuanto menos pensó y comprendió, cuanto menos hombre se muestra el que lo siente.

En la actualidad, no se encuentra este horror patriótico por el extranjero más que en los pueblos salvajes; también es observado en Europa, en medio de las poblaciones semisalvajes, que la civilización burguesa no se ha dignado iluminar, pero cuya explotación no olvida.

Hay en las mayores capitales de Europa, en París mismo, y en Londres sobre todo, calles abandonadas a una población miserable, que nunca alumbrará ninguna luz. Basta que un extraño parezca en ellas, para que una multitud de míseros seres humanos, hombres, mujeres, niños a medio vestir y llevado en su rostro y en toda su persona las señales de la miseria más horrible y de las más profundas abyección, le rodeen, le insulten y en ocasiones hasta le maltraten, sólo porque es allí un extranjero.

Tan salvaje y brutal patriotismo, ¿no es la negociación más rotunda de todo lo que se llama humanidad?

Y sin embargo, hay periódicos burgueses muy ilustrados, como el *Diario de Génova*, por ejemplo, que no sienten la menor vergüenza explotando ese perjuicio tan poco humano y esa pasión completamente bestial.

A pesar de todo, quiero hacerles justicia y reconozco de buen grado que los explota sin compartirlos en modo alguno y sólo porque tienen interés en explotarlos, de igual modo que actualmente lo hacen todos los sacerdotes de todas las religiones que predican las nonadas religiosas sin creer en ellas, y sólo porque es evidente que las clases privilegiadas tienen interés en que las masas populares sigan creyendo en ellas.

Cuando el *Diario de Génova* ha agotado los argumentos y las pruebas, dice: es una cosa, una idea, un hombre *extranjeros*; y tan pequeña idea tiene de sus compatriotas, que espera le bastará proferir la terrible palabra *extranjero* para que, olvidándolo todo, sentido común, humanidad y justicia, se pongan todos de su parte.

Yo no soy genovés; pero respeto demasiado a los de Génova para no creer que *Diario* se engaña respecto a ellos. Indudablemente es que no querrán sacrificar la humanidad a la bestialidad explotada por la astucia.

CARTA SÉPTIMA

He dicho que el patriotismo, mientras es instintivo o natural, arraigado en la vida animal, no ofrece nada más que una combinación particular de costumbres colectivas: materiales, intelectuales y morales, económicas, políticas y sociales, desarrolladas por la tradición o por la historia, en una sociedad humana reducida.

Estas costumbres, ha agregado también, pueden ser buenas o malas, ya que el contenido o el objeto de ese sentimiento instintivo no tiene ninguna influencia sobre el grado de su intensidad; y hasta, si se hubiera de admitir bajo ese último aspecto una diferencia cualquiera, se inclinaría antes a favor de las malas costumbres que de las buenas.

Porque, a causa precisamente del origen animal de toda sociedad humana, y efecto de esta fuerza de inercia, que ejerce una acción tan poderosa en el mundo intelectual y moral en el mundo material, en cada sociedad que aun no degenera, sino que progresa y marcha hacia delante, las malas costumbres, teniendo siempre de su parte la prioridad del tiempo, están más profundamente arraigadas que las buenas.

Esto nos explica por qué, de la suma total de las costumbres colectivas actuales, en los países más adelantados del mundo civilizado, las nuevas décimas partes por lo menos nada valen.

No vayan a creerse que quiero declararle la guerra a la costumbre que tienen, generalmente, la sociedad y los hombres de dejarse gobernar por el hábito. En esto, como en muchas otras cosas, no hacen sino obedecer fatalmente a una ley natural, y sería absurdo rebelarse contra las leyes naturales.

La acción de la costumbre en la vida intelectual y moral de los individuos, lo mismo que en la de las sociedades, es la de las fuerzas vegetativas en la vida animal. Una y otra son condiciones de existencia y de realidad. El bien, lo mismo que el mal, para ser cosas reales, deben ser costumbres, ya sea en el hombre tomado individualmente, o ya sea en la sociedad.

Todos los ejercicios, todos los estudios a los cuales los hombres se entregan, no tienen otro objeto, y, las mejores cosas nos arraigan en el hombre, hasta el punto de convertirse en su segunda naturaleza, sino por el poder de la costumbre.

No se trata, pues, de rebelarse localmente contra ella, puesto que es una potencia fatal que ninguna inteligencia ni voluntad humana podría derrotar. Pero, sí guiados por la razón del siglo y por la idea que nos formamos de la verdadera justicia, queremos seriamente llegar a ser hombres, sólo una cosa tenemos que hacer: emplear constantemente la fuerza de voluntad, esto es, la costumbre de querer, que circunstancias independientes de nosotros mismos, ha desarrollado en nosotros mismos, en la extirpación de nuestros maños hábitos y en si reemplazo por otros buenos.

Para humanizar una sociedad, es menester destruir sin piedad las causas, las condiciones económicas, políticas y sociales, que producen en los individuos la tradición del mal, y sustituirlas por condiciones que den como consecuencia necesaria el nacimiento en esos mismos individuos, de la práctica y la costumbre del bien.

Desde el punto de vista de la conciencia moderna, de la humanidad y de la justicia, tales como, gracias a los desarrollados pasados de la historia, hemos llegado al fin a comprenderla, el patriotismo es una mala, estrecha y funesta costumbre, puesto que es la negación de la igualdad y la solidaridad humanas.

La cuestión social, establecida hoy prácticamente por el mundo obrero de Europa y América, y, cuya solución no es posible sino por la abolición de las fronteras de los Estados, tiende necesariamente a destruir esa costumbre adicional en la conciencia de los trabajadores de todos los países.

Demostraré más adelante cómo, desde los comienzas de este siglo, se ha debilitado sensiblemente en la conciencia de la burguesía financiera, comerciante e industrial, por el desarrollo prodigioso y completamente internacional de su riqueza y de sus intereses económicos.

Pero es menester que haga ver primero cómo, mucho antes de esta revolución burguesa, el patriotismo natural, instintivo y que por su misma naturaleza no puede ser otra cosa que un sentimiento muy estrecho, muy limitado y una costumbre colectiva absolutamente local, fue, desde los comienzas de la historia, profundamente modificado, desnaturalizado y disminuido por la formación sucesiva de los Estados políticos.

En efecto, el patriotismo, como sentimiento natural, es decir, producido por la vida realmente solidaria de una colectividad a un nada o poco debilitada por la reflexión o por el efecto de los intereses económicos y políticos, y lo mismo por el de las abstracciones religiosas, ese patriotismo, sino del todo, en gran parte animal, no puede abrazar sino un mundo muy reducido: una tribu, una comunidad, una aldea.

En los comienzos de la historia, como hoy en los pueblos salvajes, no había nación, ni lengua nacional, ni culto nacional; por consiguiente, no había patria, en el sentido político de esta palabra.

Cada pequeña localidad, cada pueblo, tenia su lengua particular, su dios, su sacerdote o su hechicero, y no era nada más que una familia multiplicada, ensanchada, que se afirmaba viviendo y que, en guerra con las demás tribus, negaba por su existencia todo el resto de la humanidad.

Tal es el patriotismo natural en su enérgica y sencilla crudeza.

Todavía encontraremos restos de este patriotismo hasta en algunos de los países más civilizados de Europa, en Italia, por ejemplo, sobre todo en las provincias meridionales de la península italiana, en donde la configuración del suelo, las montañas y el mar, creando barreras

entre los valles, las comunidades y las ciudades, las separan, las aíslan y las hacen casi extrañas una a otra. Proudhon, en su folleto sobre la unidad italiana, ha observado con mucha razón que esta unidad no era todavía más que una idea, una pasión completamente burguesa y de ningún modo popular; que las poblaciones de los campos, al menos, han permanecido hasta la fecha en gran parte extrañas, y añadiré que hasta hostiles, porque esa unidad que se pone en contradicción por una parte con su patriotismo local, por otra parte no les ha procurado hasta hoy más que una explotación despiadada, la opresión y la ruina.

Aun es Suiza, principalmente en los cantones primitivos, ¿no vemos con frecuencia al patriotismo local luchar contra el patriotismo cantonal y a este último contra el patriotismo político, nacional, de la confederación republicana entera?

Resumiendo, digo que el patriotismo como sentimiento natural, siendo en su esencia y en su realidad un sentimiento esencialmente local, es un obstáculo serió a la formación de los Estados, y que, por consiguiente, estos últimos, y la civilización con ellos, no han podido establecer más que destruyendo, si no por completo, al menos en un grado considerable, esta pasión animal.

CARTA OCTAVA

Después de considerar el patriotismo desde el punto de vista natural, y después de haber demostrado que *desde este punto de vista* es, por una parte, un sentimiento propiamente bestial o animal, puesto que es común a todas las especies de animales, y por otra parte esencialmente local, puesto que no puede nunca abarcar más que el espacio o el mundo sumamente reducido en que el hombre privado de civilización pasa su vida, entro ahora en el análisis del patriotismo exclusivamente humano del patriotismo *económico, político y religioso*.

Es un hecho probado por los naturalistas, y hoy pasado al estado axioma, que el número de cada población animal corresponde siempre a la cantidad de los medios de subsistencia que se encuentran en el país que habita.

La población aumenta siempre que esos medios figuran en gran cantidad; disminuye con la disminución de esa cantidad.

Cuando una población animal ha devorado todas las subsistencias de un país emigra. Pero, rompiendo esta emigración todas antiguas costumbres, todas sus maneras cotidianas y rutinarias de vivir y haciéndole buscar, sin ningún conocimiento, sin pensamiento alguno, instintivamente y por completo a la aventura, los medios de subsistir en países en absoluto desconocidos, va siempre acompañada de privaciones y de inmensos sufrimientos. La mayor parte de la población animal emigrante se muera de hambre, sirviendo con frecuencia de alimento a los supervivientes, y la parte menor sólo consigue aclimatarse y encontrar nuevos medios de vida en un nuevo país.

Luego viene la guerra, la guerra entre las especies que se nutren con los mismos alimentos, la guerra entre las que para vivir necesitan devorarse una a otra.

Considerando desde este punto de vista, el mundo natural no es más que una hecatombe sangrienta, una horrible y lúgubre tragedia escrita por el hambre.

Los que admiten la existencia de un dios creador no se dan cuenta del bello cumplimiento con que le obsequian representándole como el creador *de este mundo*.

¡Como! ¡Un dios todo poderoso, todo inteligencia, todo bondad, no pudo llegar sino a crear un mundo semejante, un horror tal!

Verdad es que los teólogos tienen un excelente argumento para explicar esta contradicción. El mundo fue creado perfecto, dicen, reinó en él principio una armonía absoluta, hasta que habiendo el hombre pecado, dios, furioso contra él, maldijo al hombre y el mundo.

Esta explicación es tanto más edificante cuanto que está llena de absurdos, y sabido es que en el absurdo consiste toda la fuerza de los teólogos. Para ellos, cuanto más absurdo o imposible, es una cosa, más verdadera la creen. Toda religión no es sino la edificación del absurdo.

Así pues, Dios perfecto creó un mundo perfecto; y he aquí que esta perfección vacila, y puede traer sobre la maldición de ese creador, y, después de ser una perfección absoluta, se forma una absoluta imperfección.

¿Cómo la perfección ha podido convertirse en una imperfección?

A esto responderán que es precisamente por que el mundo, aunque perfecto de la creación en el instante no dejaba de ser por eso una absoluta perfección, siendo dios el único absoluto, el más que perfecto. El mundo no es perfecto sino de un modo relativo y en comparación de lo que ahora es.

Pero entonces ¿por qué emplear las palabras perfección, que no acarrea nada relativo? ¿La perfección no es necesariamente absoluta?

Decid que dios había creado un mundo imperfecto, aunque mejor que el que vemos hoy. Pero sí, sino era más que mejor, si al salir de las manos del creador era ya imperfecto, no presentaba esa armonía y esa paz absoluta con que los señores teólogos nos ensordecen.

Y entonces les preguntamos:

Todo creador, según vuestra propia palabra, ¿no debe ser juzgado por su creación como el obrero por su obra?

El creador de una cosa imperfecta es necesariamente un creador imperfecto, dios, su creador, es necesariamente imperfecto. Porque el hecho de que creara un mundo imperfecto no puede explicarse sino por su inteligencia, o por su impotencia, o por su maldad.

Pero, se dirá, el mundo era perfecto, sólo que era menos perfecto que dios.

Responderé a esto que, cuando se trata de perfección, no puede hablarse de más o menos; la perfección es completa, entera, absoluta, o bien no existe.

Luego, si el mundo era menos que dios, el mundo era imperfecto, en donde resulta que dios, creador de un mundo imperfecto, era imperfecto a su vez, que es siempre imperfecto, que nunca fue dios, que dios no existe.

Para la salvar la existencia de dios, los señores teólogos se verán, por tanto, obligados a concederme que el mundo creado por él era perfecto en su origen.

Pero entonces les haré dos pequeñas preguntas.

En primer lugar, si el mundo fue perfecto, ¿Cómo dos perfecciones podían existir una fuera de otra?

La perfección no puede ser más que única; no permite la dualidad, porque la dualidad, el uno limitando al otro, la hace necesariamente imperfecta. Luego si el mundo fue perfecto, no hubo dios ni por encima ni por de bajo de él, el mundo mismo era dios.

Y va la otra pregunta:

Si el mundo fue perfecto, ¿cómo pudo caer?

¡Linda perfección es la que puede alterarse y perderse! ¡Y si se admite que la perfección puede caer, dios puede caer también!

Lo que quiere decir que dios no ha existido, si, en la imaginación crédula de los hombres, pero la razón humana, que cada vez triunfa más en la historia, le destruye.

Por otra parte, ¡cuan singular se muestra ese dios de los cristianos! Crea al hombre de modo que pueda, que *deba* pecar y caer. Teniendo entre sus atributos toda la ciencia, dios no podía ignorar, al crear al hombre, que caería; y puesto que dios sabía esto, el hombre debía caer, de otra manera habría dado un mentís insolente a la absoluta ciencia divina.

¿Quién nos habla, pues, de la libertad humana? ¡Allí había fatalidad! Obedeciendo de esta fatal pendiente, lo que, por otra parte, el más sencillo padre de familia había podido prever en lugar de dios, el hombre cae; y he aquí la divina perfección se encoleriza terriblemente, con una cólera tan ridícula como odiosa; dios no sólo maldice a los transgresores de su ley, sino a toda la decencia humana, aun a la que entonces no existía y que, por tanto, era en absoluto inocente del pecado de sus primeros padres; y no contento con tan irritable justicia, maldice también aquel mundo armonioso que ninguna culpa tenía, y le transforma en un receptáculo de horrores y de crímenes, en una perpetua carnicería. Luego, esclavo de propia cólera y de la maldición pronunciada por él mismo contra los hombres y el mundo, contra su propia creación y acordándose algo tarde de que era un dios de amor, ¿Qué hace? No basta haber engendrado el mundo con su cólera; ese dios sanguinario vierte también la sangre de su hijo único; ¡le inmola bajo pretexto de reconciliar al mundo con su divina majestad!

¡Y si al menos la hubieran conseguido!

Pero no, el mundo natural y humano queda tan desgarrado y ensangrentado como antes de esa monstruosa redención.

De donde resulta claramente que el dios de los cristianos como todos los dioses que le precedieron, es un dios tan impotente como cruel, tan absurdo como malo.

¡Y tales absurdos son los que se quieren imponer a nuestra razón! ¡Con semejantes monstruosidades Se pretende moralizar, humanizar a los hombres!

Que los señores teólogos tengan, pues, el valor de renunciar francamente a la humanidad, lo mismo que a la razón. No les basta decir, con Tertuliano:

Credo quia absurdum.[2]

Aún tratan, por si lo pueden conseguir, de imponernos su cristianismo por medio del látigo, como el tzar de todas las Rusias, por la hoguera, como Calvino, por la Santa Inquisición, como los buenos católicos, por la violencia, la tortura y la muerte, como querían hacerlo todavía los

[2] Creo en lo que es absurdo.

sacerdotes de todas religiones posibles… Ensayen todos los lindos medios, más no esperen triunfar de otra manera.

Por lo tanto que a nosotros hace, dejemos de una vez para siempre todos esos absurdos y horrores divinos para los que creen locamente poder explotar mucho tiempo aun a la plebe, a las masas obreras en su nombre, y volviendo a nuestras razonamiento sencillamente humano, recordemos tan sólo que la luz humana, la única que puede alumbrarnos, emanciparnos, hacernos dignos y felices, no está en sus comienzos, sino relativamente en la época en que se vive, al final de la historia, y que el hombre, en su desarrollo histórico, ha salido de la animalidad para acercarse más cada vez a la humanidad.

Nunca miremos, pues, hacia atrás, siempre adelante, porque adelante, esta nuestro sol y nuestra salvación; y si se nos permite, si útil es mirar algunas veces atrás, no es sino para que nos demos cuenta de lo que fuimos y de lo que no debemos ya ser, de lo que hicimos y ya no debemos hacer.

El mundo natural es el teatro constante de una lucha indeterminable de la lucha por la vida.

No tenemos que preguntarnos por qué es esto así. Nosotros no lo hemos hecho, nos lo hemos encontrado al nacer en la vida. No es nuestro punto de partida natural y no somos en modo alguno responsables de él. La armonía establécese en él por el combate, por el triunfo de unos, por la derrota y más a menudo por la muerte de otros. El vencimiento y el desarrollo de las especies son en él limitados por su propia hambre y por el apetito de las demás especies, es decir, por el triunfo, por a muerte. Nosotros no decimos, con los cristianos, que esta tierra sea un valle de dolores; pero debemos convenir en que no están tierna madre como se dice, y en que lo seres vivos necesitan mucha energía para vivir en ella.

En el mundo natural, los fuertes viven y los débiles sucumben, y los primeros no viven si no porque sucumben otros.

¿Es posible que esta ley fatal de la vida natural se también la del mundo humano y social?

CARTA NOVENA

¿Los hombres están condenados por su naturaleza, a devorarse unos a otros para vivir, como lo hacen los animales de otras especies?

Desgraciadamente, encontraremos en la cuna de la civilización la antropofagía, al mismo tiempo y enseguida las guerra de exterminio, la guerra de razas y pueblos; guerras de conquista, guerras reequilibrio, guerras políticas y guerras religiosas, guerras por las grandes ideas como las hace la Francia dirigida por su emperador[3], y guerras patrióticas por la gran unidad nacional, como las que meditan por una parte en el ministro pangermanista de Berlín y por el tzar panslavista de San Petersburgo.

Y en el fondo de todo esto, al través de todas las frases hipócritas de que se hace uso para darse una apariencia de humanidad y de derecho, ¿Qué encontramos?

Siempre la misma cuestión económica: *la tendencia de los unos de vivir y prosperar a expensas de los otros*.

[3] En la época en que estas líneas fueran escritas. Francia no era aún una república.

Todo lo demás es una bola. Los ignorantes, los tontos, se dejan coger en ella; pero los hombres fuertes que dirigen los destinos de los Estados saben muy bien que en e fondo de todas la guerras no hay más que un interés; el pillaje, la conquista de la riqueza de otro y la apropiación del trabajo ajeno.

Tal es la realidad, a la vez cruel y brutal, que los dioses de todas las religiones, los dioses de las batallas, no han dejado nunca de bendecir; empezando por Jehová, el dios de los Judíos, el padre eterno de nuestro señor Jesucristo, que mando a su pueblo escogido a asesinar a todos los habitantes de la tierra prometida, y concluyendo por el dios católico, representado por los papas, que, en recompensa del asesinato de los paganos, de los mahometanos y los herejes, dieron la tierra de esos desgraciados a sus asesinos llenos de sangre. A las víctima, el infierno; a los verdugos, sus despojos, los bienes de la tierra.

Ese es, no otro, el objeto de las guerras más santas, de las guerras religiosas.

Es evidente que, hasta la fecha al menos, la humanidad no ha procurado excepciones a la ley general de la animalidad que condenan a todos los seres vivos a devorarse a unos a otros subsistir.

El socialismo, poniendo en lugar de la justicia política, jurídica y divina, la justicia humana, reemplazando el patriotismo por la solidaridad universal de los hombres, y por la competencia económica por la organización internacional de una sociedad fundada en el trabajo, será el único que pueda acabar con estas manifestaciones brutales de animalidad humana, con las guerras.

Pero, hasta que haya triunfado en el mundo, todos los congresos burgueses por la paz y por la libertad protestarán en vano, y todos los Víctor Hugo del universo los presidirán en balde; los hombres continuarán devorándose unos a otros como las ferias.

Está bien demostrado que la historia humana, como la de todas las otras especies de animales, comenzó por la guerra.

Esta guerra, que no tuvo no tiene más objeto que conquistar los medios de vida, ha pasado por diferentes fases de desarrollo, paralelas a las distintas fases de la civilización, es decir, del desarrollo de las necesidades del hombre y de los medios de satisfacerlas.

Así, animal omnívoro, el hombre ha vivido primero como todos los otros animales, de frutas y plantas, de caza y de pesca. Durante muchos siglos, sin duda, el hombre, cazó y pescó cual hoy aún lo hacen los animales, sin ayuda de más instrumentos que los que la naturaleza le había dado.

La primera vez que se sirvió del arma más grosera, de una estaca o de una piedra, hizo acto de reflexión, se afirmó, sin sospecharlo indudablemente, como un animal pensante, como hombre; porque las más primitivas de las armas debiendo necesariamente adaptarse al fin que el hombre se propone alcanzar, supone cierto cálculo, cálculo que distingue esencialmente al hombre animal de todos los hombres animales de la tierra. Gracias a esta facultad de reflexionar, de pensar, de inventar, el hombre perfecciono sus armas; muy lentamente, es cierto, a través de muchos siglos, y se transformó por esto mismo en cazador o en bestia feroz armada.

Llegamos a este primer grado de civilización, los pequeños grupos humanos tuvieron naturalmente mas facilidad para alimentarse matando a los seres vivos, sin exceptuar a los hombres, que habían de servirles de alimento, que las bestias primitivas de estos elementos de caza o de guerra; y *como la multiplicación de todas las especies animal está siempre en*

proporción directa con los medios de subsistencia,, es evidente que el número de hombres debía aumentar en una proporción más fuerte que el de los animales de las otras especies, y que, por último, debía llegar un momento en que la naturaleza inculta no podría ya bastar para alimentar a todo el mundo.

CARTA DÉCIMA

Si la razón humana no era progresista, si, apoyándose por una parte en la tradición que conserva en provecho de las futuras generaciones pasadas, y propagándose de uno a otro lado, gracias al don de la palabra qué es inseparable de el pensamiento, no se desarrollaba más cada vez; si no se hallaba dotada de la facultad ilimitada de inventar nuevos procedimientos para defender la existencia humana contra toda la fuerza naturales que les son contrarias, esta insuficiencia de la naturaleza habría sido necesariamente el límite de la multiplicación de la especie humana.

Pero, gracias a la preciosa facultad que el permite saber, reflexionar, comprender, el hombre puede franquear ese límite natural que detiene el desarrollo de todas las demás especies animales. Cuando las fuentes naturales estuvieron agotadas, creó otras artificialmente. Aprovechando, no su fuerza física, sino su superioridad intelectual, se puso no ya simplemente a matar para devorarse enseguida, sino a someter, a educar y a cultivar hasta cierto punto los animales salvajes, para hacerles servir a sus fines. Y así es todavía cómo a través de los siglos grupos de cazadores se transformaba en grupos de pastores.

Esta nueva fuente de existencia multiplicó naturalmente más aun la especie humana, la que puso a esta última en la necesidad de crear nuevos medios de subsistencia. No bastando la explotación de los animales salvajes como los más, comenzaron por devorar a sus enemigos muertos o hechos prisioneros.

Más, cuando empezaron a comprender la ventaja que había para ellos en hacerse servir por las bestias o en explotarlas sin matarlas en seguida, muy pronto debieron comprender el que podían sacar de los servicios del hombre, el más inteligente de los animales de la tierra. El enemigo vencido no fue ya devorado, sino hecho esclavo, obligado a hacer el trabajo necesario para la subsistencia de sus señor.

El trabajo de los pueblos pastores es tan ligero y tan sencillo que no exige casi el trabajo de los esclavos.

Así vemos en los pueblos nómadas y pastores, el número de esclavos es muy reducido, por no decir nulo.

No ocurre lo propio en los pueblos sedentarios o agrícolas. La agricultura exige un trabajo asiduo, diario y penoso. El hombre libre de los bosques y los valles, el cazador como el pastor, se sujetan con mayor repugnancia. Así, vemos hoy en los pueblos salvajes de América, por ejemplo, que es en él ser relativamente más débil, en la mujer, en quien se ceban todos los trabajos más duros y más desagradables. Los hombres no conocen otras tareas que la caza y la guerra, que en nuestra sociedad misma son tenidas por las más nobles, y desprecian todas las otras ocupaciones, permanecen tumbados fumando perezosamente sus pipas, mientras que sus desgraciadas mujeres, las esclavas naturales del hombre bárbaro sucumben bajo su faena diaria.

Un paso más en la civilización, y el esclavo toma el papel de la mujer. Bestia de suma inteligencia, obligado a llevar toda la carga del trabajo corporal, crea el ocio y el desarrollo intelectual y moral de su señor.

Bakunin anunció una continuación de este importante trabajo. Los numerosísimos escritos que siempre tenían en planta, debieron hacerle olvidarle el presente. Por otra parte, toda la obra del gran agitador ha quedado incompleta: su poderosa imaginación, que todo lo quería abarcar, que todo lo barajaba, nunca pudo acabar la inmensa tarea que se imponía. La voluntad era mayor que la fuerza con todo y serlo ésta mucho, en aquel hombre grande entre los grandes. Pero, incompleto y todo, nos atrevemos a asegurar que el lector español ha de apreciar la publicación de este libro.

LA LEY Y LA AUTORIDAD

Piotr Kropotkin

CAPÍTULO I

«Cuando la ignorancia está en el seno de las sociedades y el desorden en los espíritus, las leyes llegan a ser numerosas. Los hombres lo esperan todo de la legislación y cada ley nueva ha sido un nuevo engaño; *piden sin cesar a la ley lo que sólo puede venir de ellos mismos*, de su educación, del estado de sus costumbres» No creáis que es un revolucionario el que dice esto, ni siquiera un reformador; es un jurisconsulto, Dalloz el autor de la colección de las leyes francesas, conocida con el nombre de *Repertorio de la legislación*. Y, sin embargo esas líneas, escritas por un confeccionador y admirador de reyes, representa perfectamente el estado anormal de nuestras sociedades.

Una ley nueva es considerada como un remedio a todos los males. En lugar de cambiar uno lo que considera malo, empieza por pedir una ley que lo cambie. El camino entre dos villas es impracticable: el campesino dice que él haría una ley sobre los caminos vecinales. Una guardia de campo insulta a cualquiera aprovechándose de la simpleza de los que le rodean con su respeto: «Tendrían que hacer una ley -dice el insultado- que prescriba a los guardias del campo el ser un poco más corteses». ¿Qué el comercio y la agricultura no prosperan? «Lo que nos hace falta es una ley protectora» Así razona el industrial, el ganadero, el especulador en trigos. Y no hay revendedor de arambeles que no pidan en una ley para su pequeño comercio. El burgués bajo los salarios o aumenta la jornada de trabajo «hace falta una ley que ponga orden a esto» exclaman los diputados en cierne, en lugar de decir a los obreros que hay otros medios, bastante más eficaces, «para poner orden a esto»: tomar al burgués todo lo que se ha apropiado de las distintas generaciones de obreros. En resumen, para todo una ley: una ley sobre los cambios, una ley sobre los caminos, una ley sobre las modas, una ley sobre los perros rabiosos, una ley sobre la virtud para oponer un dique sobre los vicios, a todos los males, que no son más que el resultado de la indolencia y de la cobardía humana.

Estamos talmente pervertidos por una educación que desde nuestra más tierna edad tiende a matar en nosotros el espíritu de rebelión y nos desenvuelve el de la sumisión a la autoridad, estamos talmente pervertidos por esa existencia bajo la férula de la ley que lo reglamento todo: nuestro amor, nuestras amistades, que si esto continúa, perderemos toda iniciativa, toda costumbre de razonar. Nuestras sociedades parece que no conciben poder vivir de otra manera que bajo el régimen de la ley, elaborada por un gobierno representativo y aplicada por un puñado de gobernantes; y tanto es así, que cuando llegan a emanciparse de ese yugo, su

primer cuidado es el reconstituirlo inmediatamente.«El año 1º de la Libertad» no ha durado jamás más de un día, pues después de haberlo proclamado, al día siguiente vuélvese otra vez a someterse al yugo de la ley, de la autoridad.

Hace millares de años que los gobernantes repiten en todos los tonos: respeto a la ley, obediencia a la autoridad. Los padres educan a sus hijos bajo ese sentimiento; la escuela se lo fortalece, inculcándoles falsa ciencia, haciendo de la ley un culto, uniendo el bien y la ley de sus superiores en una sola y misma divinidad. El héroe de la historia que ella ha fabricado es aquel que obedece a la ley, que la protege en contra de los rebeldes.

Más tarde, cuando el niño entra en la vida pública, la sociedad y la literatura, diciéndole lo mismo cada día, a cada instante, continúan inculcándole el mismo prejuicio. Aun las mismas ciencias físicas son puestas a contribución, e introduciendo en esas ciencias de observación un lenguaje falso, prestado por la teología y el autoritarismo, llegan hábilmente a enredar la inteligencia, para mantener siempre en nosotros el respeto a la ley. El periódico hace la misma tarea; no hay artículo en el que no se predique la obediencia a la ley, al mismo tiempo que en la tercera página se hace notar cada día su imbecilidad y muéstrase cómo las arrastran por todos los fangos los mismos encargados de de mantenerlas. El servilismo ante la ley se ha convertido en virtud, y dudamos que haya un solo revolucionario que no empezase en su juventud por ser defensor de la ley en contra de eso que generalmente se llama el *abuso*, consecuencia inevitable de la ley misma.

El arte hace coro con la *sedicente* ciencia. El héroe del escultor, del pintor y del músico cubre la ley con su escudo, y los ojos inflamados y bufando por la nariz, se apresta a herir con su espada al osado que intente tocarla, se elevan templos, se le nombran grandes sacerdotes, a los cuales los revolucionarios titubean en tocar; y si la Revolución viene a barrer una institución antigua, es aún por una ley que ensaya consagrar su obra.

Este hacinamiento de reglas de conducta, que nos han legado la esclavitud, el servilismo, el feudalismo, la realeza, y que se llama Ley, ha reemplazado esos monstruos de piedra, ante los cuales se han inmolado víctimas humanas, y que no osaba derribar el hombre esclavizado, de miedo a que no mataran los fuegos del cielo.

Ha sido después del advenimiento de la burguesía -después de la gran revolución francesa- que se ha logrado establecer ese culto. Bajo el antiguo régimen se hablaba poco de leyes, si se exceptúa a Montesquieu, Rousseau y Voltaire, que lo hacían para oponerlas al capricho real; debíase obedecer a los gustos del rey y sus servidores, bajo pena de ser encarcelados o colgados. Pero en el momento y después de la revolución, lo abogados llegados al poder hicieron los posibles para afirmar ese principio, sobre el cual debían establecer su reinado. La burguesía lo aceptó sin titubear como su áncora de salvación, para oponer un dique al torrente popular. El sacerdocio se prestó a santificarlo para salvar su barca, que amenazaba zozobrar en las olas del torrente. El pueblo, por último, lo aceptó como un progreso sobre la arbitrariedad y violencia del pasado.

Es necesario transportar la imaginación al siglo XVIII para comprenderlo; es necesario haber derramado la sangre del corazón para comprender, al saber las atrocidades que cometían en esa época los nobles con los hombres y mujeres del pueblo, la influencia mágica que las palabras: «Igualdad ante la ley, obediencia a la ley, sin distinción de nacimiento o de fortuna», habían de ejercer, hace ya un siglo, en el espíritu del pueblo. Este, que hasta aquel entonces había sido tratado más cruelmente de lo que lo era un animal, que jamás había obtenido justicia contra los actos más inicuos de los nobles, a menos de vengarse matándolos para luego ser colgados, se vio reconocido por ese principio, a lo menos en teoría, en cuanto a sus derechos personales, el igual a su señor. Los que hicieron esa ley, prometieron igualmente atender al señor y al hombre del pueblo; proclamaron la igualdad ante el juez del pobre y del rico. Esta

promesa ha sido un engaño; nosotros lo sabemos hoy; pero en aquella época fue un progreso, un homenaje rendido a la justicia, como «la hipocresía es un homenaje rendido a la verdad». Fue porque los libertadores de la burguesía, los Robespierre y los Danton, se basaron en los escritos de los filósofos de la misma burguesía, los Rousseau y los Voltaire que proclamaron «el respeto a la ley para todos», que el pueblo, en el que el ardor revolucionario se agotaba ya ante un enemigo cada día más sólidamente organizado, aceptó el compromiso; dobló la cerviz bajo el yugo de la ley, para salvarse de la arbitrariedad del señor.

Después de la burguesía no ha cesado de explotar esa máxima que, con ese otro principio, el gobierno representativo, resume la filosofía del siglo de la burguesía, el siglo XIX. Los ha predicado en las escuelas, los ha propagado en sus escritos, ha creado ciencia y artes con ese objeto, los ha metido por todas partes, como la devota inglesa que mete bajo las puertas los libros religiosos. Y ella ha hecho que veamos hoy reproducirse un hecho execrable: el mismo día del despertamiento del espíritu descontento, los hombres, queriendo ser libres, comienzan por pedir a sus amos que los protejan, modificando las leyes creadas por esos mismos amos.

Con todo, el tiempo y las ideas han cambiado después de un siglo. Encontramos por todas partes rebeldes que no quieren obedecer a la ley, sin saber de dónde viene, cuál es su utilidad, por qué imponen la obligación de obedecerla y respetarla. La revolución que se aproxima es una verdadera *revolución* y no un simple motín; por esto los rebeldes de nuestros días someten a la crítica todas las bases de la sociedad, venerada hasta el presente y, antes que todo, ese fetiche: a Ley.

Analizan su origen y encuentran, bien un dios -producto de los terrores del salvaje- estúpido, mezquino y malo como los sacerdotes que proclaman su origen sobrenatural; bien la sangre, la conquista por el hierro y el fuego. Estudian su carácter y encuentran por rasgo distintivo la inmutabilidad, reemplazando el desenvolvimiento continuo de la humanidad, la tendencia a inmovilizar lo que debiera desenvolverse y modificarse cada día. Preguntan cómo la ley se mantiene, y ven las atrocidades del bizantinismo y las crueldades de la inquisición; las torturas de la Edad Media, la carne viva cortada en tiras por el látigo del verdugo, las cadenas, la maza, el hacha al servicio de la ley; los sombríos subterráneos de las prisiones, los sufrimientos, los sollozos y las maldiciones.

Hoy mismo, siempre el hacha, la cuerda, el fusil y las prisiones; de una parte el embrutecimiento del prisionero, reducido al estado de bestia enjaulada, el envilecimiento de su ser moral; y, de otra parte, el juez despojado de todos los sentimientos que forman la parte más noble de la naturaleza humana, viviendo como un visionario en un mundo de ficciones jurídicas, aplicando con voluptuosidad la guillotina, sangrienta o seca, sin que este loco, fríamente malvado, dude siquiera un momento del abismo de degradación en el cual ha caído frente a los que condena.

Vemos una raza, confeccionadora de leyes, legislando sin saber sobre qué legisla, votando hoy una ley sobre el saneamiento de las poblaciones, sin tener la más pequeña noción de higiene; mañana reglamentando el armamento del ejército, sin conocer un fusil; haciendo leyes sobre la enseñanza o educación honrada de sus hijos; legislado sin ton ni son, pero no olvidando jamás la multa que afecta a los míseros, la cárcel y la galera que perjudicarán a hombres mil veces menos inmorales de lo que son ellos mismos, los legisladores. Vemos, en fin, en el carcelero la pérdida del sentimiento humano; al policía convertido en perro de presa; el espía, menospreciándose a sí mismo; la delación transformada en virtud, la corrupción erigida en sistema; todos los vicios, todo lo malo de la naturaleza humana favorecido, cultivado para el triunfo de la ley.

Y como nosotros vemos todo esto, es por ello que en vez de repetir tontamente la vieja fórmula «¡respeto a la ley!», gritamos «¡despreciad a la ley y a sus atributos!». Esta frase ruín: «¡Obedeced a la ley», la reemplazamos por «¡Rebelaos contra todas las leyes!».

Comparad solamente las maldades realizadas en nombre de cada ley, con lo que ella ha podido producir de bueno; pensad el bien y el mal, y veréis si tenemos razón.

CAPÍTULO II

La ley es un producto relativamente moderno, pues la humanidad ha vivido siglos y siglos sin tener ley alguna escrita, ni siquiera grabada en símbolos sobre piedra a la entrada de los templos. En esa época las relaciones de los hombres eran, reglamentadas por las simples costumbres, por los usos habituales, que la constante repetición hace venerables y que cada uno adquiere desde su infancia, como aprende el procurarse el alimento por la caza y el hacer uso de los animales para la agricultura.

Todas las sociedades humanas han pasado por esa fase primitiva, y en el presente aun una gran parte de la humanidad no conoce leyes escritas. Los pueblos primitivos tienen usos, costumbres, un «derecho rutinario», como dicen los juristas, tienen hábitos sociales, y esto basta para mantener las buenas relaciones entre los habitantes de la villa, de la tribu, de la comunidad. Entre nosotros mismos, hombres civilizados, cuando salimos de las grandes ciudades y nos dirigimos al campo, vemos aún que las relaciones mutuales entre los habitantes son arregladas, no según la ley escrita de los legisladores, sino según las antiguas costumbres, generalmente aceptadas. Los campesinos de Rusia, Italia, España y los de una buena parte de Francia e Inglaterra, no tienen idea alguna de la ley escrita; ésta viene a inmiscuirse en su vida solamente para arreglar sus relaciones con el Estado; en cuanto a las relaciones entre ellos, algunas veces muy complicadas, las arreglan simplemente según las viejas costumbres.

Antes era esta la regla que seguía toda la humanidad.

Cuando se analizan las costumbres de los pueblos primitivos, se ven bien marcadas dos corrientes distintas.

Mientras el hombre no vive solitario, se elaboran en él usos y costumbres útiles a la conservación de la sociedad y la propagación de la raza. Sin los sentimientos de sociabilidad, sin las prácticas de la solidaridad, la vida común hubiera sido absolutamente imposible. Y estos sentimientos y prácticas no es la ley la que los ha establecido; son anteriores a todas las leyes. Ni es la religión que los ha prescrito; son anteriores a toda religión; se encuentran entre todos los animales que viven en sociedad; se desenvuelven por la fuerza misma de las cosas, como las acciones que el hombre llama instintivas en los animales; provienen de una evolución útil, necesaria para mantener la sociedad en la lucha que por la existencia debe sostener. Los salvajes acaban por no comerse unos a otros, porque encuentran que es mucho más ventajoso entregarse a otra clase de cultura, en vez de procurarse una vez al año el placer de nutrirse con la carne de un viejo pariente. En el seno de las tribus absolutamente independientes, que no conocen ni leyes, ni jefes, cuyas costumbres nos han descrito muchos viajeros, los miembros de una misma tribu dejan de darse cuchilladas a cada disputa, porque la costumbre de vivir en sociedad ha acabado por desenvolver en ellos cierto sentimiento de fraternidad y de solidaridad; prefieren dirigirse a un tercero para ventilar sus cuestiones.

La hospitalidad de los pueblos primitivos, el respeto a la vida humana, el sentimiento de reciprocidad, la compasión para con los débiles, la bravura, hasta el sacrificio de sí mismo en interés de otro, practicado al principio con los niños y amigos, y extendido, más tarde, a los miembros de la sociedad, todas estas cualidades se desenvuelven en el hombre anteriormente a las leyes, independientemente de la religión, como en todos los animales sociales. Esos sentimientos y esas prácticas son el resultado inevitable de la vida en sociedad. Sin ser

inherentes al hombre (como dicen los sacerdotes y los metafísicos), esas cualidades son la consecuencia de la vida en común.

Mas, al lado de esas costumbres, necesarias para la vida de las sociedades y la conservación de la raza, se producen, en las asociaciones humanas, otros deseos, otras pasiones y, por tanto, otros usos, otras costumbres. El deseo de dominar a los otros y de imponerles su voluntad; el deseo de apoderarse de los productos del trabajo de una tribu vecina; el deseo de subyugar a otros hombres para rodearse de comodidades sin producir nada, en tanto que los esclavos producen lo necesario para que sus amos se procuren todos los placeres y todas las voluptuosidades; esos deseos personales, egoístas, producen otra corriente de usos y costumbres. De una parte, el sacerdote, ese charlatán que explota la superstición y que después de haberse libertado él del miedo al diablo, lo propaga a los demás, de otra parte, el guerrero, ese fanfarrón que impele a la invasión y al pillaje del vecino, para luego volver cargado de botín y seguido de esclavos: los dos, mano con mano, llegaron a imponer a las sociedades primitivas costumbres ventajosas para ellos, que han tendido a perpetuar su dominación sobre las masas. Aprovechándose de la indolencia, del miedo, de la inercia de las masas, y gracias a la repetición constante de los mismos actos, lograron establecer permanentemente las costumbres que han llegado a ser el sólido punto de apoyo de su dominación.

Por esto explotan desde luego el espíritu de rutina que se ha desenvuelto en el hombre, que adquiere un grado sorprendente en los niños, en los pueblos salvajes y que se destaca sobre todo en los animales. El hombre, sobre todo cuando es supersticioso, tiene siempre miedo de cambiar cualquiera de las cosas que existen; generalmente venera lo que es antiguo. «Nuestros padres han hecho así, han vivido bien que mal, nos han criado, y no han sido desgraciados; haced lo mismo», dicen los viejos a los jóvenes, cuando éstos quieren cambiar alguna cosa. Lo desconocido les espanta; prefieren estar pegados al pasado, aun cuando este pasado represente la miseria, la opresión, la esclavitud. Podemos asimismo decir que, cuanto más feliz es el hombre, más teme cambiar de estado, por miedo a ser aún más feliz. Hace falta que un rayo de esperanza y un poco de bienestar penetren en su triste choza, para que empiece a querer estar mejor, a criticar su antiguo modo de vivir, y esté pronto a arriesgarse para conseguir un cambio. Mientras no le ha penetrado esta esperanza, mientras no se emancipa de la tutela de los que utilizan sus supersticiones y temores, prefiere quedar en la misma situación. Si los jóvenes quieren cambiar alguna cosa, los viejos dan el grito de alarma contra los innovadores. El salvaje se hará matar antes que infringir una costumbre de su país, pues desde su infancia le han dicho que la menor infracción a las costumbres establecidas le traerá la desgracia, causará la ruina de toda la tribu. Y aun hoy día, ¡cuántos políticos, economistas y sedicentes revolucionarios están bajo la misma impresión, apegados a un pasado que se va! ¡Cuántos no tienen otro cuidado que buscar los precedentes! ¡Cuántos famosos innovadores, copistas de las revoluciones anteriores!

Este espíritu de rutina, que tiene su origen en las supersticiones, en la indolencia y en la cobardía, ha sido en todos los tiempos la fuerza de los opresores; en las primitivas sociedades humanas, fue hábilmente explotado por los sacerdotes y los jefes militares, perpetuando las costumbres ventajosas para ellos solamente, que lograron imponer a las tribus.

Mientras que ese espíritu de conservación, hábilmente explotado, fue suficiente para asegurar a los jefes la usurpación de la libertad de los individuos; mientras que las solas desigualdades entre los hombres fueron las desigualdades naturales, y éstas no se habían aún decuplicado o centuplicado por la concentración del poder y de las riquezas, no hubo aún necesidad alguna de la ley y del aparato formidable de los tribunales y de las penas, siempre crecientes, para imponerlas.

Pero desde que la sociedad empezó a dividirse más y más en dos clases hostiles, la una que busca establecer su dominación y la otra que se esfuerza en sustraerse a ella, la lucha se empeñó. El vencedor se afana en imponer como inmutable el hecho consumado, procurando hacerlo indiscutible, transformando en institución santa y venerable para que los vencidos lo respeten.

La ley hace su aparición sancionada por el sacerdote y teniendo a su servicio la maza del guerrero. Su tendencia es inmutabilizar las costumbres ventajosas a los dominadores, y la autoridad militar se encarga se asegurarle la obediencia. El guerrero encuentra al mismo tiempo en esa nueva función, un nuevo instrumento para asegurar su poder; ya no es el que tiene a su servicio una simple fuerza brutal: es el defensor de la ley.

Pero la ley no es sólo una acumulación de prescripciones ventajosas a los dominadores, que obligan a aceptar y por las cuales se hacen obedecer. El legislador confunde en un solo y mismo código las dos corrientes de costumbres de que venimos hablando: las máximas que representan los principios de moralidad y de solidaridad, elaboradas por la vida en común, y las normas que consagran la desigualdad. Las costumbres que son absolutamente necesarias a la existencia misma de la sociedad, están hábilmente mezcladas en el código con las prácticas impuestas por los dominadores, pretendiendo el mismo respeto del pueblo. «¡No mates!», dice el Código, y «Paga el diezmo al sacerdote», se apresura a añadir. «¡No robes!», dice el Código, y después: «al que no pague el impuesto, se le cortará un brazo».

Tal es la ley, y ese doble carácter lo ha conservado hasta hoy. Su origen es el deseo de perpetuar las costumbres que los dominadores han impuesto para su beneficio. Su carácter es la mezcolanza hábil de las costumbres útiles a la sociedad -costumbres que no tienen necesidad de leyes para ser respetadas-, con esas otras costumbres que sólo son beneficiosas para los dominadores, dañosas a las masas y que se mantienen por el temor a los suplicios.

A excepción del capital individual, nacido del fraude y de la violencia y desenvuelto bajo los auspicios de la autoridad, la ley no tiene título alguno para merecer el respeto de los hombres. Nacida de la violencia y de la superstición, establecida a beneficio del sacerdote, del conquistador y del rico explotador, deberá ser abolida por entero el día que el pueblo quiera destrozar sus cadenas.

Nos convenceremos mejor de esto cuando analicemos en el capítulo siguiente el desenvolvimiento ulterior de la ley bajo los auspicios de la religión, de la autoridad y del régimen parlamentario actual.

CAPÍTLO III

Hemos demostrado en el capítulo precedente cómo la ley ha nacido de las costumbres y usos establecidos, y cómo representa desde su comienzo una mezcolanza hábil de costumbres sociales, necesarias a la preservación de la raza humana, con otras costumbres, impuestas por esos que se aprovechan de las supersticiones populares, por considerar como bueno el derecho del más fuerte. Ese doble carácter de la ley determina su desenvolvimiento ulterior en los pueblos cada vez más cultos. Pero, en tanto que el núcleo de las costumbres sociales inscritas en la ley no sufren sino una modificación muy débil y muy lenta en el transcurso de los siglos, la otra parte de las leyes se desenvuelve siempre en beneficio de las clases dominantes se dejan arrancar una ley cualquiera que represente, o parezca representar, una cierta garantía para los desheredados. Pero entonces esa ley no hace más que renovar una ley anterior, hecha en beneficio de las clases dominadoras. «Las mejores leyes -dice Buckle- fueron las que

revocaron leyes precedentes». Pero ¡qué terribles esfuerzos no se han gastado, qué ríos de sangre no ha sido necesario verter cada vez que se ha procedido a revocar una de esas instituciones que servían para tener al pueblo en esclavitud! Para abolir los últimos vestigios de la servidumbre y de los derechos feudales, y para quebrantar la pujanza de la camarilla real, ha sido necesario que la Francia pasara por cuatro años de revolución y veinte años de guerra. Para abolir la menor de las leyes inicuas que nos ha legado el pasado, son necesarias decenas de años de lucha, y la mayor parte de ellas no desaparecen sino en los períodos de lucha.

Los socialistas han hecho ya muchas veces la historia de la génesis del capital. Han explicado cómo ha nacido de las guerras y del botín, de la esclavitud y de la servidumbre, del fraude y de la explotación moderna. Han demostrado cómo se nutre de la sangre del trabajador y como poco a poco ha conquistado el mundo entero. Han hecho la también la misma historia corriente de la génesis y al desenvolvimiento de la ley; y el espíritu popular, tomando como siempre, al delantera los hombres de estudio, ha hecho la filosofía de esa historia y ha planteado los jalones esenciales.

Hecha para garantir los frutos del pillaje, de la servidumbre y de la explotación, la ley ha seguido las mismas fases de desenvolvimiento del capital; hermano y hermana gemelos, han marchado mano a mano, nutriéndose uno y otro de los sufrimientos y de las miserias de la humanidad. Su historia es casi la misma en todos los países de Europa. Sólo difiere en los detalles, el fondo es el mismo; y, echar una mirada sobre el desenvolvimiento de la ley en Francia, o en Alemania, es conocer, en sus rasgos generales, las fases esenciales de su desenvolvimiento en la mayor parte de las naciones europeas.

En sus orígenes, la ley ha sido el pacto o contrato nacional. En el campo de Marte, las legiones y el pueblo convenían el contrato; el Campo de Mayo de la primitivas Comunas de la Suiza, es aún recuerdo de esa época, a pesar de toda la alteración que ha sufrido por la mezcla de civilizaciones burguesa y centralizadora. Cierto que ese contrato no fue siempre libremente consentido; el fuerte y el rico imponían ya su voluntad en esa época, pero al menos hallaban un obstáculo a sus tentativas de invasión, en la masa popular, que frecuentemente hacía también sentir su fuerza.

Pero, a medida que la Iglesia por una parte y el señor por otra, lograron subyugar al pueblo, el derecho de legislar escapó de las manos de la nación para pasar a las de los privilegiados. La iglesia extendió su poder; sostenida por las riquezas que se acumulaban en sus arcas, se ha metido cada vez más en la vida privada, y bajo el pretexto de salvar las almas, se ha apodero del trabajo de sus siervos; ha sacado impuestos de todas las clases, extendiendo su jurisdicción, ha multiplicado sus delitos y las penas y se ha enriquecido en proporción a los delitos cometidos, puesto que en sus arcas de hierro se acumula el producto de las penas. Las leyes no tienen más analogía con los interese nacionales: «se las creería más bien emanadas de un concilio de fanáticos religiosos, que de legisladores», observa un historiador de derecho francés.

Al mismo tiempo, a medida que el señor, por un lado, extendía su poder sobre los cultivadores de los campos y los artesanos de las villas, llegaba también juez y legislador.

En el décimo siglo, si existían monumentos de derecho público, esos no eran más que pactos que regulaban las obligaciones, las jornadas de trabajo y los tributos de los siervos y de los vasallos del señor. Los legisladores en esa época eran un puñado de bandidos, que se multiplicaban y organizaban para el robo, que practicaban en contra de un pueblo que se volvía cada vez más pacífico a medida que se entregaba a la agricultura.

Explotaban en beneficio propio el sentimiento de justicia inherente a los pueblos; constituidos en justicieros, hicieron de la aplicación misma de los principios de justicia, un manantial de rentas y dictaron que sirvieron para mantener su dominación.

Más tarde, esas leyes, copiadas y clasificada por los legisladores, sirvieron de fundamento a nuestros códigos modernos. ¡Y hablarán aún de respetar los códigos, herencia de sacerdotes y del noble!

La primera revolución, la revolución de las comunas, no logró abolir sino una parte de esas leyes, pues las cartas de las comunas libres no son, en su mayor parte, más que un compromiso entre la legislación señorial o episcopal y las nuevas relaciones, creadas en el seno de la comuna libre.

Y sin embargo, ¡que diferencia entre esas leyes y nuestras leyes actuales! La comuna no permitía encarcelar y guillotinar a los ciudadanos por una razón de estado; se limitaba a expulsar al que conspiraba con los enemigos de la comuna, y arrasa su casa. En la mayor parte de los sedicentes «crímenes y delitos», se limitaba a imponer correcciones. Vemos asimismo en las comunas del siglo XII ese principio justo, pero olvidando hoy, que toda la comuna era responsable de las mañas acciones cometidas por cada uno de sus miembros. Las sociedades de entonces, considerando el crimen como un accidente o como una desgracia (ésta es aún la concepción de los campesinos rusos), y no admitiendo el principio de venganza personal, predicado por la Biblia, comprendía que la falta por cada mala acción recaía sobre la sociedad entera.

Fue necesaria toda la influencia de la iglesia bizantina, que importó a Occidente la crueldad refinada por los déspotas del Oriente, para introducir en las costumbres de los galos y de los germanos la pena de muerte y los suplicios horribles que se han infligido más tarde a lo que se han considerado como criminales; fue necesaria toda la influencia del código civil romano -producto de la corrupción de la Roma imperial-, para reproducir esas nociones de propiedad territorial ilimitada, que vino a trastornar las costumbres comunalistas de los pueblos primitivos.

Sabemos que las comunas libres no pudieron mantenerse. Desgarradas por las guerras intestinas entre los ricos y los pobres, entre los burgueses y los servios, fueron fácilmente la víctima de la realeza. Y a medida que la realeza adquirida nueva fuerza, el derecho de legislación pasaba cada vez más a las manos de una padilla de cortesanos. La apelación a la nación se hacía solamente para sancionar los impuestos pedidos por el rey. Los parlamentos convocados con intervalos de dos siglos, según el buen humor y los caprichos de la Corte, los «Consejos extraordinarios», las «sesiones de notables» donde los ministros apenas escuchas las «las dolencias» de los súbditos del rey: he aquí los legisladores. Y más tarde aún, cuando todos los poderes fueron concentrados en una sola persona que decía «el Estado soy yo», era en «lo reservado de los consejos del príncipe», Según la fantasía de un ministro o de un rey imbécil, que se fabricaban los edictos, a los cuales los súbditos eran obligados a obedecer bajo pena de muerte. Todas las garantías judiciales eran abolidas; la nación era el siervo del poder real y de un puñado de cortesanos; las penas más terribles: rueda, hoguera, despellejamiento, tortura de todo género -producto de la fantasía enferma religiosa y locos violentos que buscan sus delicias en los sufrimientos de los suplicios-, ha aquí lo que hizo aparición en aquella época.

Era a la gran revolución que le estaba reservado empezar la demolición de ese andamiaje de leyes que nos legaron el feudalismo y la realeza. Pero después de haber demolido algunas partes del viejo edificio, la revolución repuso el poder de dictar leyes en manos de la burguesía, al cual empezó a elevar a su alrededor un nuevo andamiaje de leyes destinadas a mantener y a perpetuar su dominación sobre las masas. En sus parlamentos ha dictado leyes, a ciegas y las montañas de leyes se han acumulado con una rapidez espantosa.

Más, ¿qué son en el fondo todas esas leyes?

En su mayor parte sólo tienen un objeto, el de proteger la propiedad individual, es decir, las riquezas adquirida por medio de la explotación del hombre por el hombre; de abrir de nuevo campos de explotación al capital; de sancionar las nuevas fórmulas que la explotación reviste sin cesar a medida que el capital acapara nuevas ramas de la vida humana; caminos de hierro, telégrafos, luz eléctrica, industria química, expresión del pensamiento humano por la literatura y la ciencia, etc. etc. El resto de las leyes, en el fondo, tienen siempre el mismo objeto, es decir, la conservación de la máquina gubernamental, que tiende a garantir al capital la explotación y el acaparamiento de las riquezas producidas. Magistratura, policía, ejército, instrucción pública, crédito público; todo sirve al mismo dios: el capital.

Todo esto sólo tiene un objeto: el de facilitar la explotación del trabajador por el capitalista. Analizad todas las leyes hechas desde ochenta años a esta parte, no encontraréis otra cosa. La protección a las personas, que se ha querido representar como la verdadera misión de la ley, no ocupa sino un lugar casi implacable, pues en nuestras sociedades actuales los ataques contra las personas dictados directamente por el odio y la brutalidad, tienden a desaparecer. Si hoy un buen hombre mata a otro, es para robarle y raramente por venganza personal. Y si este género de crímenes y delitos va cada día disminuyendo, no es ciertamente a la legislación que lo debemos, sino al desenvolvimiento humanitario de nuestras sociedades, a nuestras costumbres cada vez más sociables, y no a las prescripciones de nuestras leyes. Que se revoquen mañana todas las leyes concernientes a la protección de las personas, que cese mañana la persecución por atentados contra las personas, y el número de atentados dictados por la venganza personal o por la brutalidad, no aumentará ni en un solo.

Se nos objetará, seguramente, que se han hecho desde hace cincuenta años un buen número de leyes liberales. Pero analícense estas leyes y se verá que todas ellas sólo son la revocación de leyes que no fueron legadas por la barbarie de los siglos precedentes. Todas las leyes liberales, todo el programa radical se resume en estas palabras: abolición de leyes que han llegado a ser embarazosas para la misma burguesía, y retornar a las libertades de las comunas del siglo XII, extendiéndose a todos los ciudadanos. La abolición de la pena de muerte, el jurado para todos los «crímenes» (el jurado, más liberal que hoy, existía en siglo XII), la magistratura elegida, el derecho de poder acusar a los funcionarios, la abolición de los ejércitos permanentes, la libertad de enseñanza, etc. etc., todo esto que nos dicen ser una invención del liberalismo moderno, sólo es un retorno a las libertades que existían antes que la iglesia y el rey hubieran extendido su mano sobre todas las manifestaciones de la vida humana.

La protección de la explotación, directa por las leyes sobre la propiedad e indirectamente por la subsistencia del Estado, he aquí la esencia y la materia de los códigos modernos y la preocupación de nuestras costosas máquinas de legislación.

Es tiempo ya de no pagarnos más de frases y darnos cuenta de lo que en realidad significan. La ley que se presenta al principio como una compilación de costumbres útiles a la preservación de la sociedad, no es más, hoy día, que un instrumento para el mantenimiento de la explotación y dominación de los ricos y ociosos sobre las masas laboriosas.

Su misión civilizadora es nula hoy día, su única misión es mantener la explotación.

He ahí lo que nos dice la historia del desenvolvimiento de la ley. ¿Es a ese título que somos llamados a respetarla? Ciertamente, no. Cierto que el capital, producto del bandidaje, le debe su respeto; nosotros, no. Y el primer deber de los revolucionarios del siglo XIX será hacer un auto de fe de todas las leyes existentes, como lo harán con los títulos de propiedad.

Si examinamos los millones de leyes que rigen a la humanidad, advertiremos fácilmente que pueden subdividirse en tres grandes categorías: protección a la propiedad, protección a las personas, protección al gobierno. Y, analizando, estas tres categorías, llegamos con respecto a cada una, a esta conclusión lógica y necesaria: *Inutilidad y dañabilidad.*

La protección a la propiedad, los socialistas saben lo que es. Las leyes sobre la propiedad no son hechas para garantir al individuo o a la sociedad la posesión de los productos de su trabajo. Se han hecho, por el contrario, para arrebatar al productor una parte de lo que produce y para asegurar a algunos la parte de los productos que han arrebatado, ya a los productores, ya a la sociedad entera.

Cuando la ley establece los derechos de un fulano sobre una casa, por ejemplo, establece su derecho, no sobre una cabaña, que ha edificado él sólo o con el concurso de algunos amigos; establece, por el contrario, sus derechos sobre una casa que *no ha* construido con su trabajo, sino que ha hecho edificar por otros, a quienes no ha pagado todo el valor de su trabajo. Luego -porque esta casa representa un valor social que no produjo el propietario- la ley establece los derechos de éste sobre una porción de lo que pertenece a todo el mundo y no a persona en particular. La misma casa, edificada en medio de la Siberia, no tendría el mismo valor que tiene en una gran ciudad; y este valor proviene del trabajo de toda una cincuentena de generaciones que han levantado la ciudad, que la han embellecido, proveyéndola de agua y de gas, dotándola de buenas calles, de universidades, de teatros y de almacenes y de caminos de hierro, de carreteras. Reconociendo, pues, los derechos de fulano de tal sobre una casa en París, en Londres, en Rouen, etc., la ley le atribuye -muy injustamente- una cierta parte de los productos del trabajo de la humanidad entera. Y es precisamente porque esta apropiación es una injusticia manifiesta (todas las otras formas de la propiedad tiene el mismo carácter), que ha sido necesario todo un arsenal de leyes y todo un ejército de soldados, policías y jueces para mantenerla contra el buen sentido, el sentimiento de justicia inherente a la humanidad.

La mitad de las leyes -los códigos civiles de todos los países- no tienen otro objeto que el mantener esa apropiación, ese monopolio en provecho de algunos, contra la humanidad entera. Las tres cuartas partes de las causas juzgadas por los tribunales son querellas que surgen entre monopolizadores: dos ladrones que se disputan el botín. Una buena parte de las leyes criminales sólo tienen por objeto mantener al obrero subordinado al amo, al fin de asegurar la explotación.

En cuanto a garantir al trabajador los productos de su trabajo, no hay leyes que de ello se encarguen. Es tan simple y tan natural, están dentro de las costumbres de la humanidad, que la ley no ha pensado en ello. El bandidaje descarado, con las armas en la mano, ya no es de nuestro siglo; un trabajador no va jamás a disputar a otro trabajador los productos de su trabajo; una mala inteligencia entre ellos, la ventilan dirigiéndose a un tercero, sin recurrir a la ley. Si alguno va a exigir a otro cierta parte de los que éste ha producido, no puede ser sino el propietario que viene a extraer su parte de león. En cuanto a la humanidad, en general, respeta siempre el derecho de cada uno sobre lo que ha producido, sin que haya necesidad para esto de leyes especiales.

Todas las leyes sobre la propiedad, que llenan los grandes volúmenes en los códigos y son la alegría de los abogados, cuyo objeto es tan sólo el de proteger la apropiación injusta de los productos del trabajo de la humanidad por ciertos monopolios, no tienen ninguna razón de ser, y los socialistas revolucionarios están decididos a hacerlas desaparecer el día de la revolución.

Y podemos en efecto, con plena justicia, hacer un auto de fe con *todas* las leyes que se relacionan con los llamados «derechos de propiedad», con todos los títulos de propiedad, con todos los archivos; en pocas palabras, con todo lo que forma esa institución, que será bien

pronto considerada como una mancha humillante en la historia de la humanidad, como lo han sido la esclavitud y la servidumbre de los siglos pasados.

Lo que acabamos de decir concierne a la propiedad, puede aplicarse por entero a esta segunda categoría de leyes: las que sirven para mantener el gobierno, o sean las leyes constitucionales.

Es necesario todo un arsenal de leyes, decretos, ordenanzas, edictos, etc. etc., para proteger las diversas formas de gobierno representativo (por delegación o por usurpación), bajo los cuales viven aún las sociedades humanas. Nosotros sabemos muy bien -los anarquistas lo han demostrado suficientes veces por la crítica que han hecho sin cesar de las diversas formas de gobierno- que la misión de todos los gobiernos monárquicos, constitucionales y republicanos, es la de proteger y mantener por medio de la fuerza los privilegios de las clases poseedoras, aristócratas, clero y burguesía. Una tercera parte de las leyes -las leyes «fundamentales», leyes sobre los impuestos, sobre las aduanas, sobre la organización de los ministerios y sus cancillerías, sobre el ejército, la policía, la iglesia, etc., y hay algunos millones en cada país-, no tienen otro objeto que mantener, arreglar y desenvolver la máquina gubernamental, que sirve para proteger los privilegios de las clases poseedoras. Analícense todas esas leyes, obsérvenlas en acción un día y otro día y se advertirá que ni una sola merece conservarse, empezando por las que conceden las comunas al cura párroco, a los principales burgueses del lugar y al subprefecto, y acabando por esa famosa constitución (la XIX o XX después de 1789)[4], que nos de una cámara de estúpidos, preparando la dictadura de algún aventurero.

En fin con respecto a esas leyes no cabe duda alguna. No solamente los anarquistas, sino también los burgueses, más o menos revolucionarios, están de acuerdo en que el solo uso que puede hacérsele de todas las leyes concernientes a la organización del gobierno, es echarlas al fuego.

Queda la tercera categoría, la más importante, pues que en ella se amparan la mayor parte de los prejuicios: las leyes concernientes a la protección de las personas, el castigo y la prevención de los «crímenes». En efecto, esta categoría es la más importante, pues si la ley goza de alguna consideración, es porque se crea absolutamente indispensable ese género de leyes para garantir la seguridad en las sociedades.

Tales leyes han salido del núcleo de costumbres útiles a las sociedades humanas, que fueron explotadas por los dominadores para santificar su dominación. La autoridad de los jefes de tribus, de las familias ricas de la comuna y del rey, se apoya en las funciones judiciales que ellos ejercen, y hasta en el presente aun cada vez que se habla de la necesidad del gobierno es considerándolo en su función de juez supremo. «Sin gobierno, los hombres se asesinarían unos a otros», dice el charlatán de la aldea. «El objeto final de todo gobierno, es el de dar doce honrados jurados a cada acusado», ha dicho Burke.

Y bien, a pesar de los prejuicios existentes, es ya tiempo que los anarquistas digamos muy alto que esta categoría de leyes es tan inútil y tan dañosas como las precedentes.

En cuanto a los llamados «crímenes», a los atentados contra las personas, es sabido que las dos terceras partes son inspirados en el deseo de apoderarse de las riquezas pertenecientes a alguno. Esta categoría inmensa de los llamados «crímenes y delitos» desaparecerá el día que la propiedad privada haya dejado de existir. «Pero -se nos dirá- siempre habrá brutos que atentarán contra la vida de los ciudadanos, que no vacilaran en dar una cuchillada a cada querella, que vengarán la menor ofensa con el asesinato, si no hay leyes para restringirlos y penas para detenerlos» He aquí lo que nos repiten desde el momento que ponemos en duda el derecho de la sociedad.

---

[4] Se refiere, naturalmente a la de Francia.

Con respecto a esto, hay en la actualidad un hecho bien comprobado: la severidad de las penas no disminuye el número de los «crímenes». En efecto, colgad, descuartizad si queréis, a los asesinos, y el número de asesinatos no disminuirá en uno sólo. En cambio, abolid la pena de muerte y no habrá siquiera un asesinato de más; por el contrario, habrá unos menos. Está probado por la estadística.

Por otra parte, que la recolección sea buena, que el pan esté barato, que el tiempo de mantenga bueno, y el número de asesinatos disminuirá al punto, pues está también probado por la estadística que el número de crímenes aumenta o disminuye todos los días en proporción al precio de los artículos y al buen tiempo. No pretendemos que todos los asesinatos sean inspirados por el hambre; pero cuando la recolección es buena y los artículos están a precio accesibles, cuando el sol brilla, los hombres, más alegres, menos miserables que de costumbre, no se dejan dominar por las pasiones sombrías y no van a hundir un cuchillo en el pleno de uno de sus semejantes por fútiles motivos.

Además, es sabido también que el miedo al castigo no ha detenido jamás a un solo asesinato. El que va a matar a su vecino por venganza o por miseria, no razonan mucho sobre las consecuencias; y no hay asesino que no tenga la firme convicción de escapar a las persecuciones. Hay aún otras mil razones que podríamos exponer aquí -el espacio de que disponemos es limitado-, pero que cada cual razone acerca de lo que dejamos dicho, que analice los crímenes y las penas, sus motivos y sus consecuencias, y sabe razonar sin dejarse influir por las ideas preconcebidas, llegará necesariamente a esta conclusión.

Sin hablar de una sociedad donde el hombre recibirá una mejor educación, donde el desenvolvimiento de todas sus facultades y la posibilidad de divertirse le procurarán multitud de goces, sin que los turbe el remordimiento; sin hablar de la sociedad futura; concretándose a nuestra misma sociedad, aun con los tristes productos de la miseria que vemos hoy día en las tabernas de las grandes ciudades, el día en que *ninguna pena* fuese infligida a los asesinos, el número de asesinatos no aumentaría en un solo caso; y es muy probablemente que disminuyeran, por el contrario, esos casos que son debidos hay día a los que reinciden, por el embrutecimiento adquirido en las prisiones.

Nos hablan todos los días de los beneficios de la ley y de los efectos excelentes de las penas; más, ¿se ha ensayado jamás hacer el balance entre los beneficios que se atribuyen a la ley y a las penas, y el efecto degradante de esas mismas penas sobre la humanidad? ¡Que se haga solamente la edición de las malas pasiones despertadas en la humanidad por las penas atroces infligidas antiguamente! ¿Quién, pues, ha conservado y devuelto los instintos de crueldad en el hombre (instinto desconocido aun entre los monos; el hombre llegó a ser el animal más cruel de la tierra), si no el rey, el juez y el cura, que, armados con la ley, han hecho arrancar la carne en jirones, verter pez hirviente en las llagas, dislocar los miembros, moler los huesos y dividir los hombres en pedazos, todo para mantener su autoridad?

Calcúlense solamente todo el torrente de depravación vertido en las sociedades humanas por la delación, favorecida por el juez y pagada con los escudos sonantes del gobierno, bajo pretextos de ayudar al descubrimiento de los crímenes. Visítense las prisiones y estúdiese a lo que llega el hombre, privado de libertad, encerrado con otros seres, ya depravados y penetrados de toda la corrupción y de todos los vicios que se generan en nuestras prisiones; y ténganse en cuenta que cuanto más se las reforma más detestables son, como las vemos en las penitenciarias modernas y modelos, que son cien veces más abominables que las fortalezas de la edad media. Considérense en fin, la corrupción, la depravación del espíritu, que se mantienen en la humanidad, por esta idea de *obediencia* (esencia de la ley), de castigo, de autoridad que tiene el derecho de castigar, de juzgar, fuera de nuestra conciencia y sin tener en cuenta la opinión favorable de nuestros amigos; por la idea del verdugo, del carcelero, del denunciador, en fin, de todos esos atributos de la ley y de la autoridad. Considérense cuanto dejamos dicho, y se

estará ciertamente de acuerdo con nosotros, y con nosotros se dirá que la ley infligidora de penas es una abominación que debe cesar de existir.

Además de esto, los pueblos incultos, y, por menos depravados, han comprendido perfectamente que el llamado «criminal» es solamente un desgraciado, que no hay necesidad de azotarlo, de encarcelarlo o de hacerle morir en el cadalso o en la prisión, sino que se debe aliviarlo, prodigiosamente cuidados fraternalmente, por un tratamiento igualitario, por la práctica de la vida entre gentes honradas.

Nosotros esperamos que en la próxima revolución estallara el grito.

«Quememos las guillotinas, demolamos las prisiones, echemos de entre nosotros al juez, al policía, al delator -raza inmunda que no ha de volver jamás sobre la tierra-; tratemos como hermanos a los que, llevados de sus pasiones, han hecho daño a sus semejantes; sobre todo evitemos, por métodos persuasivos, a los grandes criminales, a esos productores innobles de la ociosidad burguesa, la posibilidad de desarrollar sus vicios, y estamos seguros que habrá muy pocos crímenes que señalar en la sociedad. Lo que mantiene al crimen (además de la ociosidad) es la ley y la autoridad: la ley sobre el gobierno, la ley sobre las penas y delitos, y la autoridad que se encarga de hacer esas leyes y de aplicarlas».

¡No más leyes! ¡No más jueces! La libertad, la igualdad y la práctica de la solidaridad, son la sola y segura eficacia que podemos oponer a los instintos antisociales de algunos hombres.

EDUCACIÓN REVOLUCIONARIA

Cristián Cornelissen

El hombre por su naturaleza misma, cuida de adaptarse al medio social en el cual vive. Procura desenvolver con entera libertad sus libertades físicas e intelectuales según las condiciones de existencia que el rodean y, en primer término, según sus relaciones con sus semejantes.

De ahí su inclinación natural en procurarse el mayor bienestar personal, su inclinación a obtener el más superior desarrollo de su propia individualidad, inclinación común en rodos los demás seres orgánico, vegetales y animales.

En ellos está la bese de la moral humana así como la condición necesaria al desenvolvimiento del individuo y de la colectividad, y solamente de esta manera es como uno y otra pueden alcanzar el más pleno desarrollo.

Ya que buscamos el mayor bienestar personal posible dentro de las condiciones sociales presentes, estas mismas condiciones son del mayor interés para cada uno de nosotros, desde el momento que reaccionan siempre sobre el bienestar o malestar material, intelectual y moral de la comunidad. Allí donde aparece quebrantada la dicha del cuerpo social el individuo tienen que experimentar el daño que el desequilibrio causa a todos sus miembros.

Durante el curso de la lucha de clases emprendida, el proletario en general tiene que adaptarse a las condiciones económicas que cambian continuamente y a vivir tan intensivamente como le sea posible según la evolución de la sociedad. Tiene que desenvolverse dentro de los límites de la civilización humana y cumplir con la obligación de educarse por sí mismo, obligación que al

cumplirla le dotará de las cualidades requeridas para que pueda realizara su misión ante la historia.

Esta misión histórica comprende su propia emancipación como última capa de la moderna sociedad humana, y al mismo tiempo, la completa liberación de la sociedad de la opresión económica y política del capitalismo.

Después, por su propia educación, las masas obreras, por su parte; pueden reaccionar sobre las condiciones vitales materiales y modificar así la estructura económica de la sociedad.

Es lo que se llama reacción del efecto sobre la causa; el mejoramiento de las condiciones económicas obra sobre el desarrollo material, intelectual y moral de un pueblo, lo mismo que este desarrollo ejerce influencia recíproca sobre las condiciones económicas generales.

Sin embargo, para que en la lucha de clases el proletariado llegue verdaderamente a cumplir su misión histórica, el comino que debe recurrir es largo y penoso.

En el período histórico, que empiece luego de abolida esa última forma de esclavitud humana, el salario debe abrir al mismo tiempo una era de civilización general nueva.

Es evidente, no obstante, que las masas obreras todavía se hallan atrasadas física, intelectual y mortalmente, lo mismo en la lucha efectiva contra los patronos que en todas las grandes cuestiones de la civilización humana.

La que más aniquila en la lucha de clases las fuerzas de los proletarios es la falta de solidaridad que se observa en todo.

Vemos a los pobres vivir en discordia perpetua unos contra otros: hombres, mujeres y niños; les vemos disputarse por cosas mínimas. Las querellas están a la orden de todos los día; ora se disputa por el agua que cae del cielo, ora por el agua que sale de la tierra; ora por la escalera, el pasillo, están mal barridos, por la basura, por el sumidero, lo mismo que por las travesuras de lo sus hijos. En los lugares montañeses, en las aldeas, esta desunión se mantienen bajo otras formas aun en las más numerosas discordias de familia, favorecidas por la vida labriega y atizada por los notarios y abogados, según el beneficio que de ellas pueden esperar.

Más cuando, después de estas disputas entre ellos, el propietario, el cura, el notario pasan por los barrios obreros, entonces vemos a los pobres encorvar sus espaldas como sus antepasados lo hacían. Los esclavos del trabajo, incapaces de obrar de acuerdo entre si, se humillan delante de sus amos modernos.

¡Ah, que no son los pueblos de esclavos quienes han de imponer un movimiento histórico!

La división entre los pobres del mundo entero parece ser tan hereditario como las huellas de su trabajo tan grosero y penoso. Por eso la han fomentado constantemente todos los potentados eclesiásticos y seculares.

Por la religión, por la cultura de prejuicios locales y provinciales, por su política llena de zozobras, han logrado estos últimos mantener dividida la clase obrera en toda clase de capillas e iglesias, de clubs, y asociaciones locales; han excitado a los habitantes de un país contra todos los otros.

Las masas obreras viven, pues, divididas entre sí en las ciudades y en los campos, considerándose enemigos unos de otros, en lugar de vivir todos juntos y obrar de acuerdo contra los que les oprimen.

¡Obremos todos cuantos queremos contribuir al progreso de la civilización humana y combatamos con energía todos los prejuicios locales y nacionales! ¡Habrá que destruir mucho más de lo que creemos!

Tan largo tiempo como las masas oprimidas y explotadas de nuestra sociedad capitalista dejen de hacer causa común contra sus explotadores en todas las circunstancias de la vida, interviniendo los unos en provecho de los otros en todo cuanto puedan apoyarse mutuamente, jamás conseguirán, siendo los productores de todas las riquezas, ejercer la dirección del trabajo, ni podrá tampoco ninguno de ellos, como hasta el presente, desenvolverse según sus facultades personales.

En este caso, como en tantos otros, no hay necesidad de teorías, sino de actos, de ejemplos buenos. Práctica, más que todo, hace falta.

La Biblia cristiana lo ha comprendido muy bien al predicar a los creyentes: «Aquellos que me dicen: Señor, Señor, no entrarán todos en el reino de los cielos; sino que entrará solamente aquel que cumpla la voluntad de mi Padre que está en los cielos».

Para los proletarios revolucionarios de nuestros tiempos modernos, como para los cristianos de los tiempos pasados, condición semejante deben reconocerla en sus actos.

Para su emancipación económica y política tienen necesidad las masas proletarias de solidarizarse apoyándose mutuamente, tanto en su trabajo como en la vida social fuera de las fábricas y talleres.

Por lo mismo, aquel que quiera ser útil a la liberación de las masas y a la civilización humana de nuestra época, debe procurar que sus actos estén en armonía con sus teorías y favorecer, en todo lo que pueda, el movimiento revolucionario de los oprimidos contra los opresores.

Allí, en las fábricas y en los talleres, donde el individuo sea víctima de su resistencia contra la explotación, los camaradas deben acudir en su apoyo y auxiliarle, no solamente procurando encontrarle trabajo, si que también con sus personas y en socorros materiales.

El soltero querrá sacrificarse para el bienestar del hombre casado y el casado sin hijos para el del padre de familia.

Rehusando al contrario trabajar con el renegado, que, en las huelgas, ha traicionado a sus camaradas, los obreros obran conforme a los preceptos fundamentales de la lucha de clases.

Todos los legisladores y economistas burgueses dicen, que al rehusar el trabajo por no querer vernos en contacto con el *gáte-métier* y el traidor, violamos «la libertad personal» de aquel que desmerece el oficio y traiciona. Pretenden hacernos creer que no tenemos derecho de usurpar «la libertad del trabajo» de todos aquellos que desean trabajar bajo condiciones distintas a las que trabajan sus compañeros organizados.

Los legisladores y economistas burgueses se refieren, pues, al alcance dado a la libertad personal de los trabajadores por las organizaciones obreras.

Claro que, si los obreros organizados rehúsan trabajar en las fábricas y talleres al lado de aquellos que no aceptan las condiciones convenidas y el contrato común cerrado con los patronos, usurpan la libertad personal del *gáte-métier*, así como usurpan igualmente la libertad del patrono y de sus perros de guardia, quienes, bajo condiciones tales, no serían libres de escoger entre los obreros los que les perecen más fáciles a ser explotados.

Confesemos, desde luego, que todo eso es verdad.

Únicamente que, los obreros organizados, se encuentran cada vez más en la alternativa de «ser el martillo a el yunque».

Sabiendo que hay compañeros de trabajo obligados a ofrecerse a más bajo precio a causa de la carencia de trabajo y de la miseria, no podrían preferir los intereses personales de estos individuos a los del conjunto de los demás obreros.

Porque, si a los patronos no se les puede obligar a entrar en negociaciones con las Sociedades de sus operarios, si, en los lugares mismos de los obreros a hacer causa común en la lucha de clases con sus compañeros de trabajo más inteligentes y más convencidos de sus intereses de clase, entonces estos últimos se ven obligados a aceptar las condiciones de trabajo dictadas por sus amos.

¿Qué significa la libertad para la clase obrera? De hecho el salario no es más que una total infracción a la libertad del trabajo y asimismo una violación al bienestar físico e intelectual de la inmensa mayoría de los hombres.

Así es que, tanto cuanto tiempo los medios de producción y consumo pertenezcan privadamente a una minoría, la mayoría de los hombres estará obligada a producir en provecho ajeno. Las masas tampoco llegarán a verse libres si no combaten la libertad del yugo capitalista.

Porque la libertad es como el reino de los cielos, según San Mateo; se logra por la violencia y son los violentos quienes lo logran. Así que, ningún pueblo y ningún individuo gozará de libertad, sino el que por sí mismo la logre.

La lucha de clases, que los obreros asalariados tienen que sostener contra sus explotadores, es la consecuencia necesaria, precisamente, de la falta de libertad del productor de dirigir sus propios medios de producción y de regular las condiciones de su propio trabajo.

Aquí se levanta inmediatamente el interés del capitalista patrono contra el del obrero asalariado. El concepto de la libertad de uno es opuesto al del otro.

El patrono, apoyado en su libertad y aun en la de los obreros que trata de defender, pretende hacer el contrato de trabajo con sus operarios solamente. Quiere para sí la facultad de admitir o despedir a sus asalariados según le vaya pareciendo conveniente, y concede a cada uno de éstos personalmente que se marchen del taller cuando les plazca.

He ahí «la libertad del trabajo» tal cual la comprende el capitalista patrono y como la defiende la economía burguesa y la convierte en ley la clase dominante.

Pero el obrero asalariado tiene adquirido otro concepto de la libertad. A la libertad del trabajo, según la comprenden los capitalistas y que no es más que la libertad de que el fuerte explote al débil (tómese esta palabra en sentido económico), él, el obrero asalariado, opone su propio concepto, que es el de la libertad de organizarse contra la explotación capitalista.

En oposición al «contrato personal», exigido por el capitalista patrono y defendido calurosamente por los economistas burgueses, los obreros organizados defienden el «mercado colectivo del trabajo» y el «contrato común», basado sobre la comunidad de intereses de los explotados.

El que perjudique a estos intereses por trabajar a menos precio o por renegado debe ser considerado como un traidor por los obreros organizados. Los obreros organizados juzgan,

pues, ejercer un derecho al boicotear a cuantos perjudiquen la causa común de sus compañeros de trabajo, y están obligados por la naturaleza de la cosa misma, a no trabajar con las personas que verifican un contrato individual y a despecho de sus camaradas.

A medida que, en la lucha de clases, los obreros asalariados se encuentran más educados para el combate práctico, cuidan más rigurosamente de ejercer esta táctica general, ya que de otro modo se les haría más y más imposible de obtener un contrato de trabajo favorable.

Además, la apelación a la «libertad del trabajo» por parte del capitalista patrono y del economista de la escuela burguesa, en verdad, sólo es un acto de hipocresía, propio para cubrir los particulares intereses de clase por medio de un nombre especioso.

Con ello no se trata de respetar la libertad del trabajo de todos los obreros sin distinción. De lo que se trata es de recoger entre la libertad de uno y la libertad del otro.

Si la libertad personal del obrero en verificar un contrato de trabajo con su patrono debe ser respetada, aun en el caso de que ese contrato sea perjudicial a sus compañeros de trabajo, es preciso, igualmente, pues, respetar la libertad de los obreros organizados que no quieren trabajar al lado del individuo que perjudica a sus intereses, lo mismo que su libertad de perjudicar a este individuo recíprocamente en todo cuanto sea posible.

Colocados en el punto de vista del respeto a la libertad del trabajo, es menester confesar que en la lucha de clases la libertad de uno vale tanto como la de otro.

La legislación de ninguno de los países modernos ha comprendido esto, ni tampoco la economía burguesa. Y no podía suceder de otra manera, no pueden ser sino el reflejo de los intereses particulares de las clases dirigentes.

Los obreros asalariados, por su parte, tienen el deber de demostrar que lo comprenden perfectamente, en todas partes donde trabajen juntos, en las fábricas, en los talleres y en los campos.

El respeto al contrato colectivo del trabajo y de las obligaciones consiguientes, es un ejercicio que perfecciona la educación revolucionaria, proporcionando la ocasión de ejercerlo, la lucha de clases.

No solamente por medio de esta lucha se ejercitarán los obreros organizados a aplicar el boicotaje a los renegados, a los falsos camaradas, sino que igualmente a los patronos intratables.

Es un arma que puede ser un precioso auxiliar de las huelgas por la razón de que los obreros pueden servirse de ella lo mismo como trabajadores que como consumidores.

Cuando los grandes almacenistas se nieguen a conceder a sus empleados una reducción de horas de trabajo o una mejora en los salarios, modestos, demasiado modestos, corresponde a toda la clientela de estos almacenes, es decir, a las masas de las familias obreras, poner en el índice a esos establecimientos refractarios.

Los obreros, en algunos casos, estarán obligados a apoyar a esos empleados, ya que en sus ramos de oficio respectivos, todos a su tiempo tendrán necesidad de concurso de la opinión pública. En la gran familia de los oprimidos deben todos prestarse mutuo apoyo para mejorar sus condiciones de vida.

Cuando en las imprentas de libros y periódicos, lo mismo que en las principales cervecerías y panaderías, etc., el personal asalariado es impotente para introducir con sus solas fuerzas una reivindicación cualquiera, esa reivindicación debe ser apoyada por la fuerza de todas las asociaciones obreras que pueden retirar su clientela a los patronos recalcitrantes.

Yo he podido convencerme en un caso semejante del excelente efecto producido por la exhibición, frente a los establecimientos boicoteados, de una placa negra con estas frases: «El patrón X paga un salario de… francos por semana, con una jornada de… horas».

La «placa negra» intranquilizaba a los patronos intratables e igualmente a los propietarios de grandes empresas mercantiles e industriales al aparecer por las calles habitadas por su clientela.

Todo eso hace que la lucha sea más aguda y más violenta.

¡Es cierto! Tampoco los obreros pueden esperar consideración ninguna por parte de los capitalistas, que saben perfectamente el boicotaje contra sus operarios organizados.

La introducción de los «certificados de trabajo» y de las «libretas» ha ofrecido a los patronos el medio de investigar la conducta de sus asalariados en muchos oficios e igualmente de regiones y países enteros. De este modo les es posible conocer a las personas más enérgicas del movimiento obrero y privarles de su trabajo. Las protestas que en los lugares obreros levantas esas maquinaciones de los capitalistas son muy numerosas, como lo sabe cualquiera que tenga experiencia del movimiento obrero.

Una sola señal secreta, una carta o un solo punto negro con el cual hayan acotado los patronos los certificados de trabajo podrá denunciar que el obrero que ofrece sus servicios provisto de tal certificado es conocido como «enemigo del buen orden en los talleres» o a lo menos como «sospechoso».

Sabemos que muchos obreros que merecen toda nuestra confianza y muy conocidos en el mundo sindical, que en ninguna parte pueden encontrar trabajo, por muy hábiles que sean en su oficio y provistos aparentemente de los mejores informes.

En vano llaman a todas las puertas, errantes de fábrica a fábrica, de taller en taller. No logran encontrar un empleo si su nombre ha sido colocado, como dicen en Alemania, «en la lista negra». Están boicoteados por los patronos y a muchos no les queda más recurso que abandonar su país.

Esto puede motivar la resistencia obstinada de los obreros organizados contra la introducción de los certificados de trabajo.

Al lado del boicotaje los obreros han practicado durante los últimos años el «sabotaje», que es la aplicación del sistema dicho, «el trabajo según el salario», que, como arma de combate en la lucha de clases, es muy conocido en Inglaterra con la palabra irlandesa *Go Canny* (andar lentamente),

Este sistema es, para así decirlo, la aplicación de la «resistencia pasiva» en las fábricas y talleres, táctica de lucha adoptada por los obreros organizados que podemos parafrasear de este modo: «Trabajemos lentamente esperando que se nos oiga».

Allí donde, en una fábrica o taller, los obreros se consideran muy débiles para poder resistir directamente el aumento de horas de trabajo o la rebaja de los salarios impuesta por los patronos, lo mismo que allí donde la resistencia por el abandono del trabajo ha resultado para

los obreros una derrota decisiva, estos últimos han decidido poner, muy a menudo, su trabajo en concordancia con el salario y demás condiciones especiales del trabajo según la regla de «mala paga, mal trabajo».

Cuando entre los obreros de una casa se ha convenido obrar de esta manera, se trabaja más lentamente a medida que el patrono aumenta sus exigencias, a fin de que éste, por su propio interés, se convenza de que le sería más beneficioso renunciar a sus propósitos.

En las casas donde el trabajo a horas o a jornal ha sido sustituido por el trabajo a destajo, el sabotaje consiste en ejecutar la labor según la calidad de los materiales y según el precio que se cobre por pieza. La calidad del trabajo desmerece a medida que se rebaja el salario.

En realidad, los obreros asalariados, en todo tiempo, han proporcionado su trabajo a su remuneración. Puede decirse que lo ha hecho instintivamente. En las ciudades importantes, donde, en general, los salarios están más elevados que en los pueblos pequeños, los obreros, por regla común, producen más intensamente.

Sin embargo, como sistema de resistencia sistemática, sistema aplicado por los obreros después de haberlo deliberado en sus Sociedades respectivas, es nuevo de todo. Ha nacido por el encarnizamiento con que se combaten las partes, cuerpo a cuerpo, en la lucha de clases.

Hasta hoy las masas obreras han combatido mucho en el terreno teórico y muy poco en el de la práctica en todas sus formas.

Estorban aún entre los asalariados las envidias de oficio y la rivalidad recíproca. Mucho más pronto predomina en ellos la competencia que el acuerdo común. En los sitios obreros se suscitaba antes y se suscita hoy todavía por muchos conceptos una lucha de todos contra todos. Poner fin a esta lucha de entre ellos he aquí lo que primeramente exige la educación de la clase obrera por sí misma.

Los principios del concurso fraternal y del acuerdo común, deben por lo tanto ser propagados en todas las fábricas y talleres y llevados hasta los más sencillos pueblos. Deben ser propagados tanto a los trabajadores agrícolas como a los obreros de la industria y del comercio. En muchísimos ramos del trabajo rural y en las condiciones de vida tan diferentes, como nos ha demostrado la experiencia personal, los obreros agrícolas quieren oírlos.

Es menester, pues, recordarles:

Si vosotros, trabajadores, pertenecéis divididos, si os suplantáis unos a otros, alquilándoos como jornalero o como mozo de labranza; sí vosotros os echáis a cada momento en los trabajos como los perros sobre un mismo hueso, entonces más penosa haréis la lucha por la existencia, no solamente para los otros, sino que también para vosotros mismos. Que, para vosotros y para los demás, llegará día en que no poseeréis el pecho de un caballo ni las espaldas de un buey y en que ya no presentarán para vosotros circunstancias más o menos favorables. Otros más jóvenes y más fuertes serán preferidos.

«¿De qué os sirven, pues, vuestras divisiones y vuestras discordias?».

«El que alquila a los trabajadores para emplear en provecho suyo sus energías ¿deberá fijar, él sólo, las condiciones del trabajo y de la dicha humana?».

Es evidente, que una propaganda fructífera para la fraternidad y acción común de los trabajadores del campo, será bastante difícil llevarla a cabo en las comarcas donde la

agricultura goza de un carácter más o menos patriarcal, como rige todavía en muchos países de Europa.

Bajo el régimen de la gran cultura patriarcal, los mozos de labranza, carreteros y vaqueros, la mayor parte, son alquilados en las grandes haciendas y no en el pueblo vecino, o como es costumbre en Inglaterra, en pequeñas casas (*cottages*) situadas cerca de la hacienda.

En ciertas regiones, donde la alquería aun nos recuerda de la antigua vida familiar, muy difícilmente nuestras ideas penetran entre los obreros de los campos. A menudo se hace imposible fundar allí Sindicatos de obreros agrícolas, lo mismo que la celebración de reuniones públicas con todo y ser ordinariamente en estas comarcas, las condiciones del trabajo son absolutamente semejantes.

Será menester, pues, que los obreros de los demás oficios contribuyan a ilustrar al espíritu de estos trabajadores aislados de la campiña sobre las causas de sus situación miserable. Para ellos podrán aprovechar la conservación, distribuir folletos de propaganda, impidiendo de este modo que la reacción logre afirmarse más tarde en estas regiones atrasadas.

Diferentes razones, tales como el aislamiento de los lugares que habitan, y más que todo, el bajo grado de desarrollo intelectual, hace que existan frecuentemente entre los productores del campo, envidias reciprocas, luchan de intereses, en las que las masas de la población agotan sus energías sin murmurar, en provecho de un pequeño número de ricos propietarios.

A los trabajadores del campo, a los pequeños arrendadores que sufren tanto y cuya situación no es mucho más elevada que la del proletario propiamente dicho, hemos de explicar de qué manera podrían apoyarse mutuamente.

«¿Por qué en las ventas públicas subís el precio de los bonos, del monte tallar, los alquileres de vuestras casitas de obreros y de vuestros pedazos de tierra? ¿Por qué unos a otros os sustraéis así los mendrugos de pan negro que aún lográis comer? ¿Por qué enriquecéis de tal manera a los notarios y a los grandes propietarios que saben darse muy buena comida en del festín de la vida o al tesoro público vaciado con cálculo para la adquisición de nuevos fusiles y cañones más perfecciones?»

«¿Por qué no os respetáis mutuamente? ¿Por qué no encargáis a uno o dos de los vuestros que hagan las compras y concierten el arrendamientos públicos, para enseguida vosotros poneros de acuerdo acerca de la distribución de todo lo que pueda adquirirse por medio de esta práctica a precios reducidos?»

«No teméis que los ricos sieguen ellos mismos la hierba de las praderas o bien manejan el arado. No temáis que os sustraigan los montones de abonos para llenar con ellos sus ricos salones. No lo harán»

«¡Amaos, pues, y apoyamos unos a otros!»

Seguramente, no podrá decirse que al hablar así a los pobres campesinos, se haga propaganda directamente comunista, pero cuando menos, se les enseñara a comprenderse y apoyarse mutuamente en lugar de combatir a expensas de todos.

¡He aquí lo que se llama educarse las masas obreras por si mimas! La necesidad de esta educación práctica les debe ser puesta ante la vida.

De esta propaganda han de resultar otros beneficios, uno de los cuales ya hemos tratado de explicarlo en otro capitulo. Con ellas se contribuiría esencialmente a la ruina y a la

proletarización de los pequeños agricultores propietarios y de los grandes arrendadores, quienes puesto al pie de muro serán destruidos entre los grandes propietarios y el fisco despiadado, de una parte, y de otra, los trabajadores agrícolas solidarizándose y multiplicando continuamente sus reivindicaciones.

¡En verdad qué largo es el trabajo de educación y de experiencia a realizar!

Abstracción hecha de las condiciones de trabajo tan atrasadas con la vida patriarcal de las regiones rurales. De todos modos, es cierto, que, hasta el presente, capitalistas, grandes agricultores y propietarios han sabido unirse mejor y hacer causa común contra las pretensiones de la clase explotada, que los trabajadores en sus luchas para emanciparse.

Fuera de las condiciones inmediatas del trabajo en las fábricas, en los talleres y en los campos, los explotados pueden ejercer todavía una eficaz influencia en muchísimas circunstancias de la vida social con sólo comprenderse y tratarse unos con otros fraternalmente.

Es posible que en ciertos países, cuando el mobiliario de un compañero sin trabajo ha de venderse por motivo de deudas, los obreros del barrio lo repongan en la posesión de sus muebles con muy pocos sentimos. Para esto basta convencer al público que dejen comprar los muebles, pieza por pieza, a una sola persona, suscitando obstáculos a los integrantes.

En Holanda, durante algunos años, se promovió un movimiento regular contra las ventas judiciales, y entonces los propagandistas socialistas compraban en varias partidas todo un mobiliaria, a uno y dos céntimos cada mueble; una mesa, dos céntimos; seis sillas, dos céntimos; en suma, para concretar el caso, cincuenta y seis piezas por unos dos francos. En cambio, muy a menudo sucedía que colecta hecha a favor de la famita pobre cuyos muebles eran vendidos, excedía en un doble de la suma que era necesaria para la compra del mobiliario.

De modo, que los muebles salían por una puerta y entraban por la otra; muchísimas veces las gentes perseguidas por la justicia, reportaban aún alguna ventaja directa de la venta, que, además, ofrecía una buena ocasión para la propaganda socialista.

Es evidente, sin duda alguna, que de tales ventas pueden provenir malos resultados para aquellos que deseen prestar auxilio a una familia en desgracia; puede también suceder que estas tentativas fracasen, para la mayoría, en tanto se presenten aisladamente y sean dirigidas por algunos propagandistas osados.

Porqué éstos serán perseguidos de todas maneras por las autoridades, que procurarán ponerlas en contradicción con la ley. Sin embargo, por otra parte, esta resistencia sistemática de la población obrera, resistencia sostenida por la común solidaridad, ha demostrado un carácter contagioso, de la misma manera que habituaba a la población a reflexionar y a obrar independientemente.

Sucede frecuentemente que una familia pobre, digna de ser asistida e imposibilitada de pagar el alquiler de su habitación es auxiliada por sus amigos, quienes acuden en número suficiente para trasladar los muebles a otra casa, ejecutando el desocupo en muy pocos minutos.

En la campiña, donde prevalecen los diezmos y otras cargas feudales que oprimen a la población como ocurre aún en diferentes regiones de Europa occidental, los revolucionarios pueden mantener un movimiento efectivo contra los restos del feudalismo. Que se rehusé ofrecer dinero por los productos agrícolas vendidos en subasta.

Sin duda, las formas de socorro mutuos practicados por toda la población laboriosa de las ciudades y los campos, cambiarán con las condiciones especiales de la región.

Durante el invierno, cuando millares de personas de los barrios populares de la ciudad o del campo están sin trabajo y en plena miseria, ¿no resulta ser una bobería de su parte, el permanecer pacíficos, metido cada uno en su agujero, sin lumbre en el hogar y con la despensa vacía? ¿Acaso no deben y pueden unirse y manifestar su miseria por las calles, llevando las herramientas consigo para demostrados que quieran trabajar y no pueden?

¡Qué los sindicatos obreros, mejor ejercidos en la lucha de clases práctica están más dispuestas a prestar su apoyo a sus hermanos desgraciados, compañeros de trabajo! Que las organizaciones obreras de los diferentes oficios quieran solamente alquilar las salas de reunión y hacer imprimir los carteles y los prospectos para la convocación de los sin trabajo. Cuando los obreros organizados acudan de este modo a prestar apoyo a sus hermanos desgraciados, los grupos de los hambrientos interceptarán más frecuentemente las vías de nuestras capitales.

Estas manifestaciones de la miseria demostrarán a as clases poseedoras hasta dónde llegan las inequidades del régimen capitalista: alzarán el vuelo que oculta todo el sufrimiento de la clase obrera, mucho más que no lo consiguen los largos discursos. Por entre las clases dirigentes, reina también, al lado de los espíritus indiferentes y alegres, mucha ignorancia y mucha falta de verdad.

¡Pero semejantes manifestaciones, organizadas por los miserables, serán prohibidas por las autoridades!

¡Ah! ¡No hay que dudarlo, las autoridades podrán prohibir lo que quieran! Pueden ordenar a los pobres sin trabajo, si queréis, que permanezcan en sus agujeros detrás de la sartén y que se ponga la rodilla en la boca, a fin de que, mascando, olviden que tienen hambre.

¡Empero, todo lo que las autoridades desean y prescriben, no se cumple!

A los sablazos se dispersará a los grupos de los sin trabajo: se les expulsará sirviéndose de una policía despiadada, fiel auxiliar de las clases dirigentes. Tenemos numerosos ejemplos: Londres, Berlín, París, Ámsterdam, casi todas las importantes ciudades de Europa y Estados Unidos y otras muchas regiones.

Pero, ¿Quién impedirá a los sin trabajo, dado que las cosas no lleguen más lejos, que se pongan de acuerdo sobre otras formas de acción común? ¿Quién les impedirá de manifestarse por las calles de la ciudad, pidiendo trabajo a cada puerta y reunirse todos los días después de sus paseos, en sus salas de antemano convenidas?

No está permitido a los pobres permitido pedir dinero. Pude serles impedido por la fuerza. Pero no podrán impedirles que busquen trabajo en gran número, organizados, aunque dispersos.

Además, estas medidas no pueden ser llevadas a efecto sino con el concurso de un verdadero ejército de policías. No se ha verificado aún un ensayo.

Aquí y allá, organizados los sin trabajo, quizá lograran reunir algún dinero en las calles por medio de listas anotando los nombres de los donantes y aceptar anticipos para la compra de material e instrumentos de trabajo. El primer material de trabajo más necesario es el pan, y en cantidad suficientes.

Tampoco se podrá impedir a los sin trabajo que se presenten el domingo, vestidos con sus andrajos, en las iglesias donde los curas predican (de labios) el amor para sus semejantes, ni que se dirijan hacia los museos y al salón de sesiones del ayuntamiento, lo mismo que a todos los demás edificios públicos, que, por lo menos, son confortables.

En una de nuestras principales capitales vi un día que un hombre sin trabajo llevaba al extremo de un bastón un cartelito indicando, al mismo tiempo que la causa de su miseria, su nombre y su dirección. El buen hombre paseó su escrito por las calles más concurridas y por los paseos más que más frecuentan los ricos. Cabe reconocer que este hombre supo hacer algo para manifestar su miseria.

Si con todo esto, vosotros, los miserables, permanecían en vuestros agujeros, esperando pacientemente lo que no ha de llegar, se os dejará morir de hambre. Seguramente que los ricos no van a experimentar con motivo de vuestra muerte, ni dolor, ni remordimiento, ni reproche.

Si vosotros, los miserables, permanecéis tranquilamente en vuestros tabucos, la gente feliz pretenderá, a lo más, que la pobreza y la desgracia no son en realidad tan extremas. «De otro modo los pobres se manifestarían, y, sobre todo, se harían escuchar»

En los pueblos pequeños, el acuerdo y la acción común de los desheredados han llegado a ser muy difíciles por la falta de un número suficiente de personas verdaderamente aptas para ponerse al frente de un movimiento proletario. De otra parte, la influencia de la opinión pública allí es más poderosa que en las capitales importantes, y pude obrar más inmediatamente sobre la vida diarias de las clases poseedoras.

Aunque debiéramos admitir que, entre las formas de socorro mutuo y de resistencia esencial contra la opresión, hay varias que, en ciertas regiones del mundo, resultan inaplicables dadas las leyes del país, y otras fracasan o no tienen efecto esencial porque, opuestas al carácter particular de la población, aunque ellos pueden variar según las costumbres y hábitos de los pueblos, siguiendo condiciones especiales y locales de cada país, no es menos cierto que las formas de socorro mutuo entre los pobres y de resistencia contra la explotación capitalista serían cada vez más numerosas.

Que los desheredados sepan solamente apoyarse mutuamente, y sólo el desprecio que sienten contra sus opresores podrán ejercer una influencia considerable, porque este desprecio será capaz de inducir a estos últimos a que concedan mejoras esenciales que su parlamentarismo y su filantropía no sabrán efectuar jamás. ¡Que los hombres no hagan como los perros que lamen la mano que les azota!

A pesar de todo, esta falta de solidaridad y fraternidad entre las desgraciadas víctimas del orden social actual es comprensible.

Atraídos los hombres por la tranquilidad, cuanto más gozán de su relativo bienestar tanto más pusilánimes y temerosos se muestran al adoptar nuevas ideas. En cuanto a los más absolutamente miserables, su falta de energía es la consecuencia inmediata de las condiciones defectuosas de su existencia y mayormente de su mala alimentación.

En todas las épocas las masas laboriosas han vivido demasiado resignadas y han dado pruebas de poseer un natural demasiado bondadoso.

En la lucha por la existencia en el seno de la sociedad capitalista son menos los individuos de facultades intelectuales superiores que llegan a elevarse que los más astutos y menos escrupulosos. En la sociedad capitalista, los intelectuales tienen lo que Darwin ha llamado, hablando de la naturaleza en general, una «ventaja natural», por lo cual tienen más suerte que los otros en sobrevivir y propagar su raza. Pueden adaptarse mejor a las condiciones difíciles de esta lucha encarnizada de todos contra todos.

La masa, sin embargo, sufre siempre y vegeta bajo el pesado fardo del trabajo embrutecedor, estúpidamente confiado en sus gobernantes.

Las ventajas naturales de las cuales los proletarios pueden disponer apenas si ellos mismos las conocen.

Allí, donde la angustia sube al más doloroso extremo, aun las palabras, las promesas, las leyes escritas logran inspirar confianza.

Los pocos individuos que raramente hacen resistencia a la injusticia y a la violencia son combatidos por el poder judicial, por los policías y por los jueces de clase, o, como sucede alguna vez, por las bayonetas de los soldados. Cuando se dijo al pueblo francés: ¡Pueblo, vas a solemnizar el 14 de julio, el glorioso aniversario de vuestra Gran Revolución; vas a bailar en los extremos de las calles de París y en todas las ciudades y pueblos de Francia; vas a adornar tus habitaciones con banderas y estandartes; iluminarás con lamparillas y linternas venecianas la memoria inefable de tu soberbia revolución, ¡oh!, son también fáciles de satisfacer las masas populares que después de un solo día de alegría en estrechas cuadras y en las cavernas concurridísimas de los arrabales se retiran lo más pacíficamente!

Las clases dirigentes de Francia, contando con la paciencia e indulgencia del pueblo bonachón, pueden hacer que se escriba la máxima de la Gran Revolución, «Libertad, Igualdad, Fraternidad», como una especie de burla en todos los edificios públicos. Pueden aún, ¡cruel ironía! ostentar estas palabras las fachadas de los cuarteles y las cárceles:

«¡Libertad, Igualdad, Fraternidad!».

Y las masas se satisfacen con esto y ante ello se inclinan únicamente, en momentos determinados se muestran rebeldes por algunos días, como las bestias de carga se enfurecen alguna vez bajo los trallazos del carretero; aun en estos cortos momentos, no saben trabajar sino en provecho ajeno.

Una manifestación de la debilidad de la raza humana: sufriendo, deseando, gimiendo y siempre esperando para libertarse la llegada de algún nuevo Mesías, y, sin embargo, jamás resolviéndose por lo decisivo ni alcanzando, sino muy raramente, esos momentos de potencia creadora en que la humanidad esparce resplandores, a cuya luz se despliegan todas sus fuerzas capaces de producir obras gigantescas.

Hemos de partir siempre de la verdad conocida, de que el desarrollo intelectual y moral de los hombres no puede, generalmente, sobrepujar la estructura económica de la sociedad.

Por lo mismo que un alma sana no puede albergarse sino en un cuerpo sano, *mens sana in corpore sano*, el hombre sano no puede vivir sino en una sociedad sana, *homo sanus in societate sana*. Los elementos que apoyan esta comparación deben ser tomados en sentido general.

Cuando, dominados por los desengaños de la vida en general, y de la lucha de clases en particular, nos quejamos de la falta de carácter y buena voluntad de la masa, sin duda que nos equivocamos, pues mucho más propio sería quejarnos de debilidad, de su falta de fuerza, de su resistencia.

No tan ha menudo los hombres se muestran fieles, a sus principios y a todo cuanto creen ser verdadero y bueno, sino porque se sienten importantes para resistir las dificultades sociales que se atraviesan despiadadamente cuando se vive según estos principios. Su energía, entonces, sucumbe por la fuerza del medio en el cual se encuentran colocados.

Debido a esto la moral humana general obrará siempre paralelamente al desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad y no podrá ser nunca más que un reflejo de las condiciones económicas de las masas.

Lo que sí pueden nacer en el seno de las mismas masas, simpatías en favor de una moral más humana, que no podrá todavía ordenar la vida social de los hombres, pero que, de todos modos, será la moral humana del porvenir.

Empero, si es cierto que los hombres no pueden mejorar física, intelectual y moralmente, sino por el mejoramiento de las condiciones económicas, este mejoramiento, sin embargo, no va a realizarse por sí solo.

En definitiva, somos nosotros quienes labramos nuestra propia suerte. Nuestra suerte no nos está prescrita. Así, cultivemos nuestros propios sentimientos, nuestros hábitos y costumbres en relación a las condiciones sociales que nos han sido dadas.

Todos los que han nacido en las condiciones sociales, materialmente más favorables, no son siempre, intelectual y moralmente, los individuos más perfectos.

De otra parte, los que creen en un medio materialmente corrompido, no son tampoco los individuos más malos de espíritu y corazón, si bien pueden sucumbir físicamente.

Aquí se nos presenta una reacción recíproca en la vida del individuo.

El medio social en el cual el hombre ha sido educado es el punto de partida de su desarrollo intelectual y moral, mas este mismo desarrollo debe ser completado en este punto por el individuo. Después, elevándose este intelectual y moralmente hasta un grado mayor, podrá reaccionar sobre el medio social en el cual vive como hemos manifestado al comenzar este capítulo refiriéndonos a la sociedad en su conjunto.

Venimos otra vez, pues, a lo que ya hemos examinado a grandes rasgos: que la cuestión social que deberá resolver la humanidad, no solamente es un problema económico, sino que al mismo tiempo un problema intelectual y moral.

Al lado de la lucha de clases que habrá de librarse y que, en su esencia, no es más que una lucha por el poder económico, teniendo por objeto la dominación de las fuerzas productoras, que regulan la vida social de los hombres, hemos de sostener, además, una lucha intelectual y moral, que depende de la lucha económica y que comprende todos los problemas de la cultura humana.

El día que los productores inmediatos, los obreros organizados del trabajo intelectual y manual tendrán aptitud para dirigir por sí mismos su vida social completa y para ejercer la dirección y administración de toda la producción y consumo, entonces podrán marchar al frente de la civilización humana, sean cualesquiera las formas en que se manifieste. Dicho esto, su moral será la moral humana de la generación futura.

En razón a esto, ¿podrá la clase obrera llenar también su misión histórica?

En esto solamente podemos hacer constar que hasta la ahora y para todos los importantes problemas de la civilización, el movimiento obrero comunista ha sido quien ha prestado, no tan sólo en todos los países su concurso a la resolución de esos problemas hasta sus últimos resultados, sino que en muchísimas ocasiones ha sido la única corriente política y social en la que se ha podido contar para resolver los problemas predominantes, las verdaderas cuestiones vitales de la civilización.

Los socialistas[5] reconocen la completa igualdad de los sexos, y, en diferentes países, dieron el primer empuje mucho antes que las mujeres empezaran el movimiento feminista. También velan para que en este último movimiento no predomine la separación de clases, en el sentido de que las mujeres de las clases poseedoras no puedan proclamar sus reivindicaciones especiales como reivindicaciones de todo su sexo.

Los socialistas analizan ampliamente la política colonial de nuestros modernos Estados industriales y comerciales, definiendo esta política con los términos siguientes: instigados los Estados modernos por la codicia y afán de lucro, se apoderan de inmensos territorios, destruyendo y asesinando a los indígenas que no quieren someterse a ellos. Los socialistas afirman que esa conquista de regiones extranjeras, que con tanta hipocresía las clases dominantes manifiestan ser una labor de «civilización humana», no es si no una labor calculadora engranada por el egoísmo capitalista, el más cruel y el más cobarde.

Los socialistas se oponen a ello cada vez que las clases dirigentes de nuestros países modernos, quienes, honran todavía en su propia historia a los campeones de su libertad y de la libertad de sus antepasados, tratan sin embargo, a las razas coloniales que combaten por su propia libertad, como «rebeldes» a los más dignos de ser fusilados sin forma de proceso.

Los descendientes de aquellos que no quisieron se les civilizara a cañonazos, civilizan muy gustosos en nuestros tiempos actuales, con el plomo y la espada, a las tribus de las colonias para emplearlas luego en su provecho.

Analizando así la política colonial de los Estados modernos, los socialistas se encuentran continuamente solos contra los partidos burgueses, clericales y anticlericales, conservadores, y radicales, y aun contra algunos llamados socialdemócratas que juegan «a nacionalistas»[6]. De la misma manera los socialistas se hallan en oposición con toda la prensa burguesa.

El movimiento en pro del librepensamiento y contra el fanatismo de las masas sostenido por las sociedades religiosas, y, asimismo, contra el militarismo y la monarquía, es promovido esencialmente por los socialistas.

Allí donde, como en Inglaterra, Holanda y Bélgica, la cuestión de la temperancia llegó a imponerse como una cuestión de interés general para las clases populares, los socialistas fueron inmediatamente el alma del movimiento anticolonialista.

El movimiento para la protección de los animales ha conseguido, igualmente, las simpatías enteras de los socialistas.

Puede afirmarse, con plena razón, que de cualquier lado que se mire, allí donde se ha descarado una injusticia o se ha cometido una corrupción o fraude público que se ha tratado de hacer olvidar u ocultar por la influencia de las altas autoridades eclesiásticas o laicas, civiles o militares, que estaban complicados en ellos, los socialistas fueron siempre quienes se mantuvieron firmes, frente a todas las fuerzas superiores.

Hace bastantes años, todo movimiento popular que se inicie contra una injusticia o un acto de tiranía cualquiera no logra prosperar si los socialistas se niegan a ponerse enfrente.

---

[5] El vocablo socialista es empleado aquí en su más amplia acepción, extensiva al socialismo ácrata, sin que pueda confundirse con el socialismo reformista, encenegado en el lodazal de la política al uso.

[6] Comparad, por ejemplo, el folleto que recientemente ha publicado el socialdemócrata alemán Eduardo Bernstein. El folleto traducido en francés lleva el título: *Socialismo y teórico y socialdemocracia práctica.* El autor trata en él la cuestión colonial en convencionalismo alemán, como la tratan los nacionalismos y los demás partidos burgueses del país.

Tanto más, sin duda, deberán velar en un movimiento comunista, para que la bandera de la civilización permanezca desplegada.

De su deber es permanecer siendo siempre los mismos y de mantenerse firmes, convencidos de ser los responsables ante la posteridad.

Mucho deberán procurar que la socialdemocracia, como partido de transición entre los grupos socialistas y los partidos burgueses, no pretendan mantener sus relaciones en los dos campos para encaminar el movimiento preciso que no les seduzca el encarnizamiento con que se combate dentro de la lucha de clases, y que sin duda, aumentará más aún.

Se afirmara, no sin razón, que la lucha de clases descubrirá rasgos ásperos de carácter de la naturaleza humana que se manifiesta sobre todo en los agrupamientos obreros: el rencor, la crueldad, el espíritu de venganza, de inflexibilidad y de dominación. Estos rasgos de carácter se revelarán cada vez más, como se afirma, a medida de las masas proletarias organizadas sepan elevar sus reivindicaciones, también se manifestarán en las relaciones de los obreros entre sí como en su actitud enfrente de sus adversarios.

El carnicero que todos los días ve correr sangre se acostumbra tanto a ello hasta el extremo de que la muerte sangrienta de un animal no produce sacudida ninguna en sus nervios. Mata un animal por costumbre y con calma, podríamos decir mecánicamente.

No es preciso evitar que en la lucha de clases del proletariado moderno, los hábitos de la lucha no conduzcan al endurecimiento de las costumbres y a una dominación tiránica de las organizaciones obreras victoriosas.

Cierto es que, muy a menudo, una fuerte organización puede por sí sola lograr que los obreros obtengan en la huelgas, los *lock-outs* y los *boicots*, un éxito esencial, y que, en esas condiciones, aparece ser de una necesidad rigurosa el impedir a los renegados que se agiten entre los obreros. De otra parte, sin embargo, y en compensación, para así decirlos, de esta tendencia rigurosa, es de importancia absoluta que la libertad de obrar sea defendida enérgicamente en los agrupaciones obreros, en todas partes, donde las exigencias de la lucha de clases no predominan.

Además, lo que es verdad para la lucha de clases en general, lo es asimismo para las formas especiales en las cuales aquellas se manifiestan. En todos los casos particulares, indudablemente los obreros organizados han de poner cuidado en que se le imprima cierto contrapeso allí donde la lucha de clases muestre su reverso y podría ser perjudicial el desarrollo intelectual y moral de la raza humana.

Escojamos solamente este hecho: el sabotaje[7], como hemos visto algunas veces, puede ser arma poderosa para dominar a los patronos intratables.

Como suplemento a la huelga, podrá prestar seguramente servicios considerables en algunos casos especiales. Pero acostumbra a los obreros que de él se sirven a verificar un trabajo pésimo, y sabido es que por esta razón precisamente, el ejercicio de esta arma de combate ha fracasado en muchísimas circunstancia. «No podemos desprestigiar nuestras manos; enlodar nuestra obra» Esto han dicho muchas veces los trabajadores hábiles.

Así que, si de un lado, las armas de combate, como el sabotaje, deben ser utilizadas, de otro, nos corresponde poner cuidado en favorecer en todo lo que pueda servir al perfeccionamiento de las artes, así como al progreso de los conocimientos del oficio entre los obreros.

[7] Trabajo imperfecto.

Deberemos favorecer el establecimiento de escuelas de artes y oficios especiales, clases de dibujo, matemáticas, química, mecánica, etc.

En cada circunstancia que afecte al trabajo manual e intelectual, deberemos escoger las mejores producciones del arte y de la inteligencia humana y exponerlas en nuestros propios centros obreros para favorecer así el buen gusto.

Fuera de los talleres podemos establecer sociedades de canto y música, gabinetes de lectura y discusión, bibliotecas obreras, así como escuelas dominicales para los niños.

De muchas maneras, y cada uno de nosotros en el terreno especial donde pueda hacerse útil al interés común, debemos favorecer el desarrollo intelectual y moral, sobre todo de la nueva generación obrera.

Y nunca olvidemos que una gran misión social como la que la clase obrera debe llenar enfrente de la sociedad actual, no podría realizarse sino por una generación humana muy elevada intelectual y moralmente, por encima del nivel de la vieja civilización.

Si es cierto que cada pueblo tiene el gobierno y el orden social que se merece, consagremos nuestra voluntad a favorecer la prosperidad de un pueblo que merece un orden social más perfecto que el de nuestra maldita época capitalista.

La civilización humana poco ha ganado con los progresos del capitalismo, que ha enriquecidos ha ciertos elementos de la burguesía haciéndoles llegar al bienestar material, y a una opulencia antes desconocida.

Esta burguesía se ha encerrado intelectual y moralmente en un estado ignorante, presuntuoso y mezquino, al que la han conseguido el aguijón de los negocios. Para las sublimes aspiraciones de las artes y las ciencias nuestra moderna aristocracia del dinero parece del todo embotada a pesar de su abundancia material.

La causa de la civilización humana nada ganaría tampoco con el desarrollo de una generación obrera embrutecida completamente desde la infancia por el lucro del trabajo, absorbida por la lucha de clases y animada solamente por la pasión de llegar a ser un día patronos los que antes eran esclavos.

Una generación que no sea capaz de sentir palpitar en su corazón las exaltaciones de una superior civilización humana y de distribuir los beneficios de esta civilización por todas las regiones del globo, debe ser combatida con todo nuestro esfuerzo; debemos evitarla a costa de todo sacrificio.

CREENCIA Y CIENCIA

Marcial Lores

PREÁMBULO

Del centro de la periferia, de los simple a lo compuesto, desde lo bajo a lo alto, como obrero que levanta imperecedero edificio, ha desarrollado la naturaleza cuanto forma su riquísimo y vario producto. En su elaboración constante se la escudriña atentamente ¡y qué de grandiosidad nos muestra!
Como el niño que torpe experimenta su capacidad, adaptándola paulatinamente en su deletreo constante, como el hombre que, convencido de una teoría que concibió en su laboratorio, busca afanoso causas o efectos que se desvanecen, cual nuevo Papin que rinde su vida a la tierra antes de haber logrado la regresión del émbolo; como conjunto social que comenzando en el «clan» o la tribu práctica un lenguaje gutural que no conoce su vecina, al igual que el ser imperfecto e inconsciente que amaneciendo a la vida no guarda el equilibrio que precisa para dar el cumplimiento a su misión, así el humano tuvo un tiempo de animalidad, tan recalcitrante, que su barbarismo eclipsada al de otras especies «especies»[8].

Si investigamos en toda serie de convencionalismo que le sirvieron de norma para llegar al estado de civilizaciones actual, veréis en sus cavernas primitivas, en sus signos de escritura, en sus instrumentos industriales, en sus vestimentas, una torpeza brutal que le hacia aparecer inferior a especies asociadas contemporáneas suyas.

Hoy, vencida la repugnancia que le abstraía de la contemplación de su pasado, lo ve todo, se admira de su evolución, extasiándose en las ciencias, en las artes, en la filosofía, sabe que su olímpica grandeza le entrega cualidades incomparables con las de sus congéneres y tiende la vista por el vasto mundo, mirando horizontes ilimitados, hacia los cuales se dirige resuelto; sus puntos de mira son estaciones que se suceden sin término, lo imperturbable, insólito a veces, recibe, ya decepciones, ya entrañables secretos que el animan a continuar sin desfallecimientos ni cansancios su colosal obra.

Para examinarla en sus grandes contrates, para combatirla en sus solemnes errores, para exponerla, un sendero, que si no llega, por lo menos conduce a la verdad, es para lo que escribo este folleto, contando que la benevolencia de mis lectores suplirá la falta de elocuencia que tan escabrosos asuntos recomiendan.

El autor

Entre el tormentoso mar de las ideas que mi mente cruzan, busqué siempre ansioso, en mis investigaciones metafísicas, algo que orientase el concepto por mi formato sobre la *creación*. Los escollos parecíanme barreras infranqueables, porque a la magnitud del problema, uníanse un desconocimiento absoluto del método que lleva al convencimiento de la posibilidad de su resolución. Medí, comparé, estudiando las opiniones más opuestas, y, aunque reconozco mi insuficiencia, no por eso desisto de dar a conocer estas conclusiones.

Las preocupaciones de los hombres, sus relaciones sociales y antisociales, condujéronme al convencimiento de que la ilusión hizo distraerle y embobarle como a un niño.

[8] Subrayando esta palabra porque entiendo que la verdadera indicación es *género*; empleo el término *especie* porque se adapta al concepto que muchos tienen de ella.

Amante de la libertad, cuya axiomática necesidad siento, quise algún día, en que errante y ansioso buscaba perfecto ideal, hermanarla con la idea de dios. El determinismo religioso había arraigado de tal modo en mí, que aun cuando nuevo transformaba mis creaciones, no conseguían apartar de mi mente la esfinge pavorosa de lo que me daban a conocer como causa de las causas.

La ciencia difundía sus destellos en mi imaginación, y el choque sobrevino al tratar de hermanar lo natural con lo sobrenatural; el punto de contacto formó la penumbra y el eclipse total tuvo el efecto. Era la libertad que anulaba a dios.

El progreso descorrió el velo que a la verdad cubría. Gradualmente, la ciencia avanzaba con la libertad por norte, los altares de lo absoluto desaparecían, la superioridad era cuestión de grados que en la naturaleza rigen.

Y esa misma lucha, lenta y tenaz, persiste en los pueblos. Vedlos sino, inconscientemente, buscar la libertad entregados a dios, a esa idea que constituye el bloqueo inmenso que imposibilita la evolución: por eso a los que desean el imperio de la primera cualidad que el ser precisa para desenvolverse, no les resulta soluble la cuestión, ya que en lo inarmónico buscan la armonía.

Hay que matar a los dioses si se anhela la libertad.

Las páginas de la historia tienen una aureola horrible: ella por sí sola debía bastar a apartarnos de esa creencia tan remota con absurda.

No hay pueblo en la tierra donde por la libertad no haya habido luchas cruentas y fanáticas. Sentían su necesidad, pero no supieron jamás en qué consistía. La creencia dominaba a la ciencia, faltaba liberalidad en el ambiente y nada se concebía sin la delegación: y esa delegación trajo como consecuencia el régimen representativo actual, verdadero aborto liberticida que en nada difiere de su pasado, se no es en la agravación de los males que afligían a nuestros antecesores..

La libertad, precursora de un placentero provenir, tiene su fuerte en la ilustración completa de la humanidad y es su constante enemiga la tiranía encarnada en convencionales instituciones. Niega en el individuo el predominio sobre su semejante, desechando lo absoluto en todos los órdenes y ensanchando lo relativo en ilimitados términos.

Siendo la libertad innata en todos los supervivientes desde los del reino vegetal hasta los del reino animal, la falta de ella implica empobrecimiento y reduce la vida, así como su apogeo es signo de felicidad y bienandanza; por estas razones niega a dios, pues dogmáticos creyentes la limitan y desnaturalizan.

Estrecha en diversas épocas históricas por desdichados tiranuelos; absorbida y olvidad por la teocracia; mal entendida y falsificada en el impuro y tradicional ambiente de los pueblos viejos, permanecía anémica su idea; perseguida por la terrestre corte de *dios*, se ocultaba entre brumas como avergonzada de la degeneración de los mortales acechados cuidadosamente el momento de salir de su simbólico, refugio, previniéndose para lanzarse presurosamente cualquier brecha que le abriesen sus innumerables como desventurados mártires.

Y la libertad abrió brecha al fin, con la reforma primero y más tarde con la revolución francesa; anatematizó a la fe, su eterna e irreconciliable enemiga; despreció la idolatría, al dios de los altares y a sus apóstoles; y desbordado por completo su tanto tiempo contenido dique, venció y cruzó huracanada las terrenales fronteras, imponiéndose en débil forma y bajo varios aspectos

en todas partes, para más tarde falsearla aquéllos mismos que la pregonaron ayudando a su *triunfo*.

Hallase hoy, como ayer, encadenada por instituciones *divinas* y humanas. En su nombre siguen cometiéndose crímenes horrendos; se la difama y anatematiza con falaces pretensiones de inmaculados fines.

Todos hablan de ella y es muy ínfimo el número de los que le conocen en su verdadera significación. Es falsa la *libertad* que dicen reina en los pueblos civilizados, porque está cimentada al lado de los altares de la idolatría, cuya idolatría empieza en dios negación de aquella cualidad.

No hay libertad, no puede haberla, donde predomina la inseguridad, lo inmoral, la injusticia; donde al lado del deslumbrador y aristocrático sarao pulula la miseria con su tormentosa hambre; donde la avaricia y la usura contrasta con el acrecentamiento del pauperismo: donde hay políticos con interés de gobernar a quién puede y quiere gobernarse a sí propio y por sí mismo.

De la libertad es imposible prescindir, mientras que del deísmo es tan imposible como conveniente: hemos concebido la primera por la impresión desastrosa que ejerció el poderío de la segunda fuerza.

La libertad no admite preámbulos ni estratégicas preparaciones. Tiene su caminó predispuesto y por él carrilará con las fuerzas que les son propias, arrollando obstáculos, sembrando pánico en los refractarios y causando asombro en sus desconocedores. Ella derriba constantemente lo ruinoso y vetusto, y do se forja una cadena, allí está injertándose en la inteligencia del que la sufre, preparando así la mina que ha de pulverizar.

Oculto entre tinieblas, producto de la ignorancia, surgió sombría la concepción de los dioses; admitióse su existencia bajo diversos aspectos, aunque nadie llegó a comprenderla: se buscó el origen de la tierra y del universo, las causas de los fenómenos que impresionaron a las primitivas gentes, y no encontrándolas, se salió del paso *creando una creación*.

La fantasía de los primitivos forjó leyendas extravagantes donde mostró su insuficiencia, su incapacidad, su injusticia. No podía suceder de otro modo, ¡qué puede exigirse al ser que ésta en la infancia, aun que éste sea muy procaz!

La inseguridad, la inclemencia, el azote de revoluciones atmosféricas o las sacudidas y catástrofes de una época más agitada, produjéronle terror y espanto. Hacía, inconsciente, lo que aún hace hoy todo creyente; si invocando a su dios impetra de él una cosa y la consigue, se la atribuye, y dice a quien quiere oírle «dios me concedió tal cosa»; en caso contrario no se acuerda de tal inventor para nada.

Todo eso motivó un equilibrio opuesto a tan extremado ser: a uno dio todo el poder del bien con influencia también sobre el mal.

Ello fue el presagio de un sangriento y funesto porvenir: sin sentimientos razonables, con pasiones desbordantes, lo inexorable fue su norma, la maldad su *virtud* y el mundo su juguete.

En nombre de un Dios con diversos adjetivos, según los países, sus apóstoles, cual gastrónomos de primera fuerza, trituran con sus dientes el rico bocado del trabajo, y en medio o alrededor de su robado confort, no piensan ni creen deber pensar en nada ni en nadie. Su imaginación se solaza, y al tender su mirada sobre la humanal tarea, extiende en la imaginación un tablero de ajedrez y cree que el mundo es y será así: peones los unos y figuras los otros;

cree que las metamorfosis son fábulas siendo transformaciones; cree en el todo, pero no le importa la parte; cree que no roba y que es natural su satisfacción, y si probara otro estado forjaría su antihumana rebelión; cree la miseria natural, el mercaderismo ídem, la prostitución también, el militarismo, los dogmas, el capital, etc., y en las aventuradas creencias, sobrepone a todo eso desordenado caos, como su Creador y su Omnipotente, a Dios; y si en las atrofiadas creencias la razón muchas veces se interpone, la desbarata, la pisotea y la escupe.

Sin embargo, eso absurdos representaron un adelanto progresivo, y al cruzar las edades de los tiempos, sus intemperancias, y al cruzar las edades de los tiempos, sus intemperancias trajéronnos en apoyo de juicios inseguros por no resultar comprobables, multitud de datos que aunque emparedados no lo fueron bastante que se hundiesen en el abismo del olvido. Al politeísmo sucede el monoteísmo, y en estos problemas metafísicos tan llenos de incógnitas, se emboban los pueblos, que, incapacitándose de marchar adelante con el pensamiento, no filosofan ni comparan; y la fe, oponiéndose a toda investigación, entorpece el discernimiento y abate la inteligencia más penetrante. Deducimos de lo dicho, comprobándolo al repasar las páginas de la Historia, que los pueblos de más fanatismo religioso, han sido los más repulsivos a la libertad y con ello, a toda ciencia del saber; y es que la *filosofía y teológica*, sin así podemos llamarla, tenía por base desde una falsa concepción de la naturaleza humana hasta la inconcebible formación del universo; partía de lo absoluto a lo sobrenatural; de lo inanimado a lo animado; como si este conjunto hermosos que nos rodea y en que vivimos existiese por el capricho de un ser que hace y deshace a su antojo; que da o no da sí así le place, que interviene en nuestros actos y siendo guía de sus creyentes, se complace en hacerlos padecer, que protege y mata; tortura y perdona; crea y empobrece; niega y afirma, que da leyendas e inmunidades para unos contra otros y los llama hermanos.

Dios es voluntarioso, según todos sus creyentes, y bueno o malo, según el acto pecaminoso del individuo; hay una desgracia, ocurre un accidente, y… -*dios* lo envía-. Protege a algunos y perjudica a los demás… -*El* lo ha dispuesto-. En todo lo inmiscuyen sus creyentes. ¿Qué de particular tiene que así como ven a su dios consideran a su obra, y tengan dioses arriba y abajo?... La suprema autoridad, el mayor extremo del despotismo, el soberano capricho de un hombre, es muy sobrellevable entre los pueblos religiosos, así que, considerad debemos como primera necesidad para formar una sociedad ordenada la eliminación de esa creencia que distrae tiempo, libertad, amores y albedrío, ocupándolo en preocupaciones absurdas que conducen a la degeneración del individuo y ponen ante él la antigua y falsa concepción del «Non plus ultra».

Ninguna religión carece de una aspiración ideal a un eterna edén, que como arcadia feliz nos atribuya con creses de los sufrimientos que sepamos sobrellevar en este infierno llamado propiamente sociedad humana; a ese paraíso rinden sus apóstoles cánticos divinos, excelsas alabanzas; descríbenlo con lujo de detalles y para glorificar felicidad tanta, dios en sus emperador y su hacedor.

Con tales doctrinas, el hombre llegó al extremo más agudo del barbarismo, ¡ay del que no adorase a dios de los creyentes! ¡Infeliz de él! ¡Ningún derecho le asistía, ni aun el de su vida! ¡Que su vida!, la de sus hijos, no estaba segura; dígalo la historia.

No es de cansar al lector con las infinitas aberraciones, sofismas, prácticas, oral, sentimientos y costumbres del fanático religioso; para esos detalles sobran publicaciones y experiencias diarias sobre el terreno, pues aún persiste desdichadamente esa enfermedad que causa la ignorancia y sostiene la entidad Estado.

Decidle a un individuo creyente de dios que tiene derecho de ser libre, que nadie debe fiscalizar sus actos mientras éstos no perjudiquen a un semejante; decidle que sobra la justicia, en momento que llegue la cultura humana a adquirir el concepto de una moral basada en el

conjunto de derechos y deberes a que obliga la igualdad y la fraternidad; decidle que está además la unión indisoluble de dos seres de distintos sexo, cuando estos no dependen ni económicamente y ni políticamente el uno del otro; decidle, en fin, que no ha dios, que no puede haberlo, que lo niega la naturaleza, por investigaciones de la ciencia; que lo niegan los atributos las miserias humanas, los actos que le invocan, y los mismos por él ejecutados según sus creyentes. Decidle eso y mucho más, y, o nos oye, o en caso contrario, os llamará loco. Más desdeñosos que con la mayor candidez rechazan su libertad, sufren pacientemente y sobrellevan lo más calamitoso. Estos dicen: estamos todos los hombres supeditados a dios, entre los hombres, por disposición del altísimo, lo estamos también unos a otros.

Las creencias, aun dentro de si falsedad, se adaptan y evolucionan. Divorciarse de las verdades de la ciencia descubre y aparece, no lo hace nadie, porque hombres que desafíen y mortifiquen la razón como lo hizo Pío IX en su celebre *syllabus* y Napoleón en la recepción académica donde se le presentó el gran Lamarck, lo que logran con ellos es anularse más pronto y pasar a la historia para su eterna maldición.

El primer paso de un deísta que traspasa los dinteles de esa preocupación que obsesiona hasta anular el pensamiento, es declararse panteísta, por que ve en la tierra o en el universo a dios; esta tendencia a simplificar en una palabra una causa que ha sido a la vez efecto, es, no ya contraproducente, sino perjudicial; las palabras que han significado absurdos; los absurdos que han producido crímenes; los crímenes que has despertado odios; los odios que han producido tempestades traducidas en hecatombes, y las hecatombes; en ríos de sangre, deben servir para la execración entre humanos del presente y del futuro, de esa palabra fatídica.

A dios hay que matarlo en la imaginación.

¡Mentira parece que la inteligencia humana pasase siglos sin salir de tan atrofiado estado!

Más la edad contemporánea desmoronó ya tanta falacia, analizando todo, desde lo infinitamente pequeño hasta lo inmensamente grande, rechazando la inmovilidad de la materia, por reconocer que el quietísimo como la nada o el vació, no existen, como existir no puede lo absoluto, porque todo ello significaría negación de la vida.

EVOLUCIÓN

El imperio de lo inmutable y de lo absoluto ha desaparecido ante los grandes progresos de la doctrina evolucionista.

¿Quién puede negar que la materia orgánica va de gradación en gradación, transformándose y generando bajo diversos aspectos?

El axioma tan sobado de «no hay causa sin efecto ni efecto sin causa», tiene una aplicación inconmensurable; es la causa un motivo, un principio relativo, y su resultante el efecto; pero ¿hay, habrá o ha habido quien demuestre que la causa coexistió en algún momento sin haber sido efecto?

Imposible sería demostrar que hay ascenso sin descenso, arriba sin abajo, bueno sin malo, y de igual modo lo es hallar causa única, es decir creada sin otra causa que la haya originado.

Las ciencias comprueban esa correlación que cualquier observador puede patentizar por sí mismo. El velo se descorre más y más cuando los naturalistas escudriñan la Botánica, y la

Zoología en sus múltiples subdivisiones. Cada especialidad es un problema capital: en la Bio-Química obsérvanse las afinidades predichas por Empedocles, que permiten hoy al gran Berrhelot escalar cumbres que parecían inaccesibles, proclamando triunfalmente la formación de la *síntesis química* que permite reproducir gran número de organismos *binarios* y *ternarios*, tal como en la Naturaleza se encuentran, esperándose lograr los *cuaternarios*. Todo ello débese al conocimiento detallado de los cuerpos simples. Cuatro de ellos juegan un esencial papel en la vida, son esos el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno y el carbono. Los dos primeros (dos volúmenes de hidrógeno con uno de oxígeno) forman el agua, y componen el aire 21 partes de oxígeno, 78 de nitrógeno y 1 de carbono. El carbono y el nitrógeno son irrespirables.

Pues bien, esos elementos simples, en combinaciones mil, en continuo trasiego, forman, dan origen y alimentan los tres reinos en que la Historia Natural se divide: Mineralogía, Botánica y Zoología.

En las disquisiciones metafísicas de los sabios griegos, ya exclamaba Tales de Mileto hace más de dos mil años: «La causa de todo lo creado es el agua; todo proviene de ella y vuelve a ella. Carece de forma y puede tomarlas todas». Anaxímenes declaraba que el aire era la causa de todo lo creado, fuente de toda vida; rarificado conviértese en fuego, condensado forma nubes, agua, piedras, tierra, metales, organismos. Heráclito de Efeso concibió como agente primordial el fuego, declarando que todo se mueve y nada persiste. Empedocles de Agrigente fue partidario de los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego.

A esos grandes filósofos suceden los sabios contemporáneos, dueños de la prueba experimental. Lavoisier demuestra con la balanza, no sólo la composición química del aire, sino también que nada en la Naturaleza se pierde ni se crea.

Flammarión en su obra *La Atmósfera* dice: «Océanos, mares, ríos, arroyos, campos, selvas, plantas, animales, hombres: todo vive en la Atmósfera y merced a ella».

Somos, pues, así como las plantas y los minerales, aire solidificado todo el reino animal.

Si sujetáis a la combustión cualquier cuerpo, convertiréis en gases todas las sustancias grasas, quedando sólo un residuo térreo (ceniza) y habréis deshecho una combinación cuyos elementos subsisten y continúan su obra, verdadera transformación que en todo se manifiesta, renovando constantemente ya los cuerpos, las ideas, las costumbres, el lenguaje, las acciones, todo, absolutamente todo, lo que *existencia* tiene y también aquello que aparentemente no la tiene.

Que la dinámica estelar existe, es cosa que no ofrece duda: las consecuencias de todo hecho trascendental invitan a todo pensador al examen, que da como conclusión afirmar que entre los mundos siderales y a través de ellos, en tiempos considerables, allí como aquí, cumple su misión el transformismo, haciendo evolucionar la materia; allí hay vida, fuerza, roce, acción y reacción, asimilación y desasimilación, todo un conjunto de propiedades fisiológicas que en la materia inconsciente operan cambios y metamorfosis, atravesando, como cualquier ser, edades caracterizadas por lo que podemos llamar *niñez*, *juventud*, *plenitud* y *vejez*. Eso ha sido confirmado nuevamente por el poderoso invento del *análisis espectral*, que ha permitido que por medio de la observación óptica y la descomposición de la luz se determinen, como lo hizo Jansen, la atmósfera de cada astro y su edad correspondiente. Esto, por lo que respecta a algunos astros próximos, que en cuanto a los más lejanos, preciso será aun por ahora mejorar los aparatos de observación.

Hay asuntos a los que me veo imposibilitado de consagrar una cuartilla siquiera, porque no puede traspasar el límite de veinticuatro páginas este trabajo.

Si así no fuese, daría a conocer otras reflexiones que en mis pequeños estudios sobre la naturaleza me sugieren las obras de Anatomía y Fisiología, animal y vegetal, comparadas.

Büchner halló el axioma de que no hay materia sin fuerza ni fuerza sin materia; en Lamarck una tesis demostrada; en Darwin un descubrimiento que amplía, completa y ensancha la tesis de Lamarck; en Haeckel una comprobación de todos los anteriores; y en Schopenhauer una concepción metafísica demostrada; en Laugel un estudio sobre lo inconmensurable, en sentido pesimista, presentando los límites de la observación, entregándose a la *eterna incógnita*, pero que ayuda a remontarse; en Topinard, una prueba sobre la adaptación, aun sin querer darla.

Las experiencias fisiológicas de Claudio Bernard y sus descubrimientos; el desarrollo de los conocimientos Ontogénicos y otras Ciencias, llevan al convencimiento de que la escala zoológica presentada por Haeckel tiene probabilidades de certeza.

Que el agua posee una potencia creatriz grande, no sólo lo muestran las islas madrepóricas, sino también la fauna y la flora de los mares, resistencia habitual de los zoófitos, lugar de nacimiento de los anfibios, de estos notables animales cuya metamorfosis demuestra el desarrollo de un proceso morfológico notable, ya que todos sabéis que respiran por branquias en la edad primera de su vida, que se desenvuelve en el agua, para en su segunda etapa atrofiar las branquias y dar paso al funcionamiento pulmonar al aire libre.

Y siendo eso así, ¿qué valen a su lado las pequeñas desemejanzas entre el hombre y el antropoideo? Los animales vertebrados superiores y el hombre no se diferencian más que en virtud de la adaptación que ha hecho la selección natural en su eterno selecticismo; sus elementos principales son idénticos: cerebro, corazón, vértebras, torax, nervios, articulaciones, vasos, sentidos, reposo, emociones, movilidad y generación.

Comparadlos a todos en sus primeras fases embriológicas, durante varios días y no sabréis distinguir a qué clase, grupo o género corresponden si os los presentan confundidos.

Para considerar el estado natural del hombre a su aparecimiento en la Tierra, quedáronnos vestigios tan grandes de su animalidad, que aun hoy existen razas desconocedoras del fuego y del número, con un lenguaje local y unas costumbres que denotan incultura y estupidez grande. Esto ha permitido declarar a Darwin «que está más distanciado intelectualmente el sabio del salvaje que éste de mono antropoideo».

Si estudiamos los hábitos de los primitivos de Australia, si recordamos la desaparecida raza de Tasmania, si observamos algunas regiones de África y América, encontraremos, no ya barbarismo, sino pequeñas diferencias anatómicas.

Oceanía tiene algo de notable que la distingue de los demás continentes. Con ejemplares de una fauna y flora que no se dan en ninguna otra parte del mundo, ofrece al investigador consideraciones profundas: país que forma un inmenso archipiélago, háse visto al sondear sus mares que en ellos no existen grandes profundidades; además son allí corrientes los cataclismos geológicos; húndense y brotan del agua grandes extensiones de terreno. Allí se supone desaparecido un inmenso territorio, con más visos que la célebre *Atlántida*, llamado *Lemuria*, donde pone un naturalista inglés la cuna del hombre.

Hace ya bastantes años, en la isla de Java, apareció el esqueleto de un ser desconocido, que examinado, se le consideró el intermediario entre el hombre y el mono. Según las últimas noticias parece que se encontró vivo en esa misma isla el citado ser.

Aguardemos que la ciencia, despojada de prejuicios y cortapistas, experimente los efectos de la selección natural, cuya evidencia nadie puede refutar, en otro terreno; practicando el hibridismo entre géneros afines, sin exceptuar el hombre y el mono.

Algo notable y elocuente nos priva la brevedad, esto es, tratar sobre la generación y fecundación en todas las especies. Recomiendo a Haeckel para todas estas cosas; pero hay que advertir a los trabajadores que antes de lanzarse a estudios semejantes, procuren conocer, aunque sea elementalmente, la Anatomía y la Fisiología.

La parte que me resta desenvolver, a tiempo forma ciencia aparte, confundida con la ética social, siendo como es, un funcionamiento fisiológico; llámase Psicología y estudia las facultades del *alma*, o las manifestaciones del *espíritu*, o las producciones de la *vida*, la *conciencia* de nuestros actos.

Dejemos las palabras; vayamos al objeto que me guía.

La incomprensibilidad llevó al ser humano a declaraciones insensatas, verdaderas obsesiones del entendimiento; ¿no comprende una cosa?... No por eso deja de darle solución, aunque haya algo que se contradiga. El animal -declaró- no tiene inteligencia, aunque sí cerebro; no tiene conciencia de sus actos, pero observa que sabe escoger lo que le conviene; no tiene recuerdos, pero encuentra su casa o su cueva; que no siente amores, pero busca placeres; que no le afectan emociones, pero se asusta, alegra y conmueve.

Ejemplos, podríamos allegar a millares, negando esas afirmaciones.

Mas, dicen los partidarios de la escuela dualista, su inteligencia no llega a las concepciones humanas; desconoce la escritura, la lectura, aritmética, artes, mecánica, filosofía, química, física, etc., etc.

Admitir esa verdad para demostrar que el hombre debe su inteligencia al *soplo de un dios* es imposible; equivaldría a poder decir que cada cualidad animal, el olfato del perro, la vista del águila, son otros tantos *soplos* o *caprichos*. Toda adaptación a una nueva necesidad sentida, serán pues *caprichos* de un ser que en todo se mete.

Balmes defiende la teoría de que las ideas son innatas, ensalzando y atendiéndose a la defensa que de ellas hizo Platón, declarando que son inspiradas por la divinidad, por Dios. De admitir tal cosa, mi ateísmo también lo inspiraría ese ser supremo.

«Pensar es sentir», decía Aristóteles, y yo me atrevo a añadir: «y recordar». Ahora mismo, las ideas que opongo son producto de mi sentir y recordar.

Los grados de inteligencia se observan anatómicamente viendo el peso y circunvoluciones del cerebro, que dan, a mayor cantidad, más superiores facultades.

Así como la musculatura es mayor en el hombre que en la mujer, debido a la diferencia de ejercicios, así también, por tal diferencia es, ordinariamente, 200 gramos menor el peso de su cerebro.

Y esas diferencias se infieren de la mayor o menor función de los órganos que tan elocuentemente nos dan a conocer los naturalistas por la ley de adaptación, que muestra ya entre el brazo derecho y el izquierdo de un individuo, desigualdad muscular por las razones antes dichas.

La *voluntad inconsciente* de que nos habla Schopenhauer, es la afinidad de los elementos histológicos, ese consorcio que los conduce a la consecución de lo necesario. Si se priva a una planta de luz, la busca, aunque precise para ello dar proporción extraordinaria a su tallo; si es trepadora y si le ponéis, subirá por ella, pero si se la quitáis al empezar a elevarse, colocándola en otro lado cercano, irá nuevamente hacia ella, y eso hará tantas veces como se le haga o parecerá en la demanda. Así proceden también los elementos histológicos, sencillos, y sin el excitante de la medicina, vence ciertas inflamaciones y erupciones de la piel; es la voluntad natural la determinante de la cura, que se manifiesta en todo organismo atacado. (Para más ejemplos, léase a Schopenhauer en *La voluntad de la Naturaleza*).

Ya lo véis, subsiste en las leyes naturales, algo superior a nuestras concepciones.

La inteligencia, es decir, las excepcionales facultades que al humano adornan, son producto de la materia, tanto, que se le puede privar de ellas mediante una operación quirúrgica, arrancando los hemisferios cerebrales, sin que por esto desaparezca la vida.

Si con una criatura apenas nacida quisiera hacerse la inhumana prueba de dejarla sin relación con los de su especie y a merced de una cabra montés, ya verías lo que naturalmente daba su inteligencia.

Añadid a eso la observación minuciosa de un recién nacido, seguidla en su desarrollo, primero veréis que no atiende al nombre porque le llamáis luego, *intuitivamente*, presta atención; más tarde articula su primera frase; el *papá*, el *mamá*, el *pan*, el *agua*. En la primera frase, el perro iguala al niño, atiende al nombre. En la segunda son ya sus necesidades las que los diferencian. El niño no busca, pide. El perro busca y pide. El perro expele sus excrementos sin mancharse, anda a los primeros días, como sin auxilio de nada ni de nadie. El niño cumple sus necesidades de distinta forma. Cada uno se adapta a su medio. Pedir al perrito que hable o entienda al niño, es como pedir al niño que ladre o entienda al perro. Tienen sus órganos adaptados a la función que desempeñan, nunca la función al órgano.

Sentimos no poder seguir metódicamente la comparación.

Cuanta más *objetividad* posee la inteligencia, más deducciones hace, más sabiduría adquiere; sucediendo lo contrarios a mayor subjetividad.

Esta última fue la causa del encasillamiento del hombre en sus convencionales creencias; es por lo que abstraído y ensimismado, despreció toda para idealizarse a sí mismo.

Por lo demás, las dotes intelectuales que distinguen al hombre, son debidas a inducciones y deducciones con que nos brinda Natura y el ambiente social, esa vida de relación, la facultad retentiva excepcional que poseemos, que ella sí sola no bastaría a hacernos descubrir esos portentosos inventos de la civilización, sino que logra completarla con el signo convencional, la escritura, conservada por el poderosísimo auxiliar de la tipografía.

Los juicios de las cosas que vemos, palpamos o sentimos, crean ideas, función esencial que nos separa de todas las especies animales, pero esa condición no nos autoriza ni para crear dioses, superioridades, jerarquías, ni fatalismos.

Si algunos fenómenos escapan a nuestra interpretación, no entrando en el campo especulativo, no sirven tampoco para formar un mundo hipotético, sin finalidad, que ha permitido trasportarnos a las regiones de la metafísica, perdiendo el tiempo en divagaciones que han dado pasa a absurdidades lamentables, pasto de estados morbosos que originaron la postración humana y su estacionamiento.

Queda, pues, demostrada la imposibilidad de considerar independiente el alma del cuerpo, como pretende la escuela dualista.

Las expresiones de carácter, de alegría, efectos, lenguaje y toda clase de emociones, examinadas en la mímica animal, han dado lugar y establecer graduaciones, rasgos de semejanza que servirán de base a estudios superiores que permitirán en no lejano día conocer lo que un sabio alemán, según recuerdo haber leído, intentó, o sea, interpretar los gritos y chillidos de los monos, consiguiendo imitar un grito gutural que lanzado entre los *cuadrumanos*[9].

La inconciencia del niño, el desconocimiento de los grandes peligros, exigen cuidados que no precisan otro animal, y sin embargo, la criatura que comienza a comprender, que empieza a andar, por ejemplo, si cae al suelo y se lastima, perderá toda costumbre adquirida, ya que por *instinto* hace lo que el«gato escaldado, que el agua fría le hace huir».

Seguir citando hechos, no lo permiten las limitadas proporciones que exige el folleto a que dedico esta síntesis de mis estudios en las ciencias naturales, así que, por hoy, hago punto, ofreciendo continuar dando a conocer mis reflexiones sobre los problemas que la vida encierra, planteados hoy bajo un aspecto exento de preocupaciones y convencionalismos.

ANARQUÍA Y COMUNISMO

Carlos Cafiero (Italia)

En el congreso celebrado en París por la Región del Centro, un orador que se distinguió por su mala voluntad contra los anarquistas, decía: *Comunismo y ANARQUÍA no se armonizan.*

Otro orador que atacaba también a los anarquistas, aunque menos violentamente, hablando de la libertad económica exclamaba: ¿*Cómo podrá verse violada* la libertad *existiendo la igualdad*?

Cierto que ambos se engañaban.

Es perfectamente posible vivir en igualdad económica sin gozar la más mínima libertad. Pruebánlo hasta la evidencia ciertas comunidades religiosas donde se práctica la más completa igualdad aliada al despotismo. Allí existe la igualdad porque el jefe viste con igual traje y come en la misma mesa de los otros, apenas se distingue por su facultad de mando. ¿Y los partidarios del *Estado Popular*? Si no se lo impidiesen multitud de obstáculos acabarían indudablemente por poner en práctica la igualdad perfecta, pero realizarían al mismo tiempo el más absoluto despotismo; pues no sería menos menguado el despotismo del estado de ellos comparado con el despotismo del estado actual, y más el despotismo económico de todos los capitales que pasarían por las manos del estado todo multiplicado por la centralización necesaria a este nuevo Estado. Por esto mismo que nosotros, los anarquistas amantes de la libertad, nos proponemos a combatirlo a todo trance.

Así contrariamente a lo que por tantas veces se ha dicho, puede dejar de manifestarse la libertad, aún cuando exista la igualdad, al paso que ningún peligro corre la igualdad donde se halla establecido la verdadera libertad, esto es la ANARQUÍA.

[9] Topinard hace notar que los pies del mono antropoideo no son manos, como se cree, pues aunque hay quien dice que tienen el pulgar oponible, no es cierto, pues sólo está separado en virtud del ejercicio a que lo adapta.

En fin, *ANARQUÍA y comunismo* lejos de no poder marchar de acuerdo, no pueden separarse, siendo así que esos dos términos (sinónimos de *libertad y comunísimo*) son los términos necesarios e indivisibles de la revolución.

Nuestro ideal revolucionario es como se ve muy sencillo: consiste, como el de todos nuestros predecesores, en estos dos términos *libertad* e *igualdad*. Aparece una pequeña diferencia. Previniendo lo que los reaccionarios de todos lo tiempos han realizado realizando reduciendo siempre a una mentira la libertad e igualdad, juzgando prudente poner al lado de estos dos términos la expresión de su exacto valor. Tantas veces falsificaron estas dos *monedas* preciosas, que queremos esta vez, conocer y medir su valor exactamente.

Colocamos pues, al lado de estos dos términos -libertad e igualdad- dos equivalentes, cuyo significado puede dar lugar a equívocos y decimos: *queremos la* libertad *esto es, la* ANARQUÍA *y la* igualdad *esto es, el* comunismo.

ANARQUÍA, hoy es el ataque, es la guerra contra toda autoridad, todo poder, todo estado. En la sociedad futura la ANARQUÍA será la defensa o impedimento de la restauración de toda autoridad, de todo poder, de todo estado. Libertad plena y completa del individuo, que, libremente impulsado ya sea por sus necesidades, por sus gustos, por sus simpatías se reúne con otros individuos en grupo o en asociación; desenvolvimiento libre de la asociación que se federa con otras de la localidad: desenvolvimiento libre de éstas que se federan en la región; y así sucesivamente, las regiones con las naciones y las naciones con la humanidad.

El comunismo, cuestión que hoy nos ocupa más especialmente, constituye el segundo término de nuestro ideal revolucionario.

Actualmente el comunismo es también el ataque, es la toma de posesión, en nombre de toda la humanidad, de toda la riqueza que existente en el globo. En la sociedad futura el comunismo, la riqueza existente será gozada por todos los hombres según el principio; *de cada uno según sus fuerzas y cada uno según sus necesidades*, o por este otro; de *cada uno y a cada uno según sea su voluntad.*

Por eso es preciso notar -y esto respondiendo sobre todo a los comunistas autoritarios o partidarios del estado- que la toma de posesiones y usufructo de toda la riqueza existente, debe ser, a nuestra opinión, obra del pueblo. No haciéndolo el pueblo, los individuos que podrán apoderarse de las riquezas y asegurarlas en sus manos pretenderán inculcar la necesidad de instituir una clase entera de directores, de representantes y de depositarios de la riqueza común. No somos de este parecer.

No queremos intermediarios, ni representantes que acaban siempre por abrogarse a sí mismo la facultad de representar; no queremos moderadores de igualdad como no queremos reguladores de libertad; no queremos un nuevo gobierno, un nuevo estado, por más democrático, revolucionario o previsor que él se diga.

Diseminada la tierra, toda, perteneciendo de derecho a la humanidad entera, la riqueza común será utilizada en común por aquello que la tengan a su alcance o sean capaces de utilizarla. Los habitantes de una región dada utilizarán la tierra, las máquinas, los laboratorios, las casas, etc., de la región, sirviéndose de todo en común. Haciendo parte de la humanidad ejercerán de hecho y directamente sus derechos sobre una parte de la riqueza humana. Pero si un habitante de Pekín allí acudiera, tendría los mismos derechos que los otros, gozarían en común como los otros de toda la riqueza de aquel lugar exactamente igual como la hacía en Pekín.

Mentira, pues, intencionadamente de aquel orador que acusaba a los anarquistas de querer constituir la propiedad corporativa. ¿Valdría la pena de destruir un Estado para sustituirlo por

una multitud de pequeños estados? ¡Matar al monstruo de una sola cabeza para luego alimentar un monstruo de mil cabezas!

¡No! tenémoslo dicho y no nos cansaremos de repetirlo; nada de intermediarios, nada de correctores y servidores oficiosos que pronto se convierten en verdaderos patronos. Queremos que toda la riqueza existente sea *tomada* y *actuada* directamente por el pueblo y que él mismo resuelva el mejor modo de gozar de ella en cuanto a la producción y en cuanto al consumo.

¿Será, por eso, realizable el comunismo? Nos preguntan. ¿Habrá productos suficientes para dejar a cada uno el derecho de tomar lo que quería sin exigir a los individuos más trabajo que aquel que cada uno por sí quiera realizar?

Nosotros respondemos: Sí, ciertamente; podrá adaptarse el principio *de cada uno y a cada uno según su voluntad*, porque en la sociedad futura la producción será tan abundante que ninguna necesidad habrá de limitar el consumo, ni de requerir a los hombres más trabajo que el que ellos buenamente presten.

Este inmenso aumento de producción, de que hoy es difícil hacerse idea exacta, puede prever examinando las causas que la provocarán. Estas causas pueden reducirse a tres principales:

a) La armonía de la cooperación, en los diversos ramos de la actividad humana, en vez de la lucha actual que toma su origen en la concurrencia.

b) La introducción en grande escala de toda la clase de máquinas

c) La economía considerable de fuerzas, de instrumentos y de primeras materias que resultará de la supresión de producción nociva e inútil.

La concurrencia, la lucha representa uno de los dos principios fundamentales de la producción capitalista que tiene por divisa: *En tu muerte está mi vida.* La ruina de uno es la fortuna de otro. Y esta lucha encarnizada se sostiene entre nación y nación, entre pueblo y pueblo, entre individuo e individuo, tanto entre los trabajadores como entre los capitalistas. En una guerra a muerte, un combate que reviste todas las formas; cuerpo a cuerpo, en bandos, en escuadras, en regimientos, en cuerpos de ejército. Un operario encuentra trabajo cuando otro lo pierde; una o más industrias prosperan cuando otras industrias declinan.

Ahora imaginad qué enorme transformación se verificará entonces en los resultados de la producción, cuando el principio individualista de la producción capitalista *cada uno por sí y contra todos y todos contra cada uno* aparecerá sustituido por el verdadero principio de la sociabilidad humana *uno para todos y todos para uno*. Imaginad cuánto aumentará la producción, cuando cada hombre en vez de verse obligado a luchar contra todos los otros se verá por ellos ayudando viendo en ellos cooperadores y no enemigos. Sí el trabajo colectiva de diez hombres asegura resultados absolutamente imposibles para diez hombres aislados, cuanto mayores serán los que se obtendrán por la mayor cooperación de todos los hombres que hoy trabajan luchando unos contra otros.

¿Y las máquinas? El concurso de estos poderosos auxiliares del trabajo por importante que nos parezca hoy es poca cosa comparado con lo que será en la sociedad del porvenir.

En nuestros días la máquina tiene a menudo contra sí la ignorancia del capitalista y muchas veces también en sus intereses. ¡Cuántas máquinas veremos paralizadas únicamente porque no dan al capitalista un provecho inmediato! ¿Por ventura los propietarios de las minas de carbón, por ejemplo, vémosles dedicar parte de sus ganancias a salvaguardar los intereses de los operarios o disponen la construcción de aparatos caros para que con toda seguridad puedan

los mineros bajar en el fondo de los pozos? Y los municipios, ¿para qué preocuparse de introducir máquinas de machacar piedra, cuando este terrible trabajo les proporciona un medio económico de dar una limosna a los hambrientos? ¡Cuántos descubrimientos, cuántas aplicaciones de la ciencia son letra muerta simplemente porque no ofrecen bastante lucro al capitalita!

El propio trabajador es en el presente un enemigo de las máquinas, y con razón, sabiendo que ellas no son más que monstruos que le arrojan de la fábrica, que le condenan al hambre, que le envilecen, que le torturan, que le matan. Y no obstante, qué enormes riquezas no sacaría multiplicando el número de ellas cuando ya no fuera él, el servidor de las máquinas, cuando éstas por el contrario estuvieran a su servicio, favoreciendo, laborando su bienestar.

Finalmente, debemos reconocer la considerable economía que resultaría en los tres elementos del trabajo; la fuerza, los instrumentos y las materias hoy horriblemente desperdiciadas en producir cosas inútiles o perjudiciales a la humanidad.

¡Cuántos trabajadores, cuántas materias y cuántos instrumentos de trabajo no se emplean hoy para los ejércitos de mar y tierra, para construir los buques de guerra, las fortalezas, los cañones y todos esos arsenales de armas ofensivas y defensivas! ¡Cuántas fuerzas se gastan para producir objetos de lujo que ni apenas sirven para satisfacer pruritos de vanidad y corrupción!

Y cuando toda esta fuerza, todas estas primeras materias, todos estos instrumentos se aplicarán a la industria, a la producción de objetos que a la vez servirían para producir, que prodigioso sería el aumento de producción que admiraríamos.

Sí; el Comunismo es realizable. Cada uno puede tomar lo que necesite, porque habrá suficiente para todos; no será preciso pedir más trabajo que el que cada uno quisiera realizar porque habrá productos suficientes para el día siguiente.

Y gracias a esta abundancia, el trabajo perderá el carácter innoble de servidumbre para satisfacción de una necesidad moral y física como la de estudiar y vivir conforme la naturaleza.

No basta, por eso, afirmar que el comunismo *es posible*; podemos afirmar que es necesario. No sólo *si puede*; más también si debe ser comunista, bajo pena de no corresponder al objeto de la revolución.

Efectivamente, si después de ser puestos en común los instrumentos y las primeras materias conservásemos la aprobación individual de los productos del trabajo quedaríamos sujetos a conservar el medio y por tanto una acumulación de bienes mayor o menor, según el mérito o habilidad de cada uno. Así desaparecería la igualdad porque aquél que llegase a poseer mayores riquezas, creeríase ya por ese sencillo hecho, elevado encima de los otros. De esto al restablecimiento, por los contrarrevolucionarios, del derecho de herencia apenas faltaría un paso. Además yo oí un socialista que se decía revolucionario y que defendía la propiedad individual de los productos, declarar concretamente que ningún inconveniente veía en admitir a las sociedades la transición hereditaria de estos productos; la cosa, según él, no tendría consecuencias. Para nosotros que conocemos de fondo los resultados de esa acumulación de riquezas y de su transición en herencia no puede existir duda acerca de ello

La propiedad individual de los productos restablecería no sólo la desigualdad entre los hombres, si no que también la desigualdad entre las diferentes clases de trabajo. Veríamos inmediatamente aparecer el trabajo *decente* y el trabajo *indecente*, el trabajo *noble* y el trabajo *innoble;* el primero sería hecho por los ricos; tocaría a los pobres el segundo. Entonces el hombre no escogería un género de actividad, no iría guiado por la vocación y por el gusto

propio, y sí por los intereses, por la esperanza de una mayor ganancia en una profesión dada. Así renacería la pereza y la diligencia, el mérito y el desmérito, el bien y el mal, el vicio y la virtud, y por consecuencia, la *recompensa* y el *castigo*; el juez, el esbirro y la cárcel.

Hay socialistas que pretenden sustentar esta idea de atribuciones individual de los productos del trabajo, apoyándose en el sentimiento de justicia.

¡Extraña ilusión! Dado el trabajo colectivo, que nos será impuesto por la necesidad de producir en grandes cantidades y de aplicar la máquina en grande escala, dada la tendencia cada vez mayor del trabajo de las generaciones precedentes, ¿cómo podría saberse qué parte corresponde a cada trabajador? Es absolutamente imposible; y tan convencidos de esto estamos que nuestros propios adversarios acaban de decir: «Pues bien, tomaremos por base la distribución de las horas del trabajo» Pero al mismo tiempo admiten que eso sería injusto por cuanto tres horas de trabajo de Pedro pueden valer cinco horas del trabajo de Pablo.

Al principio nos decíamos *colectivistas* para distinguirnos de los individualistas y de los comunistas autoritarios; pero en realidad, éramos verdaderos comunistas *anti-autoritarios,* y diciéndonos colectivistas pretendíamos significar que *todo* debe ser puesto en común sin hacer distinción entre los medios de producción y los frutos del trabajo colectivo.

Pero en un hermoso día vimos surgir una nueva escuela de socialistas, que, resucitando errores del pasado se pusieron a filosofar, a distinguir, a diferenciar en esta cuestión y acabaron por defender la tesis siguiente:

Existen, dijeron ellos, valores de uso y valores de producción. Los valores de uso son los que empleados para satisfacer nuestras necesidades personales, como por ejemplo, la casa que habitamos, los víveres que consumimos, el vestuario, los libros, etc., al paso que los valores de producción son aquello de que nos servimos para producir, como los laboratorios, los almacenes, las máquinas y los instrumentos de trabajo de toda clase, o sólo las primeras materias, etc. Los primeros valores que sirven para satisfacer las necesidades del individuo, deben pertenecer a éste, al paso que los segundos, sirviendo a todos para producir, deben permanecer a la colectividad.

Tal fue la nueva teoría económica, declarada la mejor, renovada por las necesidades de la discusión.

Pero, pregunto a los que dan el amable título de valor de producción al carbón que sirven para alimentar la máquina, el aceite que sirve para acelerar su marcha, ¿Por qué recusáis el pan y la carne de que me nutro, el aceite con que tempero ciertas comidas, el gas que alumbra mi trabajo, todo lo que en suma hace mover y andar más perfectamente las máquinas, el hombre, padre de todas las máquinas?

¿Colocáis entre los valores de producción los prados y los bosques y los caballos y no las casas y los jardines que sirven para el más noble de los animales? ¿Dónde está vuestra lógica?

Y luego, los mismos que esta teoría sustentáis sabéis perfectamente que no existe tal delimitación y que si hoy es difícil trazarla, desaparecerla completamente cuando todos seamos al mismo tiempo productores y consumidores.

Esta teoría, destinada a dar nueva fuerza a los partidarios de la propiedad individual de los productos del trabajo, consiguió un resultado único, el de haber descubierto el juego de algunos socialistas que pretendían restringir el alcance de la idea revolucionaria; abrimos los ojos y mostramos la necesidad de declararnos netamente anarquistas.

Finalmente afrontemos la única objeción seria que nuestros adversarios oponen al comunismo.

Todos admiten que necesariamente caminamos hacia el comunismo; pero nos hace notar, que, al principio no siendo los productos suficiente abundantes, será preciso adoptar el reparto, el racionamiento, y que la menor distribución de los productos del trabajo sería la que se basara en la cantidad de trabajo que cada uno realiza.

A esto respondemos que en la sociedad futura, hasta en el caso de vernos obligados a hacer raciones, a practicar el racionamiento, deberíamos continuar siendo comunistas, lo mismo que si dijéramos que las raciones, deberían ser proporcionadas a las *necesidades* y no a los *méritos*.

Consideremos la familia: el padre trae, supongamos cuatro pesetas diarias, el primogénito tres pesetas, el hijo que le sigue en edad dos. Todos entregan el dinero a la madre que lleva la caja y les da de comer.

Traen cantidades diferentes, más en la mesa sírvese cada uno a su modo y según el apetito. No hay razonamientos. Pero llegan días difíciles, días de penuria y la madre ya no puede dejar el gusto y al apetito de cada uno la distribución de la sopaboba. No habiendo más remedio que hacer raciones ya por iniciativa de la madre o por acuerdo tácito de todos, son disminuidas las proporciones. Y notad, la repartición no la hacen según los merecimientos, sino que los hijos menores reciben mayor cantidad y el mejor bocado se deja para el abuelo o para la abuela que nada producen. En la familia por lo tanto, hasta el sufrimiento miseria, aplicase el principio de la distribución según las necesidades. ¿Por qué no ha de ser así en la gran familia humanitaria del porvenir?

La ANARQUÍA completase con el comunismo. La mínima idea de limitación contiene en sí misma los gérmenes del autoritarismo; no podrán manifestarse si desaparecen desde luego las leyes, el juez y el policía.

Debemos ser comunistas, ya que con el comunismo realizaremos la verdadera igualdad. Debemos ser comunistas, por que el pueblo no comprendiendo los sofismas colectivistas, comprende perfectamente el comunismo como lo hicieron notar los amigos Reclús y Kropotkin. Debemos ser comunistas, porque somos anarquistas, porque la ANARQUÍA y el comunismo son los dos términos necesarios de la revolución.